

**LENIN  
ROSA LUXEMBURG  
GEORG LUKACS**

**TEORIA  
MARXISTA DEL  
PARTIDO  
POLITICO/2**

**(PROBLEMAS DE  
ORGANIZACION)**

4<sup>a</sup> edición

Cuadernos  
de Pasado y  
Presente

**PYP**

**12**

## **Cuadernos de Pasado y Presente**

- 1/ **Karl Marx**, Introducción general a la crítica de la economía política
- 2/ **Claude Lévi-Strauss**, Elogio de la antropología
- 3/ **Paul A. Baran**, Excedente económico e irracionalidad capitalista
- 4/ **Louis Althusser**, La filosofía como arma de la revolución
- 5/ **Ernesto Che Guevara**, Escritos económicos
- 6/ **Varios autores**, Francia 1968: ¿Una revolución fallida?
- 7/ **Varios Autores**, Teoría marxista del partido político
- 8/ **Badiou-Althusser**, Materialismo histórico y materialismo dialéctico
- 9/ **Gorz-Macció**, Sartre y Marx
- 10/ **Varios Autores**, Teoría marxista del imperialismo
- 11/ **Cesare Luporini**, Dialéctica marxista e historicismo
- 12/ **Varios Autores**, Teoría marxista del partido político II
- 13/ **Rosa Luxemburg**, Huelga de masas, partido y sindicatos
- 14/ **Varios Autores**, La revolución palestina y el conflicto árabe-israelí
- 15/ **Varios Autores**, El marxismo de Trotski
- 16/ **Varios Autores**, El joven Lukács
- 17/18 **Evgeni Preobrazhenski**, La nueva economía
- 19/ **Varios Autores**, Gramsci y las ciencias sociales
- 20/ **Hobsbawm-Marx**, Formaciones económicas precapitalistas
- 21/ **Nicolai I. Bujarin**, El imperialismo y la economía mundial
- 22/ **Kuron-Modzelewski**, Revolución política o poder burocrático. I. Polonia
- 23/ **Varios Autores**, La revolución cultural china
- 24/ **Varios Autores**, Imperialismo y comercio internacional
- 25/ **Vladimir I. Lenin**, Contra la burocracia
- 26/ **Varios Autores**, China: revolución en la Universidad
- 27/ **León Trotski**, El nuevo curso / Problemas de la vida cotidiana
- 28/ **Los bolcheviques** y la Revolución de Octubre
- 29/ **Nicolai I. Bujarin**, Teoría económica del período de transición
- 30/ **Marx-Engels**, Materiales para la historia de América Latina
- 31/ **Nicolai I. Bujarin**, Teoría del materialismo histórico
- 32/ **Varios Autores**, La división capitalista del trabajo
- 33/ **Varios Autores**, Consejos obreros y democracia socialista
- 34/ **Trotski-Bujarin-Zinoviev**, El gran debate (1924-1926). I. La revolución permanente
- 35/ **Rosa Luxemburg**, Introducción a la economía política
- 36/ **Stalin-Zinoviev**, El gran debate (1924-1926). II. El socialismo en un solo país

**Daniel Bensaid  
Alain Nair  
Rosa Luxemburg  
Vladimir I. Lenin  
Georg Lukács**

**Teoría marxista del  
partido político II  
(Problemas de organización)**

**Cuadernos de Pasado y Presente/12  
Córdoba**

traductor: josé aricó  
tapa: miguel de lorenzi

primera edición, 1969  
© ediciones pasado y presente  
cuarta edición, 1976  
© siglo xxi editores, s. a.

reimpresión para américa central, caribe y américa del norte  
exclusivamente

derechos reservados conforme a la ley  
impreso y hecho en méxico  
printed and made in mexico

Con el presente Cuaderno continuamos la temática de la teoría marxista del partido político. Así como el número 7 estuvo dedicado a los problemas generales de esta temática, el presente se detiene en particular en las cuestiones de organización tal como se plantean en las elaboraciones de Rosa Luxemburg y de Lenin.

Limitaciones de espacio nos han impedido incluir otros trabajos realmente valiosos sobre la polémica que mantuvieron ambos teóricos y dirigentes revolucionarios. Volveremos sobre el tema en un cuaderno dedicado a Rosa Luxemburg. De todas maneras creemos que el artículo de Bensaid y Nair sintetiza bien el contenido central de la polémica y su actual vigencia.

En cuanto a los trabajos de Lukács constituyen textos clásicos de una excepcional importancia teórica y política.

A este Cuaderno le seguirán otros dedicados a los temas más específicos del partido revolucionario en las sociedades socialistas, capitalistas avanzadas y dependientes.

**PASADO Y PRESENTE**

## **A propósito del problema de organización: Lenin y Rosa Luxemburg**

El problema de la organización de un partido revolucionario puede desarrollarse orgánicamente sólo a partir de una teoría de la revolución misma. Cuando la revolución se convierte en un problema del día, la cuestión de la organización *revolucionaria* irrumpe como una necesidad imperiosa en la conciencia de las masas y de sus vanguardias teóricas.

GEORG LUKACS, *Historia y conciencia de clase*.

La corriente antiestalinista que se desarrolla en la actualidad en las nuevas vanguardias rehabilita a Rosa Luxemburg como teórica del movimiento obrero. La crítica de las burocracias obreras encuentra en su obra referencias y reflexiones.

En realidad, el entusiasmo luxemburguista llega hasta triturar y distorsionar a Rosa para encontrar una teoría de la organización alternativa de la teoría leninista. La comunidad de preocupaciones explica esta propensión: los escritos de Rosa Luxemburg están casi todos signados por la lucha contra la socialdemocracia alemana, fuertemente burocratizada. La necesidad actual de comprender el fenómeno de las burocracias obreras, de sus cimientos sociales, de su cohesión internacional conduce a las tesis luxemburguista como a la interpretación más lúcida, a la teoría liberadora de la energía de las masas.

Sin embargo, en Rosa Luxemburg sólo puede encontrarse un contrapunto fragmentario de las elaboraciones leninistas. Los sobresaltos afectivos y las trivialidades se mezclan y de todo ello resulta una construcción sobrecargada, llena quizás de fantasía, pero que en modo alguno puede ser considerada como una teoría de la organización. En un debate donde las modas pasajeras sustituyen el rigor político, no es inútil volver

a los textos. Sin quitar nada de los méritos de Rosa, se la podría situar así en su justo valor.

## I. LA ELABORACION LENINISTA

### 1) CARACTERIZAR LA FORMACIÓN SOCIAL

La obra de Lenin presenta la ventaja de descomponer en el tiempo la elaboración de una teoría de la organización. De las polémicas contra los populistas, economistas, mencheviques y liquidadores, emergen los principios y los fundamentos de su teoría.

Como lo subraya Lukács, el problema de la organización se torna realmente una cuestión actual cuando la revolución está al orden del día, cuando ella no es más un simple sueño compensador, sino el objetivo unificador de todas las luchas cotidianas. Y de esa manera lo concibe Lenin. En sus primeros escritos, de 1894 a 1898, él se dedica a definir la naturaleza de la futura revolución: ¿cuál es la formación social contra la que combate? ¿Qué Estado debe ser destruido? ¿Qué clase debe ser vencida?

Para responder a estas cuestiones y provocar el desencadenamiento de una crisis revolucionaria, Lenin distingue cuidadosamente el nivel teórico del nivel político, la comprensión teórica de la crisis revolucionaria y su manifestación política. Si se considera el encadenamiento de los modos de producción como sistemas teóricamente elaborados, subsumiendo una variedad de formaciones sociales concretas, se puede concebir la existencia de una discontinuidad entre dos modos de producción, pero no de una crisis. No puede haber crisis de un modelo teórico, sino solamente de una sociedad política donde están en juego fuerzas reales.

El modo de producción capitalista, tal como lo construyó Marx extrayendo sus leyes a partir de la formación social inglesa del siglo XIX, no tiene existencia real. Constituye un objeto abstracto-formal con el que ninguna formación social concreta coincide de manera absoluta. Poulantzas considera a una formación social como "el encabalgamiento específico

de muchos modos de producción puros"; y agrega que "la formación social constituye una unidad compleja con dominante de un determinado modo de producción sobre los otros que la crisis componen".<sup>1</sup> La crisis revolucionaria que estructura el horizonte de la organización revolucionaria no es por tanto la crisis de un modo de producción. La única crisis de la que se puede hablar es la de una formación social determinada en la que las contradicciones del modo de producción adquieren vigencia y se actualizan a través de fuerzas sociales reales implicadas en ella. Esta distinción elemental tiene consecuencias en el debate entre Lenin y Rosa Luxemburg.

Lenin se esforzó por definir con precisión la naturaleza y la dominante de la formación social rusa. Desde 1890 se consagró a un estudio preciso: expurgar con paciencia las estadísticas de los *zemstvos*.

Desde sus primeras obras pudo definir así el punto de unión del que dependen todas las variaciones estratégicas y tácticas, en particular su actitud de principio acerca del problema de la organización. *El desarrollo del capitalismo en Rusia* es un ejemplo de este trabajo considerable cuyas conclusiones constituyen para el porvenir el punto de referencia y el primer fundamento al que Lenin siempre se remitirá.

En *¿Quiénes son "los amigos del pueblo"?*, escrito en 1894, antes de que fuese redactado *El desarrollo...*, las conclusiones ya aparecen claramente: "La explotación de los trabajadores en Rusia es en todas partes capitalista en su esencia, si se deja de lado las supervivencias en vía de desaparición de la economía basada en la servidumbre". Extrae de aquí todas las consecuencias, y en particular, la de que es "imposible encontrar en Rusia una rama algo desarrollada de la industria artesanal que no esté organizada según el modo capitalista".<sup>2</sup>

Desde ese momento, tales certezas adquiridas sirven de base a toda la estrategia política: los revolucionarios rusos luchan contra una formación social con dominante capitalista y no feudal (aún en el caso de que las supervivencias feudales sean importantes). En 1894, ésto no es evidente, y Lenin lo destaca planteándolo como primer punto del proyecto de programa del P.O.S.D.R.: "La producción mercantil se

desarrolla cada vez más rápidamente en Rusia y el modo de producción capitalista adquiere allí una posición cada vez más dominante.”<sup>3</sup>

Así, desde los primeros años de lucha, Lenin define al adversario con el que se enfrenta. Esta claridad teórica presidirá siempre sus métodos de análisis y sus elecciones tácticas. Los revolucionarios rusos combaten el capitalismo; su estrategia de alianzas tiene en cuenta el desarrollo desigual de los modos económicos implicados en la sociedad rusa, pero nunca olvidan que la crisis que preparan es la del capitalismo. Los análisis del joven Lenin siguen estando en la fuente de su interpretación de la revolución rusa en *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*: “Ocurrió, en efecto, tal como lo habíamos dicho. La marcha de la revolución confirmó el acierto de nuestro razonamiento. Al principio, del brazo de “todo” el campesinado, contra la monarquía, contra los terratenientes, contra el feudalismo (y en este sentido la revolución sigue siendo burguesa, democrático-burguesa). Después, del brazo del campesinado pobre, del brazo del semiproletariado, del brazo de todos los explotados, contra el capitalismo, incluyendo a los ricachos del campo, los kulaks, los especuladores, y en este sentido, la revolución se convierte en socialista. Querer levantar una muralla china artificial entre ambas revoluciones, separar la una de la otra con algo que no sea el grado de preparación del proletariado y el grado de su unión con los campesinos pobres, es la mayor tergiversación del marxismo, es adocenarlo, remplazarlo por el liberalismo”.<sup>4</sup>

La vía seguida es por lo tanto clara. Teniendo en cuenta que el objetivo definitivo sigue siendo la destrucción del capitalismo, modo dominante de la formación social rusa, los socialdemócratas conciertan una alianza con el campesinado, alianza *temporaria* para destruir el despotismo y liquidar las secuelas del feudalismo. Los diversos programas agrarios de Lenin se esfuerzan por definir la base correcta de esta alianza. Pero la lucha contra el feudalismo y la autocracia constituye desde ese momento sólo una etapa no aislable de la lucha anticapitalista, que sigue siendo el objetivo principal.

## 2) DEFINIR EL SUJETO HISTÓRICO

En *El capital*, Marx señala que el proceso de producción capitalista considerado en su continuidad o como proceso de reproducción, no produce solamente la mercancía, ni solamente plusvalía, "produce y reproduce la relación capitalista misma: por un lado el capitalista, por el otro el asalariado". El sistema que se reproduce a sí mismo engendra sus propias crisis y contradicciones, suscita puntos de ruptura que pueden manifestarse bajo la forma de crisis económicas. Pero una crisis económica no es forzosamente revolucionaria. Ella puede tomar parte de los mecanismos de auto-regulación del sistema; tener únicamente una función "purgativa". Después de la crisis, una vez agotados los stocks y eliminadas las empresas arcaicas, la economía capitalista parte nuevamente de una base saneada. Lukács insiste sobre este aspecto de la crisis: "sólo la conciencia del proletariado puede mostrar cómo salir de la crisis capitalista. Si esa conciencia no existe se vuelve permanente, retorna a su punto de partida, repite la situación".<sup>5</sup>

La crisis económica de una formación social con dominante capitalista tiene, por consiguiente, una función de apertura pero no es decisiva. Constituye el punto de equilibrio en el que se perfila un nuevo sistema. Pero ella participa también de la auto-regulación del sistema inicial. Esta crisis puede como máximo inaugurar una situación revolucionaria, pero no es por sí misma revolucionaria, es decir superable en el sentido de la revolución, salvo mediante la acción de un sujeto que la asuma y tome a su cargo el proceso de la transformación social. Es esto lo que expresa con claridad Lukács en su respuesta a todos los fatalistas que esperan confiados los resultados de la *última* crisis del capitalismo: "la diferencia cualitativa entre la *última* crisis del capitalismo, su crisis decisiva, y sus crisis anteriores, no reside en una simple metamorfosis de su extensión y de su profundidad, en síntesis, de su cantidad o calidad. Esta metamorfosis se manifiesta sí, pero en el hecho de que el proletariado deja de ser un simple objeto de la crisis y en que estalla abiertamente el antagonismo inherente a la sociedad capitalista".<sup>6</sup>

La crisis afecta, por lo tanto, a una formación social determinada; pero ella se convierte en revolucionaria sólo cuando un sujeto intenta resolverla lanzándose contra el Estado, blanco estratégico, cerrojo mediante el cual son mantenidas en sus puestos las relaciones de producción convertidas en camisas de fuerza para las fuerzas productivas. Una vez determinada la naturaleza de la revolución futura, para resolverla de manera victoriosa Lenin se dedica a definir su sujeto.

En este punto, Lenin distingue cuidadosamente el sujeto teórico-histórico de la revolución (el proletariado como clase, que deriva del modo de producción) y su sujeto político-práctico (la vanguardia que deriva de la formación social) que representa no ya al proletariado "en sí", dominado económica, política e ideológicamente, sino al proletariado "para sí", consciente del lugar que ocupa en el proceso de producción y de sus propios intereses de clase.

He aquí una de las ideas fundamentales de *¿Qué hacer?*, allí donde Lenin distingue "espontaneidad y espontaneidad". Ve en la espontaneidad "el elemento embrionario de la conciencia", señala ambiguamente la existencia de grados de conciencia. Diferencia una espontaneidad confusa y sometida, de una espontaneidad liberada y fecundada por las luchas de la vanguardia; una experiencia espontánea de las masas, que permanece en el terreno del sistema, de una experiencia práctica que extrae su sentido de la presencia de una vanguardia. Lenin afirma que la conciencia socialdemócrata sólo puede provenir desde fuera de los obreros, de los intelectuales revolucionarios portadores del conocimiento y de la comprensión global del proceso de producción. Por sí misma, la clase obrera sólo puede arribar a una conciencia "tradeuniónista".

En la crisis revolucionaria, los dos sujetos están implicados. El sujeto teórico porque es la condición de posibilidad del orden social por venir, y el soporte de la estrategia revolucionaria; el sujeto político, el partido, porque elabora y asume la táctica de esta estrategia. Lenin se esforzó en la doble tarea de definir el sujeto teórico de la revolución preanunciada y de darle el sujeto político capaz de triunfar en ella.

Definir y presentar al proletariado como la clase social investida de la misión histórica revolucionaria, tal es la preocupación constante de sus primeros escritos. En el momento mismo en que caracteriza como capitalista a la formación social rusa, él reclama la autonomía como clase del proletariado, único capaz de resolver las contradicciones de tal sociedad. Jamás en las alianzas o en los proyectos de programa omitió reafirmar el rol independiente del proletariado. Desde 1894, estableció que "olvidar, por la solidaridad de los intereses de todo el 'pueblo' contra las instituciones medievales, feudales, el profundo e irreconciliable antagonismo de la burguesía y el proletariado en el seno de este 'pueblo', sólo pueden hacerlo los burgueses".

En el mismo libro, Lenin adelanta como "*tesis fundamental*" que "Rusia representa en sí una sociedad burguesa que ha brotado del régimen de servidumbre, que su forma política es un Estado de clase y que el único camino para abolir la explotación del trabajador consiste en la lucha de clases del *proletariado*".

Precisa además que "el período del desarrollo social de Rusia en que el democratismo y el socialismo se fundían en un todo inseparable, indisoluble... ha pasado para no volver jamás".<sup>7</sup>

Un año más tarde, en *Las tareas de la socialdemócratas rusos*, recuerda el principio según el cual "sólo son fuertes los luchadores que se apoyan en intereses reales claramente comprendidos de determinadas clases".

En nombre de ese principio, compromete a los socialdemócratas a recordar siempre que el proletariado es una clase *aparte* que mañana puede encontrarse enfrentada a sus aliados de hoy. Gracias a una definición tan precisa de la naturaleza de la revolución futura y de su sujeto teórico, toda confusión está excluida de los programas. En el proyecto de 1899, Lenin propone "el apoyo al campesinado... en la medida en que éste sea capaz de luchar revolucionariamente contra los restos del régimen de la servidumbre, en general, y contra el absolutismo, en particular". En el mismo proyecto, vuelve a insistir y dice:

En el agro ruso se entrelazan actualmente dos formas

fundamentales de la lucha de clases: 1) la lucha del campesinado contra los privilegiados amos de la tierra y contra los restos del régimen de la servidumbre; 2) la lucha del naciente proletario agrícola contra la burguesía del campo. Esta última forma de lucha tiene para los socialdemócratas, como es natural, más importancia, pero también deben apoyar necesariamente la primera, *siempre y cuando ello no se oponga* a los intereses del desarrollo social.

Es esta comprensión sólidamente adquirida, pacientemente afinada, de la naturaleza de la formación social rusa y de las clases que allí están en juego, la que permite a Lenin, desde las *Tesis de abril*, aprehender el núcleo real de la crisis revolucionaria de 1917:

Lo que hay de original en la actual situación de Rusia es la *transición* de la primera etapa de la revolución, que dio el poder a la burguesía debido al grado insuficiente de conciencia y de comprensión del proletariado, a su segunda etapa que debe dar el poder al proletariado *a las capas pobres* del campesinado.

### 3) CONSTRUIR EL SUJETO POLÍTICO

Estas observaciones acerca de la elaboración leninista podrían aparecer como superfluas si esta elaboración no estuviera en la base de la teoría leninista de la organización. Lenin funda los *principios* de organización siempre con referencia a estos análisis. Dichos principios definen lo que debe ser una organización que lucha contra un aparato de Estado burgués centralizado, para destruirlo. Con relación a esos principios todo *sistema* de organización no puede menos que constituir una derogación. Los principios constituyen la estrategia de la organización, del que el sistema no es sino la aplicación táctica.

Y esto es lo que se le escapa a Rosa Luxemburg. Es por ello que su comprensión de la organización no se sitúa en el

mismo orden: ella es mucho más trivial, a veces emocional, y con frecuencia infra-teórica. La propia naturaleza de las metáforas que utiliza constituye una prueba. Muestran siempre un vitalismo ingenuo, un naturalismo organizativo: "Frenando las pulsaciones de una vida orgánica sana, se debilita al cuerpo y se disminuye su resistencia y también su espíritu combativo, ... Un movimiento obrero tan prometedor y tan vigoroso..."<sup>8</sup> Paralelamente, a la vitalidad natural inherente al movimiento obrero, ella opone la grisalla académica de sus direcciones: "ninguna fórmula rígida puede soportar... la regla de un maestro de escuela...; el ultra-centralismo defendido por Lenin se nos aparece como impregnado no ya de un espíritu positivo y creador, sino del espíritu del vigilante nocturno. Toda su preocupación está dirigida a controlar la actividad del Partido y no a fecundarla, a restringir el movimiento antes que ha desarrollarlo, a destrozarlo antes que a unificarlo".<sup>9</sup>

En su simplismo entusiasta, nutrido en la polémica contra la socialdemocracia alemana, ella llega hasta desnaturalizar o invertir las argumentaciones de Lenin. Le replica que si quiere evitar la influencia perniciosa y disolvente de los intelectuales sobre el partido, la fórmula bolchevique logra lo contrario de lo que se propone: coloca a la cabeza del partido una "coraza burocrática" compuesta por una "élite de intelectuales, ávidos de poder". Pero Lenin no razona nunca en estos términos. El no habla en abstracto de la influencia nefasta de los intelectuales, sino del principio organizativo de la descentralización, como principio que embota. Los intelectuales intervienen sólo como agentes privilegiados de esta disolución de la organización implicada en el principio de descentralismo.

El problema reside en que sobre esta cuestión Lenin y Rosa Luxemburg no hablan el mismo lenguaje, lo cual no impide a ésta expresarse sobre la organización de tipo leninista enarbolando la bandera pura de la "libertad", de la "democracia" contra las posiciones "extremas" de Lenin. No hay ninguna duda al respecto: la organización defendida por el "blanquista" Lenin, no tendría ninguna relación con las masas porque el "ultracentralismo" leninista la conduciría al conser-

vacorismo, a la impotencia. Más aún, la centralización acentúa, según Rosa, la "escisión entre el élan de las masas y las vacilaciones de la socialdemocracia"<sup>10</sup> y por consiguiente, "lo que importa siempre para la socialdemocracia... es mantener un juicio histórico correcto sobre las formas de lucha correspondiente a cada momento dado, la comprensión viva de la relatividad de esa fase de lucha y de la ineluctabilidad del agravamiento de las tensiones revolucionarias...".<sup>11</sup> Esta crítica la lleva a rechazar el *sistema* de organización propuesto por Lenin y acepta un acuerdo sobre el *principio* de organización. Más allá del hecho de que la separación establecida por Rosa entre centralismo y democracia, su oposición mecánica, muestra más un hegelianismo mal digerido que una dialéctica marxista, ella incurre en una confusión desdichada cuando admite el principio de organización sin aceptar el sistema. Y esto es producto de un mismo pecado: es una metafísica adornada de buenas intenciones. La teoría leninista de la organización tiene justamente la característica de que el sistema propuesto es *necesariamente* lógico con relación al principio, y de *este principio* deriva necesariamente *ese* sistema de organización. Por otra parte, es claro que toda crítica sobre el "sistema" lleva la impronta de un desacuerdo sobre el principio de organización, desacuerdo que existe entre Rosa y Lenin. Porque ocurre que Rosa, lógica consigo mismo, plantea el problema del partido en función de un análisis propio de la sociedad capitalista. Para ella, el capitalismo marcha inevitablemente a la catástrofe. Las contradicciones, agravándose sin cesar, en provecho "de una ínfima minoría de la burguesía reinante"<sup>12</sup> hacen que, por una parte el proletariado sea espontáneamente revolucionario, y por otra parte, que su partido no puede dejar de ser el "punto de reunión organizativa"<sup>13</sup> de todas las capas puestas en movimiento contra la burguesía por esta evolución. En dicha problemática —clase revolucionaria orgánicamente determinada contra la clase reaccionaria— el partido es el *producto* de la crisis revolucionaria y no de un elemento necesario, como lo demuestra Lenin, en el marco de la formación social capitalista. Así, esta visión simplemente trágica del capitalismo conduce a Rosa a *sobreestimar* el movimiento de masas.

a *subestimar*, la necesidad y el rol del partido en el sistema capitalista. Es esto lo que le permite ensayar un empirismo organizativo exagerado, relativizar el problema de la organización circunscribiendo a Rusia las tesis leninistas: "y ya que se trata de la primera tentativa en Rusia de poner en pie una gran organización del proletariado, es dudoso que un estatuto, cualquiera que él sea, pueda ser infalible de antemano: antes es necesario que sufra la prueba de fuego". Ella no comprende que se trata de algo muy distinto. Y es lo que Lenin precisa con claridad: "La camarada Luxemburg dice, por ejemplo, que en mi libro se manifiesta clara y nítidamente la tendencia de un 'centralismo a ultranza'. La camarada Luxemburg da por supuesto, así, que yo defiendo un sistema de organización contra cualquier otro. Pero, en realidad no hay tal cosa. Lo que yo defiendo a lo largo de todo el libro, desde la primera página hasta la última, son los principios elementales de cualquier organización de partido que pueda imaginarse. En mi libro no se examina el problema de la diferencia entre éste o el otro sistema de organización, sino el problema de cómo es necesario apoyar, criticar y corregir el sistema que sea, siempre y cuando que no contradiga a los principios del partido".<sup>14</sup>

Después de haber dilucidado el problema de saber cuál es el sujeto teórico de la revolución futura —no más el "pueblo" sino el proletariado— Lenin consagra toda su energía militante a darle el sujeto político indispensable. Se esfuerza incesantemente por delimitar la vanguardia y reagruparla en el partido socialdemócrata. Asignar al proletariado el papel de motor de la revolución significaba luchar contra los populistas, lo que implicaba comprender la naturaleza de la revolución sin todavía darse los medios para llevarla a cabo. Entre quienes admitían por entonces el rol histórico del proletariado, no todos comprendían de qué arma práctica necesitaba para "convertirse en lo que él es": una clase.

Contra los economistas, Lenin demuestra que, espontáneamente, el proletariado no logra apartarse del terreno de la lucha económica. Afirma que "la lucha de los obreros se convierte en lucha de clases, sólo cuando los representantes de vanguardia de toda la clase obrera de un país tienen con-

ciencia de la unidad de la clase obrera y comprenden la lucha, no contra un patrono aislado, sino contra *toda la clase capitalista* y contra el gobierno que apoya a esa clase".<sup>15</sup> Lenin admite que las organizaciones socialdemócratas locales constituyen el fundamento de toda la actividad del partido; pero si ella continúa siendo la actividad de "artesanos aislados", no se podrá designarla como "socialdemócrata" puesto que no organizará ni dirigirá la lucha de clases del proletariado.

Contra los mencheviques desde 1903, contra la teoría de la organización proceso desde 1905, contra los liquidadores en 1907, son siempre los mismos principios de organización los que defiende Lenin, siempre las mismas ideas del Partido. El partido es el instrumento mediante el cual la fracción consciente de la clase obrera accede a la lucha política y prepara el enfrentamiento con el Estado burgués centralizado, llave maestra de la formación social capitalista.

La organización así concebida como sujeto político no es una pura forma: es el crisol de una voluntad política colectiva que se expresa mediante una teoría en permanente construcción y un programa de lucha. La selección de los militantes y el centralismo constituyen dos normas fundamentales. No por gusto sino por necesidad; una necesidad que sólo puede comprenderse si se confronta la organización con su objetivo: la revolución.

## II. LA ORGANIZACION PUESTA A PRUEBA POR LA CRISIS REVOLUCIONARIA

### 1) INTENTOS DE DEFINICIÓN

En diversos lugares, sobre todo en *La bancarrota de la Segunda Internacional* y en *La enfermedad infantil del "izquierdismo"*, Lenin se esforzó por definir la noción de crisis revolucionaria. Enumera allí los criterios descriptivos cuya apreciación permanece subjetiva; extrae una noción pero no funda un concepto. En *La bancarrota* estos criterios son enumerados por primera vez y Lenin define los "signos distintivos de una situación revolucionaria" del siguiente modo:

a) la imposibilidad para las clases dominantes de mantener su dominio en forma inmutable; ... la base no quiere vivir como antes y la cúspide no puede seguir viviendo como antes;

b) "agravación, superior a la habitual, de la miseria y las penalidades de las clases oprimidas";

c) "intesificación... de la actividad de las masas".

Lenin aprecia de tal modo "el conjunto de los cambios objetivos que constituye una situación revolucionaria". De la apreciación de una situación revolucionaria así definida no está excluido el impresionismo, y por lo demás los criterios enunciados no pueden ser vistos aisladamente, sino en su interdependencia, pues se condicionan de manera recíproca. En *La enfermedad infantil...*, Lenin insiste más, como segundo criterio, en la aproximación al proletariado de las clases medias. Esta aproximación no puede ser considerada como un fenómeno en sí, sino en su relación con los otros fenómenos señalados: la aproximación de las clases intermedias es tanto más resuelta cuanto más determinación muestra el proletariado en su lucha. La definición leninista de la situación revolucionaria hace intervenir un juego de elementos en interacción compleja y variable del que no se podría dar un análisis rigurosamente objetivo. La elaboración de Trotski en su *Historia de la revolución rusa* es análoga; retoma por su cuenta los criterios leninistas e insiste explícitamente en "la reciprocidad condicional de las premisas".

Si la estimación objetiva de una situación revolucionaria parece sujeta a caución, la intervención de un último factor, que unifica los diferentes factores y concretiza su interacción corrigiendo los peligros, Trotski lo considera como la condición última en la enumeración, pero no en su importancia de la conquista del poder: "el partido revolucionario como vanguardia unida y templada de la clase". En cuanto a Lenin, hace de esta última condición el punto de diferenciación entre la situación revolucionaria y la crisis revolucionaria, que existe solamente en el caso en que a todos los cambios objetivos enumerados viene a agregársele un cambio subjetivo, a saber: "la capacidad de la *clase* revolucionaria para llevar a cabo acciones revolucionarias de masas lo bastante *fuertes* como para destruir (o quebrantar) al viejo gobierno, que

jamás "caerá", ni siquiera en las épocas de crisis, si no se lo "hace caer".

Así, la organización revolucionaria supera las vacilaciones de los distintos criterios, los anuda y los unifica. Siendo el punto de su intersección, ella desestima la yuxtaposición. La debilidad de las capas dirigentes, la aproximación de las capas medias, la impaciencia de la base se convierten en su fuerza. La condición de éxito de la crisis no reside ya en uno u otro de los elementos objetivos, sino en el corazón mismo del sujeto que los sintetiza al interiorizarse. Su nudo no está más en la diversidad no mensurable que esboza la situación revolucionaria sino en la organización que unifica esta diversidad, la interioriza y la supera.

Por ella el proletariado no es más algo dado dirigido, según las variaciones previstas por el cálculo burgués de probabilidades. Se convierte en una voluntad que se expresa, no es más un simple objeto en el campo social sino un sujeto, una desconocida que hipoteca para siempre los planes de la clase dominante. Para desempeñar realmente ese rol, la organización revolucionaria no debe presentarse como una acumulación fluida de individuos, sino como un cuerpo constituido, coherente, con una densidad suficiente para atravesar las fauces de la burguesía. No es una simple pieza que ocupa un casillero vacío en el ajedrez político. Por su sola presencia modifica toda la relación de fuerzas, aunque se trate de un simple peón. Con mucha más razón si se trata de un Rey.

## 2) LA CRISIS REVOLUCIONARIA COMO PRUEBA DE VERDAD

La crisis revolucionaria ilumina con una luz nueva la lucha de clases y asigna a los protagonistas su justo valor. En los desgarramientos de la crisis, se intuyen los momentos fugaces de verdad: "la experiencia de la guerra, al igual que la de todas las crisis de la historia, de toda gran calamidad y de cada viraje en la vida del hombre, embrutece y quebranta la voluntad de unos, *pero en cambio educa y temple a otros*" (Lenin).

### a) Para la organización

Lenin recuerda en toda ocasión que la socialdemocracia

es la fusión del movimiento obrero y del socialismo. "Escindido de la socialdemocracia, el movimiento obrero degenera y se aburguesa". Se podría agregar que escindido de las luchas obreras, el socialismo tambalea y también se aburguesa, pues en ellas se alimenta del "instinto" de clase revolucionaria. El partido constituye un puente entre la conciencia balbuceante del proletariado y el papel que *teóricamente* le corresponde. Constituye la mediación necesaria entre el concepto de clase obrera y su realización práctica, alienada, en la sociedad capitalista. Por eso "la tarea del partido no consiste en imaginar detalladamente medios inéditos de ayudar a los obreros, sino de ayudarlos en las luchas que ellos *ya* han emprendido... de desarrollar su conciencia de clase".

La tarea del partido consiste en equilibrar los dos polos complementarios entre los cuales se mueve: la comprensión teórica del proceso de producción, del papel del proletariado, de la revolución, por una parte y el nexo concreto con las luchas cotidianas de los obreros por la otra. En esta doble apoyatura basa su estrategia. A la vez que "encarnación visible de la conciencia de clase del proletariado", el partido es el vivo testimonio de la diferencia entre el papel teórico del proletariado y su conciencia mistificada por la ideología dominante.

Así concebida, la organización no es una pura perfección ni la teoría es tampoco una pura ciencia. La organización interioriza las contradicciones del sistema en el cual ella se arraiga. El fenómeno del oportunismo en la Segunda Internacional es un evidente testimonio. En el análisis de las bases sociales de este oportunismo, las tesis de Lenin y de Rosa coinciden en varios puntos. Los dos insisten sobre el legalismo parlamentario de los largos períodos de paz relativa, que suscita la aparición de un sector de representantes profesionales de la clase obrera, manejables y sensibles a las adulaciones de la burguesía. Ese personal político se apoya en la aristocracia obrera y la pequeña burguesía intelectual, enriquecidos con los restos del pillaje colonial.

Pero Rosa elabora un argumento mucho más sutil que hace a la existencia misma de la organización: el fenómeno del conservadorismo de la organización. Lenin ya lo había mencionado en *La bancarrota*... Sin teorizarlo: "Los partido *grandes* y

*fuertes* tuvieron miedo de ver disueltas sus organizaciones, sus arcas saqueadas y sus dirigentes detenidos". Rosa va mucho más lejos para tratar de comprender el alcance del problema. Se remonta a la situación misma de la organización revolucionaria en la sociedad capitalista: la defensa de los privilegios concedidos, el contagio de las costumbres parlamentarias no bastan para explicar el oportunismo. Rosa remite los avatares de la organización a una contradicción fundamental que expresa en varias oportunidades. En *Problemas de organización de la socialdemocracia rusa*, afirma: "El movimiento mundial del proletariado hacia su emancipación total es un proceso cuya particularidad consiste en lo siguiente: por primera vez desde que existe la sociedad civil, las masas populares hacen valer su voluntad conscientemente y frente a todas las clases dominantes, mientras que la realización de esta voluntad sólo es posible más allá de los límites del actual sistema social. Pero las masas sólo pueden adquirir y fortificar dentro de sí esta voluntad en la lucha cotidiana contra el orden constituido, o sea en los límites de este orden. Por una parte las masas populares, por la otra un objetivo situado más allá del orden social existente; por un lado la lucha cotidiana, y por el otro la revolución: tales son los términos de la contradicción dialéctica en la que se mueve el movimiento socialista."

En *Reforma o revolución*, señala los dos escollos del movimiento socialdemócrata: "...el del abandono del carácter de masa y el del olvido del objetivo final, el de la recaída en la secta y el de su naufragio en el movimiento reformista burgués, el del anarquismo y el del oportunismo".

De aquí resulta, en el seno de la organización revolucionaria, la existencia de corrientes rivales, una fiel a la revolución, otras presas de las tentaciones sectarias u oportunistas. La organización revolucionaria no puede aislarse para la lucha, pues en esta perspectiva un cierto conservadorismo es la condición de una necesaria estabilidad. No puede constituirse en cuerpo absolutamnte extraño al sistema. La organización revolucionaria lleva siempre simultáneamente en su propio seno una lucha permanente contra las desviaciones oportunistas, "la herencia del capitalismo".

En su lucha cotidiana aún sus victorias son como frutos en-

venenados: cada terreno conquistado "se convierte al mismo tiempo en un bastión contra los progresos ulteriores de más vasta envergadura".

En realidad, la organización nunca es una hoja de acero templado. Ella es más bien *diferencial*. Se asienta en el espacio que ella mide: el que separa la clase como sujeto teórico de su espontaneidad práctica sometida. El principio del centralismo democrático es el signo mismo de esta posición contradictoria de la organización enraizada en el sistema que debe destruir y superar. El centralismo democrático es la expresión conciliadora y contradictoria de la manifestación de la espontaneidad revolucionaria (de los militantes) en la red centralizada de la organización. De este modo es evidente que la cohesión de la organización revolucionaria nunca atraviesa sin dificultades la crisis, como un cuerpo homogéneo. La crisis revolucionaria no afecta sólo al sistema que conmueve sino también a la organización constituida en su seno. Es el momento del gran examen de la organización y de los reajustes. El partido bolchevique no escapa a la historia; los artículos públicos de Zinoviev y Kamenev contra la insurrección llevan a Lenin a solicitar su exclusión en otoño de 1917: en abril, Lenin estaba en minoría contra el Comité central. La crisis revolucionaria actúa sobre la organización como un revelador. Destaca sus vicios y delimita la fracción de capaz acabar con la crisis por medio de la revolución. Sirve de patrón sobre el cual la organización provisoria se recorta y se ajusta a la medida de su tarea histórica. Por eso en 1905, Lenin abre de par en par las puertas del partido...

### b) *Para la teoría.*

Así como la organización no es acero puro, tampoco es pura ciencia. En un período de estancamiento revolucionario, aparecen tendencias cientificistas en el movimiento obrero. Se corre el riesgo de considerar que la teoría dice la verdad, separadamente y fuera de los alcances de la historia. Lenin es más prudente cuando constata, luego de la insurrección de 1905, que "la práctica *como siempre* predomina sobre la teoría". Lo que no le impide recordar constantemente que "la teoría de

Marx es poderosa porque es verdadera".<sup>16</sup> En realidad al "como siempre" habría que agregarle: en períodos de crisis.

La teoría es también la marca de una diferencia entre la ideología y una verdad hipotética. Es del tipo de la "verdad relativa" que Lenin toma de Engels. En la crisis revolucionaria, la ruptura entre ideología y verdad, hasta ese momento inextricablemente mezcladas se revela y la teoría pasa "al criterio de la práctica".

De la escisión entre la verdad y la ideología, la teoría es por consiguiente una medida posible. Pero ella no es la única que puede reunir las y acoplarlas. Si ella es un medio para superar el conservadurismo de la organización, una teoría tomada demasiado en serio que quiera colar forzosamente la historia en los moldes que le ha destinado, constituye en última instancia un gran peligro.

Es por ello que Lenin, aunque aborda prioritariamente todo problema desde el ángulo de la teoría, no se exime también de apelar al correctivo de la imaginación revolucionaria; allí encuentra otro puente, menos racional es cierto en su arquitectura, que el provisto por la teoría. Sin embargo, de la ideología a la verdad, el camino de la fantasía sustituye a veces el de la teoría y revela atajos a los que repugna una delimitación rigurosa. Es esta una imagen de Lenin muy distinta de la del pedagogo austero y frío que gusta construir Rosa.

"¡Hay que soñar!"

Paradójicamente, esta es una de las conclusiones de *¿Qué hacer?*

"Hay que soñar" repite Lenin. Y traza en pocas líneas el cuadro burlesco de las perillas y de los monóculos de congreso, que lo agreden por esta incongruencia. Evoca a los Martynov y a los Kritchevski persiguiéndolo con sus tonos amenazadores: "¿tiene un marxista derecho a soñar?". Y les responde con una larga cita sobre la dialéctica fecunda del sueño y de la realidad, para concluir diciendo que "los sueños de esta naturaleza, por desgracia, son sobradamente raros en nuestro movimiento".

Del mismo modo que la crisis revolucionaria constituye la hora de la verdad para la organización, es también la hora de la verdad para la teoría. Resta saber por qué.

*c) Para la formación social.*

Hemos indicado que la crisis revolucionaria no afecta al modo de producción sino a la formación social. La estructura con contradicciones del modo de producción constituye el resorte oculto de esta crisis. El segundo criterio leninista de la situación revolucionaria testimonia que la crisis es ante todo crisis de la formación social. Mediante la aproximación de las capas medias al proletariado, la formación social absorbe el entrecruzamiento de los modos de producción cuya consecuencia es la existencia de capas intermedias. En la crisis, la formación social tiende asintóticamente a su modo de producción dominante que constituye su verdad oculta. Rosa Luxemburg insiste en *La acumulación del capital* en el hecho de que el desarrollo del capitalismo entraña la desintegración de las clases y capas intermedias. Cuanto más la formación social capitalista elimina los vestigios de feudalismo, más tiende ella hacia el modo de producción capitalista (que es el modelo abstracto producido por Marx), más formas impetuosas adopta esta desintegración. Capas cada vez mayores se separan del edificio aparentemente sólido de la sociedad burguesa, desencadenando movimientos que pueden acelerar mucho, por la violencia con que estallan, el derrumbe de la burguesía. La crisis revolucionaria acelera el proceso, pone a rojo vivo las contradicciones, deja frente a frente al proletariado y a la burguesía, al asalariado y al capital, tales como Marx los distinguió teóricamente en cuanto dos polos necesarios e irreductiblemente antagónicos del modo de producción capitalista.

Porque en el desgarramiento de la crisis, la formación social tiende a reducirse a su modo de producción dominante, se produce la emergencia del doble poder. Luego de estudiar con precisión las lecciones de 1905, Lenin repitió incesantemente que "los Soviets constituyen un nuevo aparato del Estado". Polemizó violentamente contra Martov que reconocía a los consejos como órganos de combate sin comprender su misión, que es la de convertirse en aparato del Estado. En la crisis, las relaciones entre la vanguardia y las masas se modifican. El proletariado accede bruscamente a la concien-

cia de sí. En la temporalidad propia de la crisis, las masas aprenden más en algunas horas que en veinte años. Su espontaneidad sometida y mistificada se troca en espontaneidad revolucionaria, fecundada por la actividad de la vanguardia. Son los Soviets, “la forma más potente de Frente Unico Obrero” (Trotsky) y no el partido, quienes constituyen los órganos de poder de la clase proletaria. Contrariamente a lo que piensan los ultraizquierdistas, a diferencia del partido y del sindicato, los consejos no son organización permanente de la clase. Su posibilidad concreta de existir supera el marco de la sociedad burguesa y su simple presencia significa ya la lucha real por el poder del Estado: a saber, la guerra civil.

La crisis revolucionaria constituye, por consiguiente, el punto de ruptura en el cual el proletariado irrumpe en tanto que clase en la historia, y “las masas toman en sus manos su propio destino” y comienzan a desempeñar el papel principal. Es por ello que en la crisis revolucionaria la formación social tiende a coincidir con su modo de producción dominante. La organización y la teoría soportan la prueba de la práctica frente al proletariado, que por primera vez se sacude y se expresa *como* base. La incomprensión de este carácter específico de la crisis revolucionaria, hace que la teoría de la organización se extravíe y caiga en el delirio. Y Rosa Luxemburg no siempre escapa a este delirio.

La crisis actúa como un catalizador a través del cual las diferencias se acusan, como el tiempo de un alumbramiento. “Lo importante de todas las crisis, dice Lenin, es que en ellas se manifiesta lo que hasta entonces estaba latente, rechazando lo que es secundario, superficial, sacudiendo el polvo de la política, poniendo al desnudo los verdaderos resortes de la lucha de clases tal como ella se desarrolla realmente”. Sólo este doble fondo, revelado por la brusca irrupción de procesos latentes, explica todas las imágenes y metáforas marxistas que hacen referencia a los trabajos ocultos, y de las cuales la del “viejo topo” es la más célebre. La percepción de la sociedad oscila entre dos alcances. El primero es descriptivo, resume y registra los fenómenos sociales, compara las reivindicaciones, los resultados electorales de los partidos. El segundo es de orden estratégico: no se limita a alinear

las clases, va más allá de las apariencias y encuentra sus conflictos profundos, decisivos. "La estadística, escribe Glucksmann, encuentra su clave en la lucha de clases, y no a la inversa". Para retomar una distinción análoga propia de Lenin, la política se parece más al álgebra que a la aritmética, a las matemáticas superiores más que a las aritméticas elementales. Los burócratas se obstinan en machacar que tres es más que dos, pero en su ceguera electoralista no ven que "las formas antiguas del movimiento socialista se han llenado de nuevo contenido, por lo cual ha aparecido delante de las cifras un signo nuevo, el signo "menos", mientras nuestros sabios seguían (y siguen) tratando con tozudez de persuadirse y de persuadir a todo el mundo de que "menos tres" es más que "menos dos".<sup>17</sup>

Esta *algebrización* de la lucha de clases que es la única que da acceso a la estrategia, es característica del campo político. La crisis revolucionaria se distingue de la simple crisis económica purgativa del sistema en que ella pertenece al *orden de la política*. Y es en este orden donde la teoría leninista de la organización nos permite hacer pie.

### III. LA ORGANIZACION COMO VIA DE ACCESO A LO POLITICO

#### 1) LOS PROBLEMAS DESPUES DE MAYO

Las discusiones consecutivas a los acontecimientos de mayo de 1968 giran alrededor del problema del partido revolucionario. La mayoría de las veces para lanzar innovaciones, proponiendo "un partido de tipo nuevo", o más simplemente para denunciar el anacronismo del Partido abandonado a la panoplia anticuada del bolchevismo.

En realidad, bajo el pretexto de novedad y de actualidad, es un viejo problema del movimiento obrero que vuelve a la superficie. ¿Qué dicen hoy los innovadores en la materia? El editorial de *Les Temps Modernes* de mayo-junio de 1968 asigna como única función al aparato del partido, la de "coordinar las actividades de los animadores locales gracias

a una red de comunicaciones y de informaciones; de elaborar las perspectivas generales...". Gluksmann, por su parte, descompone las diversas funciones del partido (teóricas, políticas y económicas). Afirma que un *movimiento revolucionario* "no tiene necesidad de organizarse según el aparato del Estado, su tarea no consiste en dirigir sino en coordinar..." La afirmación es o un truismo (el partido no puede jamás erigirse en aparato del Estado) o un error, pues la clase en lucha debe tender a crear una dualidad de poder, a crear sus propios órganos de poder centralizado, su propio Estado. El término mal definido de movimiento revolucionario mantiene la ambigüedad. De aquí deriva toda una concepción de la organización en la que los centros son necesarios "no para hacer la revolución sino para coordinarla", o donde el papel de los "estados mayores" se esfuma en provecho de "equipos de trabajo que reúnen a los especialistas"

Ciertos grupos fundan esta renuncia al partido de "tipo leninista" en el hecho de que la ideología dominante a escala mundial no sería más la de la burguesía, sino la del proletariado. La revolución china en particular, habría invertido las relaciones de fuerza de manera tal que el proletariado ha establecido un cerco y asedia a la burguesía.<sup>18</sup> En otras palabras, la ideología proletaria se ha convertido en dominante, lo que torna superfluo la delimitación estricta de la vanguardia. El momento es el del intercambio simple entre las diversas corrientes de vanguardia que comparten desde el comienzo una ideología marxista ambiente. En realidad, todas estas hipótesis renuevan una problemática de la que Rossanda se convierte en una lúcida intérprete en su artículo de *Les Temps Modernes*: "El centro de gravedad se desplaza de las fuerzas políticas a las fuerzas sociales." Una de las sistematizaciones más rigurosas de esta problemática se encuentra en Arthur Rosenberg (*Histoire du Bolchévisme*), para quien la teoría del partido es una función del estado de desarrollo del proletariado. En la época en que el proletariado está débilmente desarrollado, un puñado de intelectuales funda organizaciones conspirativas restringidas, portadoras de la conciencia de clase aún adormecida del proletariado. Así ocurre con Marx y Engels que consideran a veces que el partido se limita a sus

propias personas físicas. Según Rosemberg, Lenin retoma para Rusia, donde el proletariado está poco desarrollado todavía, el mismo tipo de partido. En una etapa ulterior, el proletariado que se ha desarrollado a consecuencia de la expansión de la gran industria, se apropia de la teoría marxista y se penetra de ella; pero las organizaciones extraen de allí la justificación de su propia existencia y de las luchas reivindicativas elementales que ellas animan: es la época de la II Internacional. Finalmente, en un tercer período el proletariado educado por sus luchas deviene una clave revolucionaria; el papel del partido por lo tanto se reduce: no puede pretender ya la dirección y se limita a ser el simple intérprete de las aspiraciones del proletariado.

## 2) LOS ERRORES DEL LUXEMBURGUISMO

### a) *El pecado de hegelianismo*

En suma, mediante el desarrollo histórico del proletariado, la clase en sí deviene progresivamente clase para sí, el sujeto teórico de la revolución tiende a coincidir con su sujeto político. Esta tesis reposa sobre la problemática hegeliana del en sí y del para sí. La lectura de Marx de la que ella parte es la que Poulantzas califica de histórico-genética: masa indiferenciada en sus comienzos, la clase social se organizaría en clase en sí para llegar a ser clase para sí. Esta problemática opera un deslizamiento por el cual la clase es concebida como sujeto práctico de la historia. El autodesarrollo histórico de la conciencia de clase suprime el rol del partido. Ahora bien, subraya Poulantzas, "si la clase es un concepto, no designa una realidad que pueda ser situada en las estructuras". Dicho de otra manera, la política que es el orden al que pertenece el partido es irreductible a lo social: la clase como concepto permanece como sujeto teórico y no práctico de la historia; la mediación del partido por el cual ella accede a lo político sigue siendo indispensable.

La posición de Rosa Luxemburg no es clara; su vocabulario y su sintaxis revelan con frecuencia hegelianismos, como lo señala justamente Robert Paris en su prefacio a *La Revolución*

Russe. En la historia, el concepto de proletariado, al principio alienado, se realiza progresivamente. Por lo tanto, la Revolución es presentada como un sujeto oculto del que las vicisitudes de la lucha de las clases son simplemente sus manifestaciones. Cada derrota, cada error, cada revés, son pensados como *momentos* necesarios en el proceso de realización del concepto. De allí resulta evidentemente un rol muy desdibujado para la organización de vanguardia: "el único sujeto al que corresponde hoy el papel de dirigente es el *yo colectivo* de la *clase* obrera, que reclama resueltamente el derecho de cometer *ella misma las equivocaciones...*"

#### b) *Confusión de lo teórico y de lo político*

Esta concepción cripto-hegeliana de la historia se manifiesta con otro sesgo. Rosa Luxemburg señala en *La acumulación del capital* una depuración progresiva de la formación social que vuelve visible el modo de producción, observa una polarización creciente de las clases alrededor de la burguesía y del proletariado. Ella deduce directamente de esta evolución el desarrollo de la conciencia de las clases en presencia.

Ella confunde así el nivel teórico de análisis y el nivel político deduciendo el segundo del primero. Es lo que Lukács denomina la sobre estimación del carácter "orgánico" de las luchas de clase. Si la formación social coincide con el modo de producción, la política se disuelve en la teoría, la táctica en la estrategia. En la época del imperialismo, no hay ya guerras de liberación nacional; en la época de la revolución proletaria no hay más concesiones hacia el campesinado. En realidad, lo que falta a Rosa Luxemburg es la dimensión política. Cree en el "reforzamiento *creciente* de la conciencia de clase del proletariado". Habría una marcha evolutiva de la conciencia de clase en el curso de la cual la autonomía organizativa del partido sólo es necesaria como momento (el tiempo en que el proletariado advierte su rol histórico encarnado) en el proceso de desalienación del proletariado.

Debido a esta confusión de los niveles, Rosa Luxemburg subestima los factores políticos e ideológicos, y su función. No es suficiente que las clases estén polarizadas al extremo

para que se expresen espontáneamente sus intereses revolucionarios. Ellas pueden durante largo tiempo permanecer bajo el influjo de la ideología burguesa cuya función es precisamente la de enmascarar las relaciones de producción. La crisis revolucionaria sólo disuelve esta ideología y pone al día los mecanismos. En la crisis, la ideología burguesa revela su desnudez; las escuelas auto-justificativas de la burguesía, las tentativas por hipostasiar la historia están en bancarrota. En mayo, la burguesía francesa tuvo como taparrabo sólo la mediocridad de las aronadas académicas y la prosa grisácea, estúpidamente reaccionaria, de un Papillon. Pero más allá de la crisis, si ella sigue detentando el poder, la burguesía se reconstruye una fachada, vuelve a lanzar sus mecanismos de seducción ideológica, que actúan como corrosivos de la cohesión de clase.

Los que hoy hacen de mayo un acto de nacimiento (de la espontaneidad revolucionaria del proletariado que sucede a su espontaneidad sometida) no hacen sino extrapolar un momento político preciso: el de la crisis revolucionaria. Teorizan su propia sorpresa y admiración, tanto más grande por cuanto no entreveían la posibilidad de una crisis semejante. De ese modo abandonan el terreno de la política para entrar en el de la meta-política. Y de ese modo también tienen cierto parentesco con Rosa Luxemburg.

### c) *La teoría de la organización-proceso*

Los resabios de hegelianismo, la confusión de lo teórico y de lo político, tiene como consecuencia la teoría luxemburguista de la organización-proceso. Rosa se obstina con toda lógica en pensar la organización como un producto histórico: "En el movimiento socialdemócrata, la organización también ... es un *producto* histórico de la lucha de clases en la cual la socialdemocracia introduce simplemente la conciencia política". En otra parte define la socialdemocracia como "el *movimiento propio* de la clase obrera". Partiendo de la agravación de las contradicciones del capitalismo, y confiando en el proletariado y en su espontaneidad revolucionaria, ella concibe a la organización como la sanción del estado de desa-

rollo de la clase, y como el punto de mira susceptible de precipitar (en el sentido químico) su condensación. La dimensión organizativa no tiene, en esta perspectiva, un peso específico. Definir la socialdemocracia como el movimiento propio de la clase implica una concepción mecanicista y no política. Si los bolcheviques se hubieran atendido a tal concepción hubieran esperado la luz verde del congreso de los Soviets para desencadenar la insurrección. Sin embargo, sólo la vanguardia organizada podía comprender que la fecha de la insurrección debía preceder al congreso, y desencadenarla efectivamente.

Todos los esfuerzos de Lenin en materia de organización están consagrados precisamente a evitar la confusión entre el partido y la clase. En *¿Qué hacer?* insiste en que el movimiento puramente obrero es incapaz de elaborar por sí mismo una ideología independiente, que toda reducción de la ideología socialista implica un reforzamiento de la ideología burguesa, que "el desarrollo espontáneo del movimiento obrero conduce a subordinarlo a la ideología burguesa", lo que significa "el sometimiento ideológico de los obreros por la burguesía". Más precisamente, en *Un paso adelante, dos pasos atrás*, toda la discusión con Martov sobre el párrafo 1º de los estatutos tiene por finalidad la distinción clara y neta de la clase y del partido. La amplia difusión de la pertenencia a un partido "implica una idea *desorganizada*: la confusión de la clase y del partido".

Más adelante, Lenin retoma la fórmula utilizada por Martov según el cual "el partido es el intérprete consciente de un proceso inconsciente", para concluir diciendo que "precisamente por ello es erróneo querer que cada huelguista pueda titularse miembro del partido, pues si cada huelga no fuera la simple expresión espontánea de un potente *instinto* de clase, si ella fuera la expresión *consciente* del proceso que conduce a la revolución... entonces nuestro partido *se identificaría inmediatamente, de golpe*, con *toda* la clase obrera y a continuación terminaría también de un sólo golpe con la sociedad burguesa".

Solamente en la crisis revolucionaria el partido y la clase tienden a fundirse, porque en ese momento la clase accede

masivamente a la lucha política. El partido es el instrumento mediante el cual la clase revolucionaria mantiene su presencia a nivel *político* como una amenaza permanente para la burguesía y su Estado. Pero la crisis revolucionaria, abriendo el campo político a la clase como tal, transforma cualitativamente la vida política. Es por ello que las organizaciones conciben a la crisis como su prueba de verdad, y es por ello también que en la crisis la práctica predomina sobre la teoría.

La política leninista se asienta sobre esta relación dialéctica entre clase y partido. Ninguno de los términos es reductible al otro. Los que minimizan el rol de la organización sólo la conciben en función de coyunturas precisas; así, por ejemplo, los que distinguen normas organizativas distintas para los períodos de legalidad y de ilegalidad. Lenin concebía al partido de manera distinta, y determinaba una invariancia de los *principios* de organización correlativa a la tarea del partido: la lucha por la destrucción del Estado burgués, punto de sutura de la formación social capitalista. Y es también este objetivo el que sitúa al partido en el orden de la política: como cerrojo de las relaciones de producción, el Estado es la apuesta por excelencia de la lucha política. Sobre este fondo de invariancia el partido dispone de un margen de adaptación relativo a sus *tareas* inmediatas; pero nunca es definido en función de esas tareas, siempre lo es en función de su *tarea fundamental*.

Toda revisión de los principios leninistas de organización en un sentido o en otro procede de un desplazamiento fuera del campo político, mientras que es solamente en este campo donde se arman y se erigen los protagonistas de la crisis revolucionaria y donde se encierra la apuesta fundamental: el Estado.

Rosa Luxemburg ilustra frecuentemente su concepción de la evolución histórica del proletariado por el paso de lo inconsciente a lo consciente: "el inconsciente precede a lo consciente, y la lógica del proceso histórico objetivo precede a la lógica subjetiva de sus protagonistas". En realidad, más allá del esquematismo simplista de lo consciente y de lo inconsciente concebidos como los atributos respectivos del partido y de la clase, la problemática leninista va más al encuentro de la

reelaboración freudiana donde la oposición consciente-inconsciente es sustituida por la oposición "yo coherente"—"elementos rechazados", en el cual el inconsciente es un atributo común a los dos términos. De este modo, en la problemática leninista de la organización, no hay un trayecto continuo del en sí al para sí, del inconsciente al consciente. El partido no es la clase en armas, sigue presa de las incertidumbres, de los balbuceos teóricos y del inconsciente. Expresa el hecho de que en una formación social capitalista no podría haber clase "para sí" como realidad, sino sólo como proyecto, a través de la mediación del partido. Lukács lo destaca vigorosamente en su folleto sobre Lenin: "Sería hacerse ilusiones contrarias a la verdad histórica, si se llegara a imaginar que la conciencia de clase verdadera y capaz de conducir a la toma del poder es capaz de nacer espontáneamente en el seno del proletariado, progresivamente, sin tropiezos, sin regresiones, como si el proletariado pudiera adquirir ideológicamente su vocación revolucionaria de acuerdo a una línea de clase". Además, esta es la razón por la cual la crisis revolucionaria, según la propia Rosa Luxemburg, no sobreviene nunca demasiado pronto y siempre demasiado pronto. Nunca demasiado pronto, porque las premisas económicas, la existencia del proletariado, están necesariamente reunidas; siempre demasiado pronto, porque las premisas políticas, la plena autoconciencia del proletariado, nunca están totalmente realizadas. De aquí resulta que el partido puede ser armado para derrocar el Estado Burgués, pero siempre lo está insuficientemente para asumir las consecuencias de la crisis.

### 3) LA ESPECIFICIDAD DE LO POLÍTICO

¿En qué consiste para Lenin la lucha política en la que insiste incesantemente? Ante todo, se esfuerza por definir lo que ella no es: "Es inexacto decir que la realización de la libertad política sea tan necesaria al proletariado como el aumento de salarios... Su necesidad es *de otro orden, no es la misma, es de un orden mucho más complejo*". Nuevamente se trata aquí del dominio del álgebra. Incesantemente, Lenin lucha contra la reducción del orden político al orden econó-

mico, contra todos los que debilitan la lucha de clases. Corrige a la *Rabóchaia Myst*, para quien "lo político sigue siempre a lo económico"; fustiga a *Rabócheie Dielo*, que "deduce los objetivos políticos de las luchas económicas".

Pero más allá de estas prevenciones, Lenin habla de lo político pero sin definirlo.

En realidad, el terreno político no existe a priori; sólo se constituye con la estructuración de las propias fuerzas políticas. Es por eso que "la expresión más vigorosa, más completa y la mejor definida de la lucha de clases política, es la lucha de los *partidos*". Por esta lucha cuyo objetivo es el Estado, se instaura la especificidad de los políticos, que es el lugar de irrupción de la crisis revolucionaria. Esta especificidad hace que no se pueda definir más precisamente el sujeto político en ruptura con todo determinismo riguroso de la economía. Lenin sigue siempre atento al papel original que pueden desempeñar ciertas fuerzas políticas, más allá de sus bases sociales reales. Ese papel no depende solamente de las raíces sociales sino también del lugar ocupado en la estructuración específica del campo político. De este modo se puede comprender, en toda ortodoxia leninista, y sin recurrir a las extrapolaciones sociológicas, el papel desempeñado en mayo por los estudiantes. En un artículo sobre *Las tareas de la juventud revolucionaria*, Lenin ya señalaba: "La división en clases es por cierto la base más profunda del agrupamiento político; ella es quien, *en última instancia* determina ese agrupamiento... Pero esta *última instancia* la establece la *lucha política solamente*".

De aquí resulta que, contrariamente a todo fatalismo, la iniciativa del sujeto político contribuye al desencadenamiento de una crisis revolucionaria cuya salida depende también en parte de él. La lección correlativa es que la riqueza de lo político baraja las cartas; su complejidad hace que el desencadenamiento, el pretexto de la crisis no sobrevenga nunca cuando "lógicamente" se lo espera. Es por ello que el partido sólo puede permanecer atento al conjunto del horizonte social, cultivar "todos los campos, cualquiera sea su naturaleza, hasta los más viejos, vetustos y en apariencia, más estériles" convencidos de que "si se cierra una de las

organizativo no estará suspendido en el vacío, sino que tenderá a conformarse a los principios. De igual modo que en la lucha revolucionaria, en la construcción de la organización el movimiento no es todo; el objetivo que se le asigna reacciona a su vez sobre el carácter y el curso del movimiento.

**El ultracentrismo defendido por Lenin se nos aparece como impregnado no ya de un espíritu positivo y creador, sino del espíritu del vigilante nocturno.**

Una tarea nueva y sin precedentes en la historia del socialismo le ha correspondido a la socialdemocracia rusa: la misión de definir una táctica socialista, es decir, una táctica conforme a las luchas de clases del proletariado, en un país donde todavía domina la monarquía absoluta. Todo parangón entre la situación rusa y la Alemania del 1878-1890, cuando estaban en vigor las leyes de Bismarck contra los socialistas, es fundamentalmente errónea, porque consideraría al régimen policial y no al régimen político. Los *obstáculos* que la ausencia de las libertades democráticas crea al movimiento de las masas tienen una importancia relativamente secundaria: también en Rusia el movimiento de las masas ha logrado abatir las barreras del orden absolutista y darse su "constitución", aunque precaria, de "motines callejeros". Ellas sabrán, por cierto, perseverar en este camino hasta la victoria completa sobre el absolutismo.

La dificultad principal que encuentra la lucha socialista en Rusia deriva del hecho de que el dominio de clase de la burguesía está oscurecido por el dominio de la violencia absolutista; esto confiere inevitablemente a la propaganda socialista para la lucha de clases un carácter abstracto, mientras que la agitación política inmediata asume sobre todo un carácter revolucionario democrático.

En Alemania la ley contra los socialistas tendía a poner al

en todas las actividades de los grupos partidarios locales. Es suficiente observar que según esta concepción el comité central está autorizado a organizar todos los comités locales del partido, que por lo tanto goza también del poder de decidir sobre la composición personal de cada organización rusa local, desde Ginebra y Lieja hasta Tomsk e Irkutsk, para imponerles sus propios estatutos, disolverlas por decreto y crearlas nuevamente, y de este modo influir indirectamente hasta en la composición de la instancia suprema del partido, el congreso partidario. Es así como el comité central aparece como el verdadero núcleo activo del partido y las demás organizaciones como siempre instrumentos ejecutivos.

Y es precisamente en esta unión del más riguroso centralismo organizativo y del movimiento socialista de las masas donde Lenin ve un principio específico del marxismo revolucionario, y aporta una cantidad de argumentos en apoyo de esta tesis. Pero tratemos de analizar la cuestión con mayor detenimiento.

No se podría poner en duda de que en general es propia de la socialdemocracia una fuerte tendencia hacia la centralización.

Habiendo crecido en el terreno económico del capitalismo, sistema centralizador por esencia, y debiendo luchar en el marco político de la gran ciudad burguesa centralizada, la socialdemocracia es profundamente hostil a toda manifestación de particularismo o de federalismo nacional. Ya que su misión es la de representar, dentro de las fronteras de un Estado, los intereses comunes del proletariado en cuanto clase, y de contraponer estos intereses generales a todos los intereses particulares o de grupo, la socialdemocracia tiende por naturaleza a reunir en un partido único los reagrupamientos de obreros, cualesquiera sean sus diferencias de orden nacional, religioso o profesional entre los miembros de la misma clase.

Ella no renuncia a este principio y no se resigna al federalismo, salvo en presencia de condiciones excepcionalmente anormales, como ocurre por ejemplo en la monarquía austro-húngara. Desde este punto de vista se puede en modo alguno poner en duda el hecho de que la socialdemocracia rusa no

deba constituir un conglomerado federativo de las innumerables nacionalidades y de los particularismos locales, sino que debe ante todo constituir un partido único para todo el Imperio. Pero se plantea también otra cuestión: la del grado de centralización que puede convenir, teniendo en cuenta las condiciones actuales existentes en el interior de la socialdemocracia rusa, unificada y única.

Desde el punto de vista de los objetivos formales de la socialdemocracia como partido de lucha, el centralismo de su organización aparece a primera vista como una condición de cuya realización dependen directamente la capacidad de lucha y la energía del partido.

Sin embargo, estas consideraciones de carácter formal y que se aplican a cualquier partido que se proponga una acción concreta, son mucho menos importantes que las condiciones históricas de la lucha proletaria.

En la historia de las sociedades basadas en el antagonismo de clases, el movimiento socialista es el primero que cuenta en todos sus estudios y en todo su camino con la organización y la acción directa y autónoma de la masa.

A partir de ésto la democracia socialista crea un tipo de organización totalmente distinta de la de los movimientos socialistas precedentes, por ejemplo, los movimientos de tipo jacobino-blanquista.

Lenin parece subestimar este hecho cuando en el libro citado expresa la opinión de que el socialdemócrata revolucionario no sería otro que un jacobino indisolublemente ligado a la *organización* del proletariado que ha *tomado conciencia* de sus intereses de clase. Para Lenin, la diferencia entre el socialismo democrático y el blanquismo se reduce al hecho de que hay un proletariado organizado y provisto de una conciencia de clase en lugar de un puñado de conjurados. El olvida que esto implica una completa revisión de las ideas sobre la organización y, en consecuencia, una concepción totalmente distinta de la idea del centralismo, como así también de las relaciones recíprocas entre la organización y la lucha.

El blanquismo no se planteaba el problema de la acción inmediata de la clase obrera y por ello podía dejar de lado

educados en la lucha política, y la posibilidad para ellos de desarrollar su acción específica mediante la influencia directa sobre la vida pública (en la prensa del Partido, en congresos públicos, etc.).

Esta última condición no podrá ser evidentemente realizada sino en la libertad política; en cuanto a la primera —la formación de una vanguardia proletaria consciente de sus intereses de clase y capaz de orientarse en la lucha política— está solamente a punto de brotar y todo el trabajo de agitación y de organización socialista debe tender a apresurar esta fase.

Es por ello muy extraño ver que Lenin profesa la opinión contraria: él está persuadido de que todas las condiciones preliminares para la constitución de un partido obrero potente y fuertemente centralizado existen ya en Rusia. Y si en un acto de optimismo proclama que en la actualidad “no es más el proletariado, sino ciertos intelectuales de nuestro partido los que carecen de autoeducación en cuanto a espíritu de organización y de disciplina”, y si glorifica la acción educadora de la fábrica, que habitúa al proletariado “a la disciplina y a la organización”, todo esta prueba una vez más su concepción demasiado mecánica de la organización socialista.

La disciplina que Lenin tiene presente es inculcada al proletariado no sólo por la fábrica, sino también por el cuartel y por el burocratismo actual, en síntesis, por todo el mecanismo del Estado burgués centralizado.

Se hace un uso erróneo de las palabras y se cae en un error si se designa con el mismo término de “disciplina” dos nociones tan distintas como, por una parte, la ausencia de pensamiento y de voluntad en un cuerpo de los miles de manos y piernas que realizan movimientos automáticos, y, por la otra, la coordinación espontánea de los actos políticos conscientes de una colectividad. ¿Qué puede tener de común la docilidad bien guiada de una clase oprimida con la rebelión organizada de una clase que lucha por su emancipación integral?

No es partiendo de la disciplina impuesta por el Estado capitalista al proletariado (después de haber simplemente sustituido a la autoridad de la burguesía la de un Comité central socialista), sino extirpando hasta su última raíz estos

hábitos de obediencia y de servidumbre como la clase obrera podrá adquirir el sentido de una nueva disciplina, de la auto-disciplina libremente consentida por la socialdemocracia.

De aquí resulta que el centralismo en sentido socialista no podría ser una concepción absoluta aplicada a cualquier fase del movimiento obrero; es necesario concebirlo ante todo como una *tendencia* que se convierte en realidad en la medida del desarrollo y de la educación política de las masas obreras en el curso de sus luchas.

Vale decir que la ausencia de las condiciones más necesarias para la realización completa del centralismo en el movimiento ruso puede constituir un obstáculo muy serio.

Sin embargo, nos parece que sería un grueso error pensar que se podría sustituir "provisoriamente" en el Partido el dominio aún irrealizable de la mayoría de los obreros conscientes por el poder absoluto de un Comité central que actúa como por tática "delegación", y remplazar el control público ejercido por las masas obreras sobre los órganos del Partido con el control opuesto del Comité central sobre la actividad del proletariado revolucionario.

La misma historia del movimiento obrero en Rusia nos ofrece muchas pruebas del dudoso valor de un centralismo similar. Sería absurdo que un centro omnipotente, investido de un ilimitado derecho de control y de ingerencia, según el ideal de Lenin, tuviera una competencia limitada a las funciones exclusivamente *técnicas* tales como la administración de los fondos, la división del trabajo entre los propagandistas y los agitadores, los transportes clandestinos de la prensa, la difusión de los periódicos, circulares, manifiestos. Se podría comprender el fin político de una institución munida de tales poderes, sólo si sus fuerzas fueran consagradas a la elaboración de una táctica uniforme de lucha y si ella asumiera la iniciativa de una vasta acción revolucionaria. ¿Pero que nos enseñan las vicisitudes atravesadas hasta ahora por el movimiento socialista en Rusia? Los cambios más importantes y fecundos de táctica en los últimos diez años no fueron debidos a los descubrimientos de algún dirigente y aún menos de órganos centrales, fueron siempre el producto espontáneo del movimiento en fase de actividad.

Así ocurre durante la primera etapa del movimiento verdaderamente proletario en Rusia, que puede datarse desde la huelga general espontánea de Petrogrado en 1896, y que señala el comienzo de toda una fase de luchas económicas realizadas por las masas obreras. Así ocurre también en la segunda fase de la lucha, signada por las demostraciones callejeras, que se desarrollaron a partir de la agitación espontánea de los estudiantes de Petrogrado en marzo de 1901.

El gran giro sucesivo de la táctica que abrió nuevos horizontes estuvo signado —en 1903— por la huelga general de Rostov del Don: también una explosión espontánea, porque la huelga se transformó “por sí misma” en manifestación política con agitaciones callejeras, grandes actos populares abiertos y discursos públicos, que el más entusiasta de los revolucionarios no habría osado soñar algunos años antes.

En todos estos casos nuestra *causa* hizo progresos inmensos. La iniciativa y la dirección consciente de la organizaciones socialdemócratas sólo tuvieron una participación insignificante. Esto no se explica por el hecho de que tales organizaciones no estaban particularmente preparadas para esos acontecimientos (aunque dicha circunstancia haya podido influir), y aún menos por la ausencia de un aparato central omnipotente tal como el preconizado por Lenin. Por el contrario, es bastante probable que la existencia de un centro directivo de ese tipo no habría hecho más que aumentar la confusión de los comités locales, acentuando el contraste entre el asalto impetuoso de las masas y la posición prudente de la socialdemocracia. Por otra parte se puede observar que este mismo fenómeno —el papel insignificante de la iniciativa consciente de los órganos centrales en la elaboración de la táctica— se advierte en Alemania como en otras partes. A grandes líneas, la táctica de lucha de la socialdemocracia no debe, en general, ser “inventada”; es el resultado de una serie ininterrumpida de grandes actos creadores de la lucha de clases con frecuencia espontánea, que busca su camino.

El inconsciente precede lo consciente y la lógica del proceso histórico objetivo precede la lógica subjetiva de sus protagonistas. La función de los órganos directivos del Partido socialista tiene en gran medida un carácter conservador:

tal como nos enseña la experiencia, cada vez que el movimiento obrero conquista un terreno nuevo, estos órganos lo cultivan hasta sus límites extremos, pero al mismo tiempo lo transforman en un bastión contra procesos ulteriores de mayor amplitud.

La táctica actual de la socialdemocracia alemana es estimada universalmente por su agilidad y, al mismo tiempo, por su firmeza. Pero esta táctica denota solamente una admirable adaptación del Partido, hasta en los mínimos detalles de la acción cotidiana, a las condiciones del régimen parlamentario: el Partido ha estudiado metódicamente todos los recursos de este terreno y sabe extraer beneficios sin derogar sus principios. Y sin embargo, la misma perfección de esta adaptación cierra horizontes más vastos. Se tiende a considerar a la táctica parlamentaria como inmutable, como la táctica específica de la lucha socialista. Ella se rehusa, por ejemplo, a examinar la cuestión planteada por Parvus del cambio de táctica a considerar en el caso de la anulación del sufragio universal en Alemania; y sin embargo esta eventualidad es considerada en modo alguno como improbable por los jefes de la socialdemocracia.

Esta inercia es debida en gran parte al hecho de que es muy difícil definir, en el vacío de cálculos abstractos, los contornos y las formas concretas de coyunturas políticas todavía inexistentes y por ello imaginarias. Lo que importa siempre para la socialdemocracia no es evidentemente la preparación de un esquema ya definido para la táctica futura sino mantener el juicio histórico correcto sobre las formas de lucha correspondientes a cada momento dado, la comprensión viva de la relatividad de esa fase de lucha y de la ineluctabilidad del agravamiento de las tensiones revolucionarias desde el punto de vista del objetivo final de la lucha de clases. Pero confiando al órgano dirigente del partido poderes casi absolutos de carácter *negativo*, como quiere Lenin, no se hace sino reforzar hasta un punto muy peligroso el natural conservadurismo inherente a este órgano.

Si la táctica del partido es el producto no del Comité central sino del conjunto del partido o, mejor aún, del conjunto del movimiento obrero, es evidente que las secciones y fede-

raciones necesitan de esa libertad de acción que es la única que les permite utilizar todos los recursos de una situación y desarrollar su iniciativa revolucionaria. El ultracentralismo defendido por Lenin se nos aparece como impregnado no ya de un espíritu positivo y creador, sino más bien del espíritu estéril del vigilante nocturno. Toda su preocupación está dirigida a *controlar* la actividad del Partido y no a fecundarla, a restringir el movimiento antes que a desarrollarlo, a destruirlo antes que a unificarlo.

Una experiencia similar, en las circunstancias actuales, sería doblemente riesgosa para la socialdemocracia rusa. Ella está en el umbral de las batallas decisivas que la revolución dará al zarismo; está por comprometerse, o mejor dicho está ya comprometida, en una fase de intensa actividad creadora en el plano de la táctica y —lo que es natural en un período revolucionario— en una fase en la cual su esfera de influencia se ampliará y desplazará espontáneamente y a saltos. Intentar en tal momento encadenar la iniciativa del Partido y rodearlo de alambradas, significa impedir que cumpla con las formidables tareas de la hora.

Todas las consideraciones generales que hemos expuesto a propósito de la esencia del centralismo socialista no bastan para delinear un proyecto de estatuto adaptado a la organización del Partido, determinado solamente por las condiciones en que se desarrolla la acción rusa. En última instancia, un estatuto de este tipo no puede ser determinado sino por las condiciones en que se efectúa la acción del Partido en un período dado. Y ya que en Rusia se trata de la primera tentativa de poner en pie una gran organización del proletariado, es dudoso que un estatuto, cualquiera que él sea, pueda pretender ser infalible de antemano: antes es necesario que sufra la prueba de fuego. Pero lo que sí tenemos el derecho de deducir de la idea general que nos hemos hecho de la organización de la socialdemocracia, es que el espíritu de esta organización comporta, en especial al comienzo del movimiento de masas, la coordinación, la unificación del movimiento, y no ya su sumisión a un reglamento rígido. Y, a condición de que el Partido sea preparado en este espíritu de ductilidad política que debe ir acompañado de una fide-

dad absoluta a los principios y con el propósito de la unidad, podemos estar seguros de que la experiencia práctica corregirá las incongruencias del estatuto, por más desafortunada que pueda ser su redacción. Ya que no es la letra, sino el espíritu viviente que le confieren los militantes activos, lo que decide del valor de esta o aquella forma de organización.



Hasta aquí hemos examinado el problema del centralismo desde el punto de vista de los principios generales de la socialdemocracia y, en parte, bajo el aspecto de las condiciones particulares de Rusia. Pero el espíritu de cuartel del ultracentrismo preconizado por Lenin y por sus amigos no es, en efecto, el producto de un modo de proceder casual. Dicho espíritu se vincula a la lucha contra el oportunismo que Lenin extiende hasta el terreno de los detalles más minuciosos de la organización.

Se trata, dice Lenin, "de forjar un arma más o menos afilada contra el oportunismo. Y el arma debe ser tanto más eficaz cuanto más profundas sean las raíces del oportunismo".

De igual modo, Lenin ve en los poderes absolutos que atribuye al Comité central y en el muro que eleva en torno al Partido, un dique contra el oportunismo cuyas manifestaciones específicas provienen, a su entender, de la tendencia innata del intelectual a la autonomía y la desorganización, de su aversión por la disciplina estricta y por toda "burocracia", necesaria, sin embargo, en la vida del Partido.

Según Lenin, es sólo entre los intelectuales, que se mantienen individualistas e inclinados a la anarquía aunque se hayan adherido al socialismo, donde se encuentra esta repugnancia a soportar la autoridad absoluta de un Comité central, en tanto que el proletario auténtico logra mediante su instinto de clase una especie de voluptuosidad con la que se abandona al puño de una sólida dirección y a todos los rigores de una disciplina despiadada.

"El burocratismo opuesto al democratismo", dice Lenin, "no significa otra cosa que el principio de organización de la socialdemocracia revolucionaria opuesto a los métodos de

tra las desviaciones en el sentido del parlamentarismo burgués, las cuales, para triunfar, deben tender a la destrucción de esta defensa y a sumergir la élite activa y consciente del proletariado en la masa amorfa del "cuerpo electoral".

Es así como nacen las tendencias "autonomistas" y descentralizadoras perfectamente adaptadas a ciertos objetivos políticos; en consecuencia, conviene explicarlos no como hace Lenin por el carácter de desplazado del "intelectual", sino por las necesidades del politiquero parlamentario burgués, no por la psicología del "intelectual", sino por la política oportunista.

La cuestión se presenta totalmente distinta en Rusia, bajo el régimen de la monarquía absoluta, donde el oportunismo del movimiento obrero es generalmente el producto no de la fuerza de la socialdemocracia ni de la descomposición de la sociedad burguesa, sino, al contrario, de las condiciones políticas atrasadas de esta sociedad.

El ambiente en el que se reclutan en Rusia los intelectuales socialistas es mucho menos burgués y más desclasado, en el sentido preciso de este término, que en Europa occidental. Esta circunstancia —unida a la inmadurez del movimiento proletario en Rusia— ofrece, es cierto, un campo muy vasto a las teorizaciones falaces y a las oscilaciones oportunistas que llegan, por una parte, hasta la negación completa del aspecto político de las luchas obreras, y, por la otra, hasta la fe incondicional en la eficacia de los atentados aislados, o también hasta el quietismo político, el pantano del liberalismo y del idealismo kantiano.

Sin embargo nos parece que el intelectual ruso, miembro del Partido socialdemócrata, difícilmente puede sentirse atraído por una labor de desorganización, porque una tendencia así no es favorecida ni por la existencia de un Parlamento burgués, ni por el estado de ánimo del ambiente social. El intelectual occidental que profesa hoy el "culto del yo" y tiñe de moral aristocrática hasta sus veleidades socialistas, es el representante característico no de la "clase intelectual burguesa", en general, sino solamente de una fase determinada de su desarrollo: el producto de la decadencia burguesa. Por el contrario, los sueños utópicos y oportunistas de los intelectuales

tuales rusos, ganados para la causa del socialismo, tienden a rellenarse de fórmulas teóricas, en las que el *yo* no es exaltado, sino humillado, y la moral del renunciamiento y de la expiación es el principio dominante. Así como los *narodnikis* (o "populistas") del 1875 predicaban la absorción de los intelectuales por la masa campesina, y los partidarios de Tolstoy practican la evasión de los ciudadanos hacia la vida de la gente "simple", los factores del "economismo puro" en las filas de la socialdemocracia querían que ésta se inclinara ante "las manos callosas" del trabajador.

Se obtienen resultados muy distintos cuando en lugar de aplicar mecánicamente a Rusia los esquemas elaborados en Europa occidental nos esforzamos por estudiar el problema de la organización en relación con las condiciones específicas de la sociedad rusa.

De cualquier modo, atribuirle, como hace Lenin, una preferencia inmutable por una forma determinada de organización y particularmente por la descentralización, significa ignorar la naturaleza íntima del oportunismo.

Ya se trate de organización o de otra cosa, el oportunismo sólo conoce un único principio: la ausencia de todo principio. Escoge sus medios de acción de acuerdo a las circunstancias, si estos medios le parecen aptos para lograr los fines que persigue.

Si con Lenin nosotros definimos al oportunismo como la tendencia a paralizar el movimiento revolucionario autónomo de la clase obrera y a transformarlo en instrumento de las ambiciones de los intelectuales burgueses, debemos reconocer que en las fases iniciales del movimiento obrero este objetivo puede ser alcanzado no mediante la descentralización, sino través de una rígida *concentración*, que entregará este movimiento de proletarios aún incultos a los jefes intelectuales del Comité Central. En los comienzos del movimiento socialdemócrata en Alemania, cuando no existía todavía ni un sólido núcleo de proletarios conscientes, ni una táctica basada en la experiencia, hemos visto enfrentarse los partidarios de dos tipos opuestos de organización: el centralismo a ultranza, sostenido por la "Asociación general de obreros alemanes" fundada por Lassalle, y el autonomismo del partido que se cons-

tituyó en el congreso de Eisenach con la participación de W. Liebknecht y de A. Bebel. Aunque la táctica de los "eisenchianos" era bastante confusa, desde el punto de vista de los principios, ella contribuyó infinitamente más que la acción de los lassallianos, a suscitar en la masa obrera el despertar de una nueva conciencia. Y los proletarios desempeñaron rápidamente un papel preponderante en este partido (como se puede ver en la rápida aceleración de los periódicos obreros publicadas en provincia), el movimiento se extendió rápidamente, en tanto que los lassallianos, a pesar de todas sus experiencias de "dictadores", llevaban a sus partidarios de una desventura a otra.

En general es fácil demostrar que cuando la cohesión entre los elementos revolucionarios de la clase obrera es aún débil y cuando el movimiento mismo avanza todavía a balbuceos, es decir, cuando estamos en presencia de condiciones similares a las que hoy existen en Rusia, es precisamente el centralismo despótico y riguroso lo que caracteriza a los intelectuales se expresan en una propensión a la "descentralización", bajo el régimen parlamentario y con un partido obrero sólidamente constituido— las tendencias oportunistas de los intelectuales se expresan en una propensión a la "decentralización".

Si colocándolos desde el punto de vista de Lenin temiéramos sobre todo la influencia de los intelectuales en el movimiento obrero, no podríamos concebir un peligro mayor para el Partido socialista ruso que los planes de organización propuestos por Lenin. Nada podría someter más un movimiento obrero todavía tan joven a una élite de intelectuales, ávidos de poder, que esta coraza burocrática en la que se lo aprisiona para reducirlo a un autómata manejado por un "comité".

Y, por el contrario, contra los manejos oportunistas y las ambiciones personales, no existe garantía más eficaz que la actividad revolucionaria autónoma del proletariado, gracias a la cual adquiere el sentido de sus propias responsabilidades políticas.

En efecto, esto que hoy es un fantasma, que obsesiona la imaginación de Lenin, podría mañana convertirse en realidad.

No olvidemos que la revolución, que, estamos seguros, no tardará en explotar en Rusia, no es una revolución proletaria, sino una revolución burguesa, que modificará radicalmente todas las condiciones de la lucha socialista. Entonces los intelectuales rusos se embeberán también ellos rápidamente de la ideología burguesa. Si en la actualidad la socialdemocracia es la única guía de las masas obreras, después de la revolución se asistirá naturalmente a la tentativa de la burguesía, y en primer lugar de los intelectuales burgueses, de hacer de las masas la base de su dominio parlamentario.

El juego de los demagogos burgueses será bastante más fácil si en la actual fase de la lucha la acción espontánea, la iniciativa y el sentido político de la vanguardia obrera habrían sido coartados en su desarrollo y en su expansión por la tutela de un comité central autoritario.

Y en primer lugar, la idea que está en la base del centralismo a ultranza, es decir el querer obstaculizar el camino al oportunismo con los artículos de un estatuto, es fundamentalmente errónea.

Bajo la impresión de lo ocurrido recientemente en los partidos socialistas de Francia, Italia y Alemania los socialdemócratas rusos son propensos a considerar al oportunismo en general como un ingrediente extraño, introducido en el movimiento obrero por los representantes del democratismo burgués. Aunque así fuese las sanciones de un estatuto serían impotentes contra esta intrusión de elementos oportunistas. Dado que el aflujo de afiliados no proletarios en el partido obrero es el efecto de causas sociales profundas, tales como la decadencia económica de la pequeña burguesía, el fracaso del liberalismo burgués, la decadencia de la democracia burguesa, sería verdaderamente una piadosa ilusión pensar en detener este ímpetu tumultuoso con la barrera de una fórmula inserta en el estatuto.

Los artículos de un reglamento pueden dominar la vida de pequeñas sectas y de cenáculos privados, pero una corriente histórica pasa a través de las mallas de los párrafos más sutiles. Pero además es un error muy grande creer que se pueda defender los intereses de la clase obrera rechazando los elementos que la disgregación de las clases burguesas impul-

sa en masa hacia el socialismo. La socialdemocracia siempre afirmó representar, junto a los intereses de la clase obrera, la totalidad de las aspiraciones progresistas de la sociedad contemporánea y los intereses de todos aquellos que son oprimidos por el dominio de la burguesía. Esto no se debe entender sólo en el sentido de que dicho conjunto de intereses está idealmente comprendido en el programa socialista. El mismo postulado se traduce en la realidad con la evolución histórica que hace de la socialdemocracia, como *partido político*, el refugio natural de todos los elementos insatisfechos y de tal manera el partido de todo el pueblo contra la ínfima minoría burguesa que detenta el poder.

• • •

Pero es necesario que los socialistas sepan siempre subordinar a los fines supremos de la clase obrera todas las necesidades, todos los rencores, todas las esperanzas de la multitud heterogénea que acude a ellos. La socialdemocracia debe contener el tumulto de la oposición no proletaria en los cuadros de la acción revolucionaria del proletariado y, en una palabra, asimilar los elementos que se aproximan a ella.

Esto no es posible sino a condición de que la socialdemocracia constituya ya un núcleo proletario fuerte y políticamente educado, bastante consciente de ser capaz, como hasta ahora ha ocurrido en Alemania, de arrastrar a remolque a los contingentes de desclasados y de pequeños burgueses que entran en el partido. En este caso, un mayor rigor en la aplicación del principio del centralismo y una disciplina más severa, formulada explícitamente en los artículos del estatuto, pueden constituir una salvaguardia eficaz contra las desviaciones oportunistas. En efecto, existen todas las razones para considerar a la forma de organización prevista por el estatuto como un sistema defensivo directo contra el asalto oportunista; es así como el socialismo revolucionario francés se ha defendido contra la confusión jauresista. Y una modificación en el mismo sentido del estatuto de la socialdemocracia alemana constituiría una medida bastante acertada. Pero, aún en este caso, no se debe considerar al estatuto como un arma que en cual-

quier momento es de por sí suficiente: no es más que un medio extremo de coerción para dar ejecutividad a la voluntad de la mayoría proletaria que predomina efectivamente en el partido. Si esta mayoría fallara las sanciones más tremendas formuladas en el papel serían inoperantes.

Sin embargo, esta afluencia de elementos burgueses no es por cierto la única causa de las corrientes oportunistas que se manifiestan en el seno de la socialdemocracia. Otra causa se manifiesta en la esencia misma de la lucha socialista y en las contradicciones inherentes a ella. El movimiento mundial del proletariado hacia su emancipación total es un proceso cuya particularidad consiste en lo siguiente: por primera vez desde que existe la sociedad civil, las masas populares hacen valer su voluntad conscientemente y frente a todas las clases dominantes, mientras que la realización de esta voluntad sólo es posible más allá de los límites del actual sistema social. Pero las masas no pueden adquirir y fortificar dentro de sí esta voluntad sino en la lucha cotidiana contra el orden constituido, o sea en los límites de este orden. Por una parte las masas populares, por la otra un fin situado más allá del orden social existente; por un lado la lucha cotidiana, y por el otro la revolución: tales son los términos de la contradicción dialéctica en la que se mueve el movimiento socialista. De aquí resulta la necesidad de desplazarse hábilmente entre dos escollos: uno es la pérdida de su carácter de masa, el otro la renuncia al objetivo final, la recaída al estado de secta y la transformación en un movimiento reformista burgués.

He aquí por qué es una ilusión contraria a las enseñanzas de la historia querer fijar de una vez por todas la dirección revolucionaria de la lucha socialista y querer garantizar para siempre al movimiento obrero de todas las desviaciones oportunistas. Indudablemente la doctrina de Marx nos provee de los medios infalibles para denunciar y combatir las manifestaciones típicas del oportunismo. Pero como el movimiento socialista es un movimiento de masa, y los escollos que lo amenazan son los productos no de artífices insidiosos sino de condiciones sociales ineluctables, es imposible precaverse anticipadamente contra la posibilidad de oscilaciones oportunistas. Sólo podemos superarlas con el mismo movimiento

ayudándonos, como es obvio, con los recursos que ofrece la doctrina marxista, y solamente después que las desviaciones, cualesquiera ellas sean, hayan adquirido una forma tangible en la acción práctica.

Considerado desde este punto de vista, el oportunismo aparecería como un producto del movimiento obrero y como una fase inevitable de su desarrollo histórico. Especialmente en Rusia, donde la socialdemocracia ha nacido hace poco y las condiciones políticas en las que se forma el movimiento obrero son extremadamente anormales, el oportunismo es en gran medida el resultado de las inevitables vacilaciones y de las tentativas, en medio de las cuales la acción socialista se abre camino en un terreno distinto de cualquier otro.

Si las cosas son de este modo, no podemos menos que sorprendernos por la pretensión de alejar la posibilidad misma de toda desviación oportunista escribiendo ciertas palabras en lugar de otras en el estatuto del Partido. Tal tentativa de exorcizar al oportunismo con un pedazo de papel puede ser extremadamente perjudicial, no para el oportunismo, sino para el movimiento socialista en cuanto tal. Frenando las pulsaciones de una vida orgánica sana, se debilita al cuerpo y se disminuye su resistencia y también su espíritu combativo, no sólo contra el oportunismo, sino también —y esto debería tener una gran importancia— contra el ordenamiento social existente. El medio propuesto se opone al fin.

• • •

En esta premura obsesiva por establecer la tutela de un Comité central omnisciente y omnipotente, por preservar un movimiento obrero tan prometedor y tan vigoroso de cualquier imprudencia, creemos advertir síntomas de ese mismo *subjetivismo* que ya ha jugado algunas malas pasadas al pensamiento socialista en Rusia. Es verdaderamente divertido observar las extrañas cabreolas que la historia hace hacer al respetable "sujeto" humano en su actividad histórica. Aplastado y casi reducido a polvo por el absolutismo ruso, el *yo* toma su revancha en la medida en que, en su pensamiento revolucionario, se pone a sí mismo sobre el trono y se proclama omni-

potente, bajo la forma de un comité de conjurados, en nombre de una inexistente "Voluntad del Pueblo". Pero el "objeto" demuestra ser el más fuerte y el *knut* no tarda en triunfar puesto que representa la expresión "legítima" de esta fase del proceso histórico.

Finalmente, vemos aparecer en la escena un hijo todavía más "legítimo" del proceso histórico: el movimiento obrero ruso. Por primera vez en la historia rusa, sienta con éxito las bases para la formación de una auténtica voluntad popular. Pero he aquí que el *yo* del revolucionario ruso se apresura a hacer cabriolas y una vez más se proclama dirigente omnipotente de la historia, esta vez en la persona de Su Alteza el Comité Central del movimiento obrero socialdemócrata. El hábil acróbata ni siquiera advierte que el único "sujeto" al que corresponde hoy el papel de dirigente es el *yo* colectivo de la clase obrera, que reclama resueltamente el derecho de cometer ella misma las equivocaciones y de aprender ella misma la dialéctica de la historia. Y en fin, digamos francamente entre nosotros: los errores cometidos por un verdadero movimiento obrero revolucionario son históricamente de una fecundidad y de un valor incomparablemente mayores que la infalibilidad del mejor de los comités centrales.



**Vladimir I. Lenin**  
**Un paso adelante, dos pasos atrás**

**RESPUESTA DE N. LENIN A ROSA LUXEMBURG I**

El artículo de Rosa Luxemburg publicado en los números 42 y 43 de *Die Neue Zeit* es un análisis crítico de mi libro, publicado en ruso, acerca de la crisis existente en el seno de nuestro partido. No puedo por menos de expresar a los camaradas alemanes mi agradecimiento por la atención que dispensan a las publicaciones de nuestro partido y por su esfuerzo de darlas a conocer a la socialdemocracia alemana, pero debo señalar que lo que el artículo de Rosa Luxemburg publicado en *Neue Zeit* da a conocer al lector no es mi libro, sino otra cosa distinta. Pondré algunos ejemplos en apoyo de esto. La camarada Luxemburg dice, por ejemplo, que en mi libro se manifiesta clara y nítidamente la tendencia de un "centralismo a ultranza". La camarada Luxemburg da por supuesto, así, que yo defiendo un sistema de organización contra cualquier otro. Pero, en realidad, no hay tal cosa. Lo que yo defiendo a lo largo de todo el libro, desde la primera página hasta la última, son los principios elementales de cualquier organización de partido que pueda imaginarse. En mi libro no se examina el problema de la diferencia entre este o el otro sistema de organización, sino el problema de cómo es necesario apoyar, criticar y corregir el sistema que sea, siempre y cuando que no contradiga a los principios del partido. Rosa Luxemburg dice, más adelante, que "según su concepción [la de Lenin], el C.C. tiene plenos poderes para organizar todos los poderes locales del partido". Esto no es verdad. Lo que yo opino acerca de esta cuestión puede demostrarse documentalmente mediante el proyecto de los es-

tatutos de organización del partido presentado por mí. En él no se dice ni una palabra del derecho a organizar comités locales. Fue la comisión elegida por el congreso del partido para elaborar los estatutos la que introdujo en ellos este derecho, y el congreso del partido aprobó el proyecto de la comisión. Para esta comisión fueron elegidos, aparte de mí y de otro partidario de la mayoría, tres representantes de la minoría del partido, lo que quiere decir que en esta comisión, que confirió al C.C. el derecho a organizar los comités locales, prevaleció precisamente el criterio de tres adversarios míos. La camarada R. Luxemburg confunde dos hechos distintos. En primer lugar, confunde mi proyecto de organización con el proyecto modificado de la comisión, de una parte, y de otra con los estatutos de organización aprobados por el congreso del partido; y, en segundo lugar, confunde la defensa de un determinado postulado que figura en un determinado artículo de los estatutos (en modo alguno es verdad que, en esta defensa, yo mantuviera una posición a ultranza, puesto que en el pleno no objeté en contra de las enmiendas introducidas por la comisión) con la defensa (¿tiene esto algo que ver con el auténtico "ultracentralismo"?) de la tesis según la cual los estatutos aprobados por el congreso del partido deberán aplicarse en la práctica mientras no sean modificados por el congreso siguiente. Esta tesis ("puramente blanquista", como fácilmente podrá advertir el lector) ha sido defendida por mí en mi libro, a pesar de que, verdaderamente, mantengo una actitud "a ultranza". Dice la camarada Luxemburg que, en mi opinión, "el C.C. es el único núcleo activo del partido". Esto no es verdad. Yo no he defendido jamás semejante opinión. Por el contrario, mis contradictores (la minoría del II Congreso del partido) me han acusado en sus escritos de no defender lo bastante la independencia y la autonomía del C.C. y de subordinarla excesivamente a la Redacción del O.C. y al Consejo del partido, organismos que funcionan en el extranjero. A esta acusación he respondido en mi libro diciendo que cuando la mayoría del partido prevalezca en el Consejo jamás intentará coartar la autonomía del C.C.; pero esto fue lo que ocurrió tan pronto como el Consejo del partido se convirtió en un instrumento

en manos de la minoría. La camarada Rosa Luxemburg dice que en la socialdemocracia rusa nadie duda de la necesidad de contar con un partido unido y que toda disputa gira en torno a la mayor o menor centralización. Esto no es verdad. Si la camarada Luxemburg se diera el trabajo de leer las resoluciones de numerosos comités locales del partido, que constituyen la minoría, comprendería fácilmente (cosa que se destaca con particular claridad en mi libro) que la disputa entre nosotros gira, principalmente, en torno a si el C.C. y el O.C. deben o no representar la tendencia de la mayoría del congreso del partido. De esta exigencia "ultracentralista" y "puramente blanquista" no dice ni una palabra la respetable camarada, que prefiere declamar en contra de la supeditación mecánica de la parte al todo, en contra de la sumisión servil, de la obediencia ciega y de otras monstruosidades por el estilo. Le agradezco mucho a la camarada Luxemburg sus esclarecimientos en torno a la profunda idea de que la sumisión servil es funesta para el partido, pero desearía preguntarle si ella consideraría como normal, si reputaría tolerable el que en un partido cualquiera predominara en los órganos centrales, titulados órganos del partido, la minoría del congreso de éste. La camarada R. Luxemburg me achaca la idea de que en Rusia se dan ya todas las premisas necesarias para organizar un gran partido obrero, rigurosamente centralizado. Es una nueva afirmación que falta a la verdad de los hechos. En ninguna parte de mi libro defendiendo esta idea, ni siquiera la expreso. La tesis defendida por mí expresaba y expresa algo distinto. Lo que yo subrayo es que se dan ya todas las premisas necesarias para que sean acatadas las decisiones del congreso y que hace ya mucho que ha pasado el tiempo en que los organismos del partido podían ser suplantados por círculos privados. He aportado pruebas de que algunos académicos de nuestro partido han revelado su inconsecuencia y falta de firmeza y de que no tiene derecho alguno a achacar su falta de disciplina al proletariado ruso. Los obreros rusos se han pronunciado ya repetidas veces y en diversas ocasiones en pro de la observancia de los acuerdos del congreso del partido. Es sencillamente ridículo el que la camarada Luxemburg declare que esto no pasa de ser una opinión "optimista" (¿no debiera considerarse más bien como "pe-

sinista"?), sin decir a este propósito ni una palabra acerca del fundamento de hecho sobre que descansa mi tesis. No he sido yo, sino un adversario mío, quien ha dicho que concibo el partido a la manera de una fábrica. Lo que yo he hecho ha sido burlarme de él, demostrándole con sus propias palabras que confundía dos aspectos distintos de la disciplina fabril, lo que, por desgracia, le ocurre también a la camarada R. Luxemburg\*.

Dice la camarada Luxemburg que yo, al definir socialdemócrata revolucionario como un ja ob'no vinculado a una organización obrera con conciencia de clase, probablemente he trazado una caracterización más ingeniosa de mi punto de vista de la que haya podido trazar ninguno de mis adversarios. Esta afirmación se aparta una vez más de los hechos. El primero que ha hablado de jacobinismo no he sido yo, sino P. Axelrod. Ha sido él quien por primera vez comparó los grupos de nuestro partido con los del tiempo de la gran revolución francesa. Yo me he limitado a advertir que esta comparación sólo era admisible en el sentido de que la división de la social democracia actual en un ala revolucionaria y otra oportunista coincidía hasta cierto punto con la división en montañeses y girondinos. Esta comparación fue hecha con frecuencia por la vieja *Iskra*, reconocida como órgano por el congreso. Reconociendo precisamente esta división, la vieja *Iskra* luchó contra el ala oportunista de nuestro partido, contra la tendencia de *Rabócheie Dielo*. Rosa Luxemburg confunde aquí la *correlación* entre dos tendencias revolucionarias de los siglos XVIII y XIX con la identificación de estas tendencias. Así, por ejemplo, si digo que entre el Pequeño Echeidegg y la Jungfrau\*\* hay la misma diferencia que entre una casa de dos pisos y otra de cuatro, no quiere decir eso que identifique a la Jungfrau con una casa de cuatro pisos. La camarada Luxemburg deja totalmente fuera de su horizonte visual el análisis de hecho de las distintas tendencias existentes en nuestro partido. Pues bien,

---

\* Ver en el folleto en ruso titulado *Nuestros malentendidos*, el artículo "R. Luxemburg contra Carlos Marx".

\*\* Montes de los Alpes berneses. (Ed.)

más de la mitad de mi libro se dedica precisamente a este análisis, basado en las actas del congreso de nuestro partido, hacia lo cual llamo la atención especialmente en mi introducción. Rosa Luxemburg quiere hablar de la situación actual de nuestro partido y, al hacerlo, prescinde totalmente del congreso que ha sido, en rigor, el que ha sentado los fundamentos de éste. ¡No hay más remedio que considerar que esta empresa es bastante arriesgada! Tanto más arriesgada cuanto que, como ya hube de señalar cientos de veces en mi libro, mis adversarios hacen caso omiso del congreso, y esto es precisamente lo que hace que todas sus afirmaciones carezcan de todo fundamento en los hechos.

Es, cabalmente, el mismo error cardinal en que incurre la camarada Rosa Luxemburg. Se limita a repetir unas cuantas frases vacuas, sin tomarse el trabajo de entrar a examinar su sentido concreto. Se deja intimidar por una serie de monstruosidades, sin penetrar en los verdaderos fundamentos de la disputa. Me atribuye una serie de lugares comunes, principios y reflexiones generalmente conocidos y verdades absolutas, procurando silenciar las verdades relativas, basadas en hechos rigurosamente determinados, los únicos con los que yo opero. Y se lamenta, además, de que se apliquen esquemas, remitiéndose a este propósito a la dialéctica marxista. Pero es el caso de que el artículo de la respetable camarada no contiene, precisamente más que esquemas producto de la cavilación, y su artículo contradice a los rudimentos de la dialéctica. Estos rudimentos nos dicen que la verdad abstracta no existe, que la verdad es siempre concreta. La camarada Rosa Luxemburg ignora desdeñosamente los hechos concretos de la lucha de nuestro partido y se ocupa noblemente de declamaciones acerca de problemas que no es posible, seriamente, enjuiciar. Citaré el último ejemplo, tomado del segundo artículo de la camarada Luxemburg. Cita mis palabras según las cuales esta o la otra redacción dada a los estatutos de organización puede servir de arma más o menos afilada de lucha en contra del oportunismo. Pero no dice ni una palabra acerca de las formulaciones de que yo hablo en mi libro y de que hablamos todos en el congreso del partido. La camarada autora del artículo no se refiere para nada a cuál era la polémica mantenida por mí en

el congreso del partido, no dice contra qué planteaba yo mis tesis. En vez de ello ¡¡se digna administrarme toda una lección sobre el oportunismo... en los países parlamentarios!! Pero acerca de las distintas variantes específicas del oportunismo, acerca de los matices que adopta en nuestro país, en Rusia y de los que se habla en mi libro, no encontraremos en su artículo ni una sola palabra. La conclusión a que se llega, partiendo de estos razonamientos, agudos e ingeniosos a más no poder, es la siguiente: "Los estatutos del partido no deben ser, de por sí [??]entiéndalo quien pueda!", un arma cualquiera para rechazar el oportunismo, sino solamente un arma externa poderosísima para asegurar la influencia dirigente de la mayoría revolucionario-proletaria del partido realmente existente". Absolutamente cierto. Pero R. Luxemburg silencia cómo se ha formado la mayoría realmente existente de nuestro partido, que es precisamente de lo que yo hablo en mi libro. Y no dice tampoco cuál era la influencia que defendíamos Plejánov y yo por medio de esta poderosísima arma externa. Y únicamente podría añadir que yo jamás ni en parte alguna he dicho algo tan sin sentido como eso de que los estatutos del partido sean un arma "por sí mismos".

La respuesta más certera a semejante modo de interpretar mis ideas sería exponer los hechos concretos de la lucha mantenida en nuestro partido. A la vista de ellos, todo el mundo vería claramente con qué fuerza contradicen los hechos concretos a los lugares comunes y las abstracciones esquemáticas de la camarada Luxemburg.

Nuestro partido se fundó en la primavera de 1898, en un congreso de representantes de algunas organizaciones rusas, celebrado dentro del país. El partido recibió el nombre de Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Fue designado su órgano central *Rabóchaia Gazeta* 2; la "Unión de socialdemócratas rusos en el extranjero" pasó a ser la representación extranjera del partido. Poco después de la celebración del congreso, el C.C. del partido fue arrestado. *Rabóchaia Gazeta* dejó de publicarse después de la salida del segundo número. El partido se convirtió en un informe conglomerado de organizaciones locales (los llamados comités). Entre ellos no había más nexo de unión que un nexo ideológico, puramente espi-

ritual. Tenía que sobrevenir, inevitablemente, un período de disenciones, vacilaciones y escisiones. Los intelectuales, que en nuestro partido representaban un porcentaje bastante mayor que en los partidos del occidente de Europa, sentíanse atraídos por el marxismo, que estaba de moda. Pero esta atracción pronto dejó el puesto, de una parte, a la inclinación servil ante la crítica burguesa de Marx y, de otra, ante el movimiento obrero puramente sindical (huelguismo, economismo). La disención entre la tendencia intelectual-opportunista y la tendencia proletario-revolucionaria condujo a la escisión de la "Unión" extranjera. El periódico titulado *Rabóchaia Misl* y la revista del extranjero *Rabócheie Dielo* eran (la segunda, más débilmente) los portavoces del economismo, negaban la importancia de la lucha política y negaban los elementos de la democracia burguesa en Rusia. Los críticos "legales" de Marx, los señores Struve, Tugan-Baranovski, Bulgákov, Berdiáiev, etc., marchan resueltamente hacia la derecha. En ningún país de Europa vemos que el bernsteinismo desembocase tan rápidamente en su final lógico, en la formación de una fracción liberal, como sucedió en Rusia. El señor Struve comenzó por la "crítica" en nombre del bernsteinismo y terminó con la organización de la revista liberal *Osvobodhdenie*, liberal en el sentido europeo de la palabra. Plejánov y sus amigos abandonaron la agrupación extranjera y fueron apoyados por los fundadores de *Iskra* y *Zariá*. Estas dos publicaciones (de las que seguramente ha oído hablar la camarada Rosa Luxemburg) libraron "durante tres años una brillante campaña" contra el ala oportunista del partido, la campaña de la "Montaña" contra la "Gironda" socialdemocrática (para decirlo con una expresión tomada de la vieja *Iskra*), la campaña en contra de *Rabócheie Dielo* (camaradas Krichevski, Akimov, Martínov y otros), contra el Bund judío y contra las organizaciones rusas animadas por esta misma tendencia (en primer lugar, contra la llamada "Organización Obrera" de Petersburgo y contra el comité de Vorónezh).

Cada vez se veía más claramente que no bastaba con la existencia de un nexo ideológico entre los comités. Se ponía de relieve de un modo cada vez más palpable la necesidad de tomar un partido realmente cohesionado, es decir, de

poner en práctica lo que se había querido hacer en 1898. Por último, a fines de 1902, se formó el Comité de Organización, que se había trazado como tarea convocar al II Congreso del partido. De este Comité de Organización, integrado principalmente por la organización de *Iskra* en Rusia, formaba también parte un representante del Bund judío. En el otoño de 1903 se celebró, finalmente, el II Congreso, en el que, de una parte, se llevó a cabo la unificación formal del partido y en el que, de otra parte, se produjo la escisión de éste en una "mayoría" y una "minoría". Semejante división no existía con anterioridad a la celebración del congreso y sólo puede explicarse mediante el análisis detallado de la lucha librada en el congreso del partido. Por desgracia, los partidarios de la minoría (incluyendo a la camarada Luxemburg) rehuyen medrosamente este análisis.

En mi libro, que la camarada Luxemburg da a conocer de un modo tan peregrino a los lectores alemanes, dedico más de cien páginas a examinar en detalle las actas del congreso (que forman un tomo de cerca de cuatrocientas páginas. Este análisis me llevó a clasificar a los delegados, o mejor dicho los votos (pues había en el congreso delegados que tenían uno o dos votos) en cuatro grupos fundamentales: 1) los iskristas de la mayoría (partidarios de la tendencia de la vieja *Iskra*), 24 votos; 2) los iskristas de la minoría, 9 votos; 3) el centro (llamado también, irónicamente, "el pantano"), 10 votos, y, por último, 4) los antiiskristas, 9 votos, en total 51. Analizo la participación de estos grupos en *todas* las votaciones producidas en el congreso del partido y demuestro cómo, en todos los problemas (de programa, táctica y organización), el congreso del partido fue la palestra de lucha de los iskristas contra los antiiskristas, en la que se observan diversas vacilaciones por parte del "pantano". Y no podía ser de otro modo, como necesariamente tiene que ver claro todo el que conozca un poco la historia de nuestro partido. Pero todos los partidarios de la minoría (incluyendo a R. Luxemburg) cierran discretamente los ojos a esta lucha. ¿Por qué? Precisamente porque esta lucha pone de manifiesto todo lo que hay de falso en la actual situación política de la minoría. A lo largo de toda esta lucha librada en el congreso del partido, en torno

a decenas de cuestiones y en decenas de votaciones, los iskristas tuvieron que pelear contra los antiiskristas y el "pantano", el cual se ponía tanto más resueltamente de lado de los antiiskristas cuanto más concretas eran las cuestiones debatidas, cuanto de un modo más positivo se consideraba el sentido fundamental del trabajo socialdemocrático, cuanto más efectivamente se aspiraba a llevar a la práctica los planes inquebrantables de la vieja *iskra*. Los antiiskristas (especialmente, el camarada Akimov y la camarada Brúker, delegada de la "Organización obrera" de Petersburgo, que siempre estaba de acuerdo con él, y casi siempre el camarada Martínov y los 5 delegados del Bund judío) eran contrarios a la tendencia de la vieja *Iskra*. Defendían a las viejas organizaciones sueltas, votaban en contra de su supeditación al partido, en contra de su fusión con el partido (incidente del C. O., disolución del grupo "El Obrero del Sur", que era el grupo más importante del "pantano", etc.). Lucharon en contra de unos estatutos de organización inspirados en el espíritu del centralismo (14ª sesión del congreso) y, con este motivo, acusaron a todos los iskristas de que trataban de implantar la "desconfianza organizada", de promulgar una "ley excepcional", y de otras atrocidades. Todos los iskristas sin excepción se rieron entonces de esto; y merece hacerse notar que la camarada Rosa Luxemburg toma ahora como algo serio todas estas necedades. En la inmensa mayoría de los casos triunfaron los iskristas, que predominaban en el congreso, como se ve claramente por los datos numéricos señalados más arriba. Pero, al llegar la segunda parte del congreso, cuando se debatían ya cuestiones menos de principio, se impusieron los antiiskristas, gracias al hecho de que algunas iskristas votaron con ellos. Así sucedió, por ejemplo, en lo tocante al problema de la equiparación de todas las lenguas en nuestro programa; acerca de este punto, los antiiskristas casi lograron derrotar a la comisión de programa y sacar adelante su propia formulación. Y así sucedió también en lo referente al artículo primero de los estatutos, donde los antiiskristas, mano a mano con el "pantano", impusieron la fórmula del camarada Mártoy. Con arreglo a esta redacción, se consideran miembros del partido, no sólo los que pertenezcan a una

de sus organizaciones (esta era la redacción que defendíamos Plejánov y yo), sino también todas las personas que trabajen bajo el control de una organización del partido\*.

Lo mismo sucedió con motivo de las elecciones al C.C. y a la Redacción del Órgano Central, 24 iskristas formaban una coherente mayoría. Llevaron adelante el plan de renovación del cuerpo de redactores meditado de largo tiempo atrás: de los seis antiguos redactores se elegiría a tres; la minoría quedó formada por 9 iskristas, 10 del centro y 1 antiiskrista (los 7 antiiskristas restantes, los delegados del Bund judío y los de *Rabócheie Dielo* se habían retirado del congreso ya antes). Esta minoría quedó tan descontenta por el resultado de la elección, que decidió abstenerse de tomar parte ne las demás que se celebraran. Al camarada Kautsky le asistía toda la razón cuando veía en el hecho de la renovación del cuerpo de redactores la causa fundamental de la lucha subsiguiente. Pero su opinión de que fui yo (*sic!*) quien "eliminó" de la Redacción a tres camaradas sólo puede explicarse por su desconocimiento total de lo que fue nuestro congreso. En primer lugar, el hecho de no ser elegidos no es lo mismo que el ser eliminados y, como es natural, yo no tenía en el congreso derecho de ninguna clase para eliminar a nadie; y, en segundo lugar, el camarada Kautsky, al parecer, no sospecha siquiera de que el hecho de la coalición de los antiiskristas, el centro y una parte de los partidarios de *Iskra* encerraba también una significación política y no podía por menos de influir en el resultado de la elección. Quien

---

\* El camarada Kautsky se manifestó en pro de la fórmula de Márto, alegando en apoyo de ella una razón de conveniencia. A esto diremos que, en primer lugar, en nuestro congreso este punto no se enjuició desde el punto de vista de la conveniencia, sino atendiendo a razones de principio. Así fue, en efecto, como planteó el problema el camarada Axelrod. En segundo lugar, el camarada Kautsky se equivoca si piensa que, en un régimen policíaco como el ruso, media una diferencia tan grande entre el hecho de pertenecer a una organización del partido y el de trabajar bajo el control de ella. Y, en tercer lugar, constituye un gran error empeñarse en comparar la situación que actualmente impera en Rusia con la que existía en Alemania bajo la vigencia de la ley de excepción contra los socialistas. 3

no se empeñe en cerrar los ojos a la evidencia de lo sucedido en nuestro congreso no tiene más que ver que una minoría y una mayoría es solamente una variante de la vieja división en el ala proletario-revolucionaria y el ala intelectual-oportunista de nuestro partido. Es este un hecho que no se puede rehuir con ninguna interpretación, ni con ninguna clase de ironías.

Por desgracia, después del congreso la importancia de principio de esta escisión se vio obstruída por las mezquinas querellas relacionadas con la cooptación. Dos meses duró esta lucha. Se emplearon como medios de combate el boicot y la desorganización del partido. Doce comités (de los catorce que se hicieron oír con este motivo) condenaron enérgicamente tales procedimientos de lucha. La minoría se negó incluso a aceptar nuestra proposición (formulada por Plejánov y por mí) y a expresar su punto de vista en las páginas de *Iska*. En el congreso de la "Liga extranjera", las cosas llegaron hasta el extremo de lanzar ofensas e injurias de carácter personal contra miembros de los organismos centrales (llamándolos autócratas, burócratas, gendarmes, mentirosos y que se yo cuántas cosas más). Se les acusó de ahogar la iniciativa personal, de querer implantar la obediencia incondicional y la ciega sumisión, etc. De nada sirvieron los intentos hechos por Plejánov para calificar como anarquistas estos métodos de lucha de la minoría. Después de este congreso, Plejánov publicó (en el núm. 52 de *Iskra*) su artículo titulado *¿Qué no hacer?*, artículo que sienta época y que iba dirigido contra mí. En este artículo, decía que la lucha contra el revisionismo no debía significar a todo trance la lucha contra los revisionistas; para todos estaba claro que, al decir esto, quería referirse a nuestra minoría. Y más adelante sostenía que, a veces, no conviene luchar contra el individualismo anarquista, tan profundamente arraigado en los revolucionarios rusos; que, en ocasiones, el mejor medio para refrenarlo y evitar la escisión es hacer algunas concesiones. Yo salí de la Redacción, ya que no podía incorporarlos a ella a los redactores de la minoría. Siguió luego la lucha por la cooptación al Comité Central. Fue rechazada mi propuesta de hacer las paces dejando a la minoría el O. C. y respetando en el C. C. a la mayoría. Siguió adelante la lucha, combatiéndose "en prin-

cipio" contra el burocratismo, el ultracentrismo, el formalismo, el jacobinismo, el schweitzerismo (a mí se me llamaba, en efecto, el Schweitzer ruso) y contra otras monstruosidades. En mi libro me burlé de todas estas acusaciones e hice notar que esto o eran simplemente líos de cooptación o (suponiendo que hubiera que reconocer condicionalmente el carácter "de principio" de tales acusaciones) no pasaban de ser frases oportunistas, girondistas. La actual minoría no hace más que repetir lo que el camarada Akimov en contra del centralismo, defendido por todos los partidarios de la vieja *Iskra*.

Los comités de Rusia expresaron su indignación ante el hecho de que el Órgano Central se hubiera convertido en el órgano de un círculo privado, en el órgano de los chismes de la cooptación y de las comadrerías del partido. Se recibieron gran número de resoluciones en las que se manifestaba la más profunda irritación. Solamente la llamada "Organización obrera" de Petersburgo, de que ya hemos hecho mención, y el comité de Vorónezh (formado por partidarios del camarada Akimov) expresaron su satisfacción de principio con la tendencia de la nueva *Iskra*. Las voces pidiendo la convocatoria del tercer congreso eran cada vez más numerosas.

El lector que se tome la molestia de estudiar las fuentes de primera mano acerca de la lucha de nuestro partido comprenderá sin dificultad que lo que la camarada Rosa Luxemburg dice acerca del "ultracentrismo", de la necesidad de ir gradualmente hacia la centralización, etc., equivale, concreta y prácticamente, a burlarse de lo que ha sido nuestro congreso y, abstracta y teóricamente (si puede hablarse aquí de teoría) es un simple adocenamiento del marxismo, una tergiversación de la auténtica dialéctica marxista, etc.

La última fase de la lucha mantenida en nuestro partido se caracteriza por el hecho de que los miembros de la mayoría han sido en parte eliminados del C.C. y en parte convertidos en elementos introducidos en el C.C.,<sup>4</sup> etc.) El Consejo del partido (que después de la cooptación de los antiguos redactores ha caído también en manos de la minoría) y el actual C.C. han condenado toda labor de agitación en favor de la convocatoria del III Congreso y han pasado al camino de los acuerdos y pactos personales con algunos miembros de

la minoría. Han sido disueltas, por ejemplo, las organizaciones que, como el organismo formado por agentes (apoderados) del C.C., han osado cometer un crimen como el de hacer agitación en pro de la convocatoria del congreso.<sup>5</sup> Se ha declarado en toda la línea la guerra a la convocatoria del III Congreso del partido. La mayoría ha contestado a esto con la consigna de "¡Abajo el bonapartismo!" (es el título del folleto del camarada Galiorka, que actúa en nombre de la mayoría). Aumenta el número de resoluciones en que se declara contrarios al partido y bonapartistas a los organismos del partido que mantienen la lucha en contra de la convocatoria del congreso. Cuán hipócritas eran todas las chácharas de la minoría en contra del ultracentrismo y en pro de la autonomía, lo revela claramente el hecho de que se haya declarado como al margen del partido la nueva editorial de la mayoría creada por mí y otro camarada (en la que se publicaron el folleto ya citado de Galiorka y algunos otros).<sup>6</sup> La nueva editorial ofrece a la mayoría la única posibilidad de propagar sus ideas, ya que las páginas de *Iskra* están casi cerradas para ella. A pesar de lo cual, o, por mejor decir, precisamente en virtud de ello, el Consejo del partido ha adoptado la resolución a que nos referimos, basándose en la razón puramente formal de que nuestra editorial no cuenta con poderes de ninguna organización del partido.

Huelga decir en qué abandono se halla actualmente el trabajo constructivo, cuánto ha descendido el prestigio de la social-democracia y cuán desmoralizado se halla todo el partido, al ver cómo se han reducido a la nada todas las decisiones del II Congreso y todas las elecciones llevadas a cabo en él y cómo los organismos del partido responsables ante éste han desatado la lucha contra la convocatoria del III Congreso.



No pueden separarse mecánicamente los problemas políticos de los problemas de organización.

LENIN, *Discurso de clausura del XI Congreso del P.C.* (b)

## I

Los problemas de organización forman parte de algunas cuestiones todavía poco elaboradas teóricamente, aunque hayan ocupado en determinados momentos —por ejemplo, en ocasión de las discusiones sobre las condiciones de ingreso\*— el primer plano de las luchas ideológicas. La concepción del partido comunista, atacada y calumniada por todos los oportunistas, instintivamente comprendida y adoptada por los mejores obreros revolucionarios, es, sin embargo, considerada frecuentemente como una *cuestión* puramente técnica y no como uno de los problemas *intelectuales* más importantes de la revolución. No es que falten los materiales para profundizar teóricamente los problemas de organización. Las tesis del II y III Congreso [de la Internacional Comunista —N. del T.], las luchas de orientación del partido ruso, las experiencias prácticas de los últimos años, ofrecen un material

---

\* Se refiere a las condiciones del ingreso en la Internacional Comunista que se discutieron en el Segundo Congreso de la Internacional Comunista realizado en Moscú entre el 19 de julio y el 7 de agosto de 1920. Las resoluciones del Congreso sobre este problema se basaron en las tesis de Lenin "Condiciones de ingreso en la Internacional Comunista". Véase Lenin, *Obras*, t. XXXI, pp. 197-203 [N. del T.]

abundante. Pero se diría que el interés teórico de los partidos (con excepción siempre del ruso) ha sido absorbido de tal manera por los problemas de la situación económica y política mundial, por las consecuencias tácticas que de ellos se derivan y por sus justificaciones teóricas, que ya no queda ningún interés teórico vivaz y activo por insertar el problema de organización en la teoría comunista. Cuando se actúa correctamente en este terreno, la corrección es por lo general más deudora del instinto revolucionario que de una actitud teórica clara. Por otra parte, muchas actitudes tácticamente falsas, los debates sobre el frente único por ejemplo, provienen de una concepción incorrecta de los problemas organizativos.

Esta "inconsciencia" con respecto a los problemas de organización es seguramente un signo de falta de madurez del movimiento. La madurez o la carencia de ella, a decir verdad, se miden tan sólo por lo siguiente: una concepción o una actitud preocupada por lo que debe hacerse está presente en la conciencia de la clase actuante y de su partido dirijente, ya sea bajo una forma concreta y mediatizada, o bien bajo una forma abstracta e inmediata. Dicho de otro modo, mientras la meta deseada se encuentra fuera de nuestro alcance, algunos hombres de gran lucidez pueden seguramente, hasta cierto punto, ver con claridad el fin mismo, su ausencia y su necesidad social. Sin embargo, serán incapaces de tomar conciencia por sí mismos de los pasos concretos que conducirán al fin, de los medios concretos que se derivan de su intuición eventualmente correcta y de los que sería necesario disponer. Claro está que los utopistas pueden también acertar con respecto a la situación de hecho de la que es preciso partir. Pero seguirán siendo simples utopistas en la medida en que vean esta situación tan sólo como un hecho, o a lo sumo como un problema a resolver, sin alcanzar a comprender que es justamente allí en el problema mismo, donde está dada la solución o el camino que a ella conduce. Además, "no ven en la miseria más que la miseria, sin advertir su aspecto revolucionario, destructor, que terminará por derrocar a la vieja sociedad".<sup>1</sup> La oposición, subrayada aquí, entre ciencia doctrinaria y ciencia revolucionaria va más allá

del caso analizado por Marx y se transforma en oposición típica en la evolución de la conciencia de la clase revolucionaria. Con el progreso de la revolución en el proletariado, la miseria ha perdido su carácter de simple dato y se ha integrado en la dialéctica viva de la acción. Pero en su lugar aparecen, según la fase en que se encuentra la evolución de la clase, otros contenidos frente a los cuales la actitud de la teoría proletaria manifiesta una estructura muy semejante a la que Marx ha analizado aquí. Porque sería una ilusión utópica creer que la superación del utopismo es ya un hecho acabado para el movimiento obrero revolucionario, debido a la superación teórica —realizada por Marx— de su forma primera de aparición. Este problema, que es en última instancia el problema de la relación dialéctica entre “objetivo último” y “movimiento”, entre teoría y praxis, se repite bajo una forma cada vez más evolucionada en cada etapa decisiva de la evolución revolucionaria, y a decir verdad con contenidos constantemente variables. Una tarea se manifiesta como posibilidad abstracta mucho antes de que se tornen visibles las formas concretas de su realización. La exactitud o la falsedad de la problemática puede ser abordada tan sólo cuando el segundo grado ha sido alcanzado, cuando es identificable la totalidad concreta que está llamada a ser el medio y el camino de su realización. De ahí que la huelga general fuera en los debates de la II Internacional una utopía puramente abstracta y que no haya llegado a esbozarse bajo una forma concreta sino con la primera revolución rusa, la huelga general belga, etc. De ahí que debieran pasar años de lucha revolucionaria aguda antes de que el consejo obrero perdiera su carácter utópico de panacea para todos los problemas de la revolución y fuera percibido por el proletariado ruso como lo que realmente era. (De ningún modo pretendo decir que este proceso de clarificación haya concluido, incluso dudo mucho de ello. Pero como el consejo obrero sólo fue incluido aquí a título de ejemplo, no entraré en más detalles).

Los problemas de la organización son justamente los que han permanecido durante más tiempo en esta especie de penumbra utópica. Y esto no es una casualidad. El desarrollo de los grandes partidos obreros se produjo en su mayor parte

durante la época en que el problema de la revolución era concebido como una cuestión que influenciaba teóricamente el problema, pero que no determinaba de inmediato el conjunto de las acciones de la vida cotidiana. No parecía entonces necesario lograr teóricamente una idea clara y concreta de la esencia y de la marcha previsible de la revolución para poder extraer conclusiones sobre cómo debía actuar conscientemente la parte consciente del proletariado. Sin embargo, el problema de la organización de un partido revolucionario puede desarrollarse orgánicamente sólo a partir de una teoría de la revolución misma. Cuando la revolución se convierte en un problema del día, la cuestión de la organización *revolucionaria* irrumpe como una necesidad imperiosa en la conciencia de las masas y de sus vanguardias teóricas.

Esto tampoco se logra sino de a poco, pues ni el hecho de la revolución, ni siquiera la necesidad de tomar posición frente a ella en tanto que problema de actualidad, como fue el caso durante y después de la primera revolución rusa, pueden imponer una comprensión correcta. Es evidente que ello sucedió, en parte, porque el oportunismo había echado ya raíces tan profundas dentro de los partidos proletarios que un conocimiento correcto de la revolución se había vuelto imposible. Pero precisamente allí donde ese motivo no existía y donde había un claro conocimiento de las fuerzas motrices de la revolución, dicho conocimiento no pudo desarrollarse en una teoría de la organización revolucionaria. Era justamente el carácter inconsciente, no elaborado teóricamente, fruto de un puro "crecimiento natural", de las organizaciones presentes lo que obstaculizaba, al menos parcialmente, la clarificación de los principios. Pues la revolución rusa ha revelado claramente los límites de las formas de organización de Europa Occidental. El problema de las acciones de masas, de las huelgas revolucionarias de masas, demuestra su impotencia frente a los movimientos espontáneos de las masas, hace tambalear la ilusión oportunista que recela de la idea de una "preparación organizativa" de tales acciones, prueba que dichas organizaciones sólo se encuentran a la zaga de las verdaderas acciones de masas, frenándolas y obstaculizándolas en lugar de hacerlas avanzar y de lograr dirigir las. Rosa Luxemburg.

que posee la visión más lúcida sobre el significado de las acciones de masas, va más allá que esta simple crítica. Con gran perspicacia comprende al límite de la concepción tradicional de la organización, falsa en su relación con las masas: "La sobreestimación o la falsa estimación de la función de la organización en la lucha de clases del proletariado —dice—, es completada habitualmente por la subestimación de las masas proletarias no organizadas y de su madurez política".<sup>2</sup> Para polemizar contra esta sobreestimación de la organización y por otra parte para definir la tarea del partido, ella concluye que dicha tarea no debe "consistir en la preparación y la dirección técnica de la huelga de masas, sino ante todo en la *dirección política* de todo el movimiento".<sup>3</sup>

Así se había dado un gran paso hacia el conocimiento preciso del problema de la organización: arrancando el tema de la organización de su aislamiento abstracto (poniendo fin a la "sobreestimación" de la organización) se emprenderá un camino siguiendo el cual le sería atribuída su *función* correcta dentro del proceso de la revolución. Pero para ello hubiera sido necesario que Rosa Luxemburg reorientara, a partir de una concepción de la organización, el problema de la dirección política: hubiera sido necesario que aclarase los *momentos organizativos* que convierten en apto para la dirección política al partido del proletariado. Ya hemos hablado en otra parte acerca de lo que le impidió dar este paso. Aquí nos limitamos a indicar que dicho paso ya había sido dado algunos años antes: durante el debate de la socialdemocracia rusa sobre organización. Rosa Luxemburg conocía perfectamente esta discusión, pero en ella había tomado partido por la tendencia retrógrada que frenaba la evolución (la tendencia de los mencheviques). Sin embargo, de ningún modo es casual que los puntos que provocaron la escisión de la socialdemocracia rusa hayan sido, por una parte, la concepción del carácter de la revolución futura y las tareas que de ella se desprendían (coalición con la burguesía "progresista" o lucha al lado de la revolución campesina), y por otra parte, los problemas de organización. Pero para el movimiento no ruso fue una desgracia que la *unidad*, la ligazón indisoluble, dialéctica, de *esas dos cuestiones* no fuera comprendida en ese

momento por nadie (Rosa Luxemburg inclusive). Así, pues, no sólo se menospreció divulgar en el proletariado, por lo menos bajo la forma de propaganda, los problemas de la organización revolucionaria para prepararlo por lo menos intelectualmente a lo que vendría (entonces no era posible hacer más), sino que tampoco los puntos de vista políticos correctos de Rosa Luxemburg, de Pannekoek y de otros pudieron —en tanto que eran también tendencias políticas— concretarse suficientemente; según las palabras de Rosa Luxemburg, permanecieron latentes, simplemente teóricos y su ligazón con el movimiento concreto conservó siempre un carácter utópico.<sup>4</sup>

La organización es la forma de mediación entre la teoría y la práctica. Y como en toda relación dialéctica, también aquí los miembros de esta relación dialéctica adquieren concreción y realidad tan sólo en y por su mediación. Este carácter de la organización, como mediadora entre la teoría y la praxis, se revela con mayor claridad en el hecho de que la organización manifiesta respecto de la divergencia entre las tendencias una sensibilidad más grande, más sutil y más segura que respecto de cualquier otro dominio del pensamiento y de la acción política. En la teoría pura, las concepciones y las tendencias más diversas pueden coexistir en paz, sus oposiciones toman la forma de discusiones que pueden desarrollarse tranquilamente dentro del marco de una sola y misma organización sin hacerla necesariamente estallar. Sin embargo, los mismos problemas, cuando son aplicados a cuestiones de organización, se presentan como tendencias rígidas que se excluyen mutuamente. No obstante, toda tendencia o divergencia de opinión "teórica" debe transformarse instantáneamente en problema de organización si no quiere permanecer como una simple teoría o una opinión abstracta, si realmente tiene la intención de mostrar el camino de su realización. Pero sería igualmente un error creer que la simple acción es capaz de suministrar un criterio real y seguro para juzgar sobre la justeza de concepciones que se oponen entre sí, o inclusive de la posibilidad, o no, de conciliarlas. Toda acción es en sí y para sí un entrelazamiento de acciones particulares de hombres y de grupos particulares, que es igualmente falso

concebir como un devenir histórico-social "necesario" motivado de manera perfectamente suficiente, o como la consecuencia de "errores" o de decisiones "correctas" de los individuos. Este entrelazamiento confuso adquiere sentido y realidad sólo cuando es interpretado en su totalidad histórica, es decir en su función dentro del proceso histórico, en su papel mediador entre el pasado y el futuro. Ahora bien, uná problemática que aprehende el conocimiento de una acción como conocimiento de sus lecciones para el futuro, como respuesta a la pregunta: "¿Qué debemos hacer?", ubica ya al problema en el plano de la organización. Ella busca descubrir en la estimación de la situación, en la preparación y en la dirección de la acción, los momentos que, a partir de la teoría, han conducido *necesariamente* a una acción que le sea lo más apropiada posible, busca entonces las *determinaciones esenciales* que vinculan teoría y praxis.

Es claro que solamente de esta manera se podrá hacer una autocrítica realmente fecunda, que nos permita descubrir con buenos resultados los "errores" cometidos. La concepción de la "necesidad" abstracta del devenir conduce al fatalismo; la simple suposición de que los "errores" o la habilidad de los individuos constituyen el origen del éxito o del fracaso, no puede, a su vez, ofrecer lecciones muy provechosas para la acción futura. Pues desde este punto de vista, parecía casi una "casualidad" que sea justamente fulano o mengano quien se haya encontrado en tal o cual lugar, que haya cometido tal o cual error, etc. La comprobación de ese error sólo nos puede llevar a la comprobación de que la persona cuestionada no estaba a la altura de su papel, a una comprensión que de ser correcta no carecería de valor, pero que desempeñaría sin embargo un papel secundario para la autocrítica esencial. La importancia exagerada que un examen de este tipo acuerda a los individuos demuestra su incapacidad para objetivar el rol de esas personas y su aptitud para determinar la acción de modo decisivo; demuestra que los acepta con el mismo grado de fatalismo con que el fatalismo objetivo ha aceptado el conjunto del devenir. Si al tratar este tema se supera su aspecto simplemente particular y contingente, si se percibe en la acción correcta o defectuosa

de los individuos una causa que *contribuya* verdaderamente al conjunto, pero cuya razón sin embargo deberá ser buscada más lejos, en las posibilidades objetivas de sus acciones y en las posibilidades objetivas de los hechos en virtud de los cuales los individuos ocupan esos cargos, etc., entonces el problema estará nuevamente planteado en el plano de la organización. En este caso, la unidad que en la acción ha ligado entre sí a los que actúan, en tanto que unidad objetiva de la acción, es ya examinada con relación a su adaptación a esta acción determinada; se plantea entonces el problema de saber si los medios organizativos para pasar de la teoría a la práctica son los correctos.

El "error" puede ciertamente residir en la teoría, en las metas fijadas o en el conocimiento de la situación misma. Sin embargo, sólo una problemática orientada hacia los problemas de organización permite criticar realmente la teoría, partiendo del punto de vista de la práctica. Si la teoría se yuxtapone sin mediación a la acción sin que se vea claramente cómo es concebida su influencia ésta, o dicho de otro modo, sin clarificar el enlace organizativo entre ellas, la teoría misma no puede ser criticada más que con respecto a sus contradicciones teóricas inmanentes. Esta función de las cuestiones de organización explica que el oportunismo haya experimentado siempre una gran aversión a *extraer consecuencias de tipo organizativo de las divergencias teóricas*. La actitud de la Socialistas Independientes de derecha en Alemania y de los partidarios de Serrati frente a las condiciones de adhesión fijadas por el II Congreso, sus tentativas de desplazar las divergencias efectivas con la Internacional Comunista del dominio de la organización al dominio "puramente político", partían de un sentido oportunista correcto según el cual, en este terreno, las divergencias podían permanecer mucho tiempo en estado latente y sin expresión práctica. El II Congreso, en cambio, planteando el problema en el plano de la organización, obligaba a tomar una decisión clara e inmediata. Pero esta actitud no tiene nada de nuevo. Toda la historia de la Segunda Internacional está llena de intentos similares para conciliar las concepciones más diversas, las más efectivamente divergentes, las más opuestas, en la "unidad" teórica

de una resolución que hiciera justicia a todas. La consecuencia automática de tales resoluciones es la carencia de cualquier orientación hacia la acción concreta; inclusive, en este sentido, permanecen siempre ambiguas y permiten las interpretaciones más diversas. La Segunda Internacional —precisamente porque evitaba con mucho cuidado en tales resoluciones toda consecuencia de tipo organizativo— pudo así extenderse teóricamente sobre muchos puntos, sin por ello comprometerse en lo más mínimo o ligarse a algo determinado. Fue así, por ejemplo, que pudo ser tomada la decisión radical de Stuttgart sobre la guerra, que no contenía, sin embargo, ningún compromiso con ninguna decisión concreta y determinada en el plano organizativo, ninguna directiva de organización sobre el modo de actuar, ninguna garantía de tipo organizativo para la realización efectiva de la realización. La minoría oportunista no extrajo ninguna consecuencia de tipo organizativo de su derrota porque comprendía que la resolución misma no tendría ninguna consecuencia en el plano de la organización. De allí que después de la disgregación de la Segunda Internacional todas las tendencias pudieran apoyarse en esta resolución.

El punto débil de todas las tendencias radicales no rusas de la Internacional residía, pues, en que sus posturas revolucionarias contra el oportunismo de los revisionistas declarados y de los centristas no pudieron o no quisieron concretarse en el plano de la organización. Permitieron así a sus adversarios, particularmente a los centristas, que ocultaran sus divergencias a los ojos del proletariado revolucionario; su oposición no les impidió tampoco a los centristas aparecer como los defensores del marxismo verdadero ante los ojos de la parte del proletariado que tenían sentimientos revolucionarios. No corresponde explicar aquí, teórica e históricamente, la supremacía de los centristas durante el período de la pre-guerra. Es necesario, sin embargo, señalar nuevamente que es el eclipsamiento de la revolución y de las tomas de posición frente a los problemas revolucionarios de la acción cotidiana, lo que ha permitido a los centristas ocupar esta posición polémica, tanto contra el revisionismo declarado como contra las exigencias de la acción revolucionaria; posición de rechazo

teórico del revisionismo, pero sin voluntad sería de eliminarlo de las prácticas del partido; de aprobación teórica de estas exigencias, pero sin reconocimiento de su actualidad. Al mismo tiempo, el carácter revolucionario del período, la *actualidad histórica* de la revolución, podían muy bien ser reconocidas por Kautsky y por Hilferding, por ejemplo, sin que se derivara como una obligación el aplicar esta actitud a las *decisiones del momento*. De ahí que estas divergencias de opinión siguieran siendo para el proletariado meras divergencias de opinión *dentro* de los movimientos obreros, a pesar de todo revolucionarios, y que fuera imposible una clara diferenciación entre las tendencias. Esta falta de claridad afectó, a su vez, las concepciones de la misma izquierda. Siendo imposible para estas concepciones la confrontación con la acción, ellas no pudieron desarrollarse por sí mismas y concretarse mediante la autocrítica productiva que el paso a la acción implica. Conservaron —hasta cuando estaban de hecho muy próximas a la verdad— un carácter fuertemente abstracto y utópico. Pensemos por ejemplo en la polémica de Pannekoek contra Kautsky sobre las acciones de masa. A Rosa Luxemburg le fue imposible, por las mismas razones, proseguir el desarrollo de sus ideas correctas sobre la organización del proletariado revolucionario como *dirección política* del movimiento. Su justa polémica contra las formas mecánicas de organización del movimiento obrero, por ejemplo, en lo que se refiere a las relaciones entre partido y sindicato, entre masas organizadas y no organizadas, condujo a una sobreestimación de las acciones espontáneas de las masas, y su concepción no pudo nunca liberarse completamente de un resabio simplemente teórico y propagandístico.

## II

Hemos explicado en otro lugar<sup>6</sup> que no se trata aquí de una mera casualidad, de un simple "error" de esta precursora. En ese contexto lo esencial de tales modos de pensamiento se resume de la manera más acabada en la ilusión de una

revolución "orgánica", *puramente proletaria*. La teoría "orgánica" y revolucionaria de las acciones espontáneas de las masas se formó en la lucha contra la doctrina oportunista de la evolución "orgánica", según la cual el proletariado conquistará poco a poco la mayoría de la población por medio de un lento crecimiento y se apoderará así del poder a través de medios puramente legales.<sup>7</sup> Sin embargo, a pesar de todas las sensatas reservas de sus mejores representantes, esta teoría culminaba, en última instancia, en la afirmación de que el empeoramiento constante de la situación económica, la inevitable guerra mundial imperialista y la consecuente aproximación del período de luchas de masas revolucionarias, provocarían como una necesidad histórica y social, acciones de masas espontáneas en las que sería puesta a prueba la capacidad de las direcciones políticas respecto de una visión clara de los objetivos y de los caminos de la revolución. Esta teoría, por lo tanto, ha hecho del carácter puramente proletario de la revolución un supuesto tácito. La extensión que Rosa Luxemburg otorga al concepto de "proletariado" difiere, evidentemente, de la de los oportunistas. ¿No muestra ella, quizá con gran insistencia, cómo la situación revolucionaria moviliza grandes masas de un proletariado hasta entonces no organizado y fuera del alcance del trabajo organizativo (obremos agrícolas, etc.) y cómo estas masas manifiestan en sus acciones un nivel de conciencia de clase incomparablemente más elevado que los mismos partidos y sindicatos que pretenden tratarlos con condescendencia, como si carecieran de madurez, como si fueran "atrasados"? El carácter puramente proletario de la revolución se encuentra sin embargo en la base de esta concepción. Por una parte, el proletariado interviene en el plan de batalla como formando una unidad y, por otra parte, las masas, cuyas acciones son estudiadas, son masas puramente proletarias. Y es necesario que así ocurra. Sólo en la conciencia de clase del proletariado la actitud correcta con respecto a la acción revolucionaria puede anclar tan profundamente, tener raíces tan hondas y tan instintivas, que sea suficiente una toma de conciencia y una dirección clara para que la acción continúe y se oriente por la buena senda. Sin embargo, si otras capas adquieren un papel deci-

sivo en la revolución, su movimiento puede ciertamente —bajo determinadas condiciones— hacer avanzar la revolución, aunque puede también tomar fácilmente una dirección contrarrevolucionaria, ya que en la situación de clase de esas capas (pequeño-burguesas, campesinas, naciones oprimidas, etc.) no está de ninguna manera prefigurada, ni puede estarlo, una orientación necesaria hacia la revolución proletaria. Si un partido revolucionario, concebido de esa manera, se relacionara con tales sectores con el fin de hacer avanzar sus movimientos en beneficio de la revolución proletaria e impedir que su acción sirva a la contrarrevolución, estaría condenado necesariamente al fracaso.

Y fracasaría también con relación al proletariado mismo. Porque en esta edificación organizativa, el partido corresponde a una representación del nivel de conciencia de clase del proletariado, según la cual sólo se trata de volver consciente lo inconsciente, de actualizar lo que está latente, o más bien, corresponde a una representación según la cual este proceso de toma de conciencia implica una terrible *crisis ideológica interna* del proletariado. No se trata aquí de refutar este miedo oportunista frente a la "falta de madurez" del proletariado para tomar y conservar el poder. Esta objeción ya ha sido refutada de manera inapelable por Rosa Luxemburg en su polémica contra Bernstein. Se trata de que la conciencia de clase del proletariado no se desarrolla paralelamente a la crisis económica objetiva, en línea recta y de manera homogénea en todo el proletariado; se trata de que gran parte del proletariado permanece intelectualmente bajo la influencia de la burguesía y la agravación mayor de la crisis económica no los aleja de esa posición; se trata, en fin de que *la actitud del proletariado, su reacción frente a la crisis permanece muy retrasada, tanto en vigor como en intensidad, respecto de la crisis misma.*<sup>8</sup>

Esta situación sobre la que se fundamenta la posibilidad del menchevismo, tiene también, sin duda alguna, sus fundamentos objetivamente económicos. Ya Marx y Engels habían observado desde muy temprano esa evolución, ese aburguesamiento de las capas obreras, las que gracias a los beneficios de los monopolios en la Inglaterra de la época, adquirieron una situación privilegiada con respecto a sus ca-

maradas de clase.<sup>9</sup> Esta capa se desarrolló por todas partes con la entrada del capitalismo en la fase imperialista y se convirtió indudablemente en un apoyo importante para la evolución, generalmente oportunista y hostil a la revolución, de grandes sectores de clase obrera. Pero a mi entender, es imposible explicar a partir de ello toda la cuestión del menchevismo. En primer lugar, dicha posición privilegiada está hoy bastante quebrantada sin que la posición del menchevismo haya sufrido el correspondiente quebrantamiento. También desde este punto de vista la evolución subjetiva del proletariado permanece en muchos aspectos atrasada con respecto al ritmo de la evolución objetiva, de manera que es imposible buscar en este motivo la *única* causa del menchevismo; siempre que se quiera evitar una posición teórica simplista que nos lleve a conclusiones sobre la falta de una clara y consecuente voluntad de revolución en el proletariado motivada por la ausencia de una situación objetivamente revolucionaria. Pero, en segundo lugar, las experiencias de las luchas revolucionarias no han demostrado de manera rotunda que la firmeza revolucionaria y la voluntad de lucha del proletariado correspondan simplemente a la estratificación económica de sus elementos. Observamos que todo el proceso se aparta de un paralelismo simple y lineal y encontramos también grandes diferencias con respecto a la madurez de la conciencia de clase en el seno de las capas obreras ubicadas en la misma posición económica.

Es solamente en el terreno de una teoría que no sea fatalista y "economista" donde estas comprobaciones adquieren su verdadera significación. Si la evolución social es concebida de modo tal que el proceso económico del capitalismo lleve obligatoria y automáticamente al socialismo, a través de las crisis, los momentos ideológicos indicados aquí no son más que consecuencias de una falsa problemática. No son más que síntomas del hecho de que la crisis objetivamente decisiva del capitalismo aún no ha llegado. Un atraso de la ideología proletaria con respecto a la crisis económica, una crisis ideológica del proletariado, son, para tales concepciones, algo imposible por principio. La situación no se modifica tampoco esencialmente si, conservando el fatalismo econó-

mico de la actitud fundamental, la concepción de la crisis se vuelve optimista y revolucionaria, es decir, si se ha comprobado que la crisis es inevitable y sin salida para el capitalismo. En ese caso, el problema tratado aquí no puede tampoco ser reconocido como problema; lo "imposible" se convierte en un "todavía no". Ahora bien, Lenin ha señalado con mucho acierto que no existe una situación que en sí misma y por sí misma no tenga una salida. En cualquier situación en que pueda encontrarse el capitalismo, siempre encontrará posibilidades de solución "puramente económicas"; sólo nos queda por saber si estas soluciones, una vez extraídas del mundo teórico puro de la economía e introducidas en la realidad de la lucha de clases, podrán también realizarse e imponerse. Para el capitalismo los medios que permitan encontrar una salida serían entonces en sí y para sí pensables. *Pero depende del proletariado* que sean también aplicables. El proletariado, la acción del proletariado, cierra al capitalismo la salida de esta crisis. Ciertamente, es una consecuencia de la evolución "natural" de la economía el hecho de que tal poder esté *ahora* en las manos del proletariado. Sin embargo, aunque dichas "leyes naturales" determinan sólo en parte la crisis le dan una amplitud y una extensión que hacen imposible un desarrollo "apacible" del capitalismo. Si esas leyes se desplegasen sin obstáculos (en el sentido del capitalismo) ello no conduciría sin embargo a una simple declinación del capitalismo y a su pasaje al socialismo, pero sí, en cambio, a un largo período de crisis, de guerras civiles y de guerras mundiales imperialistas en un nivel cada vez más elevado; conduciría "a una declinación común de las clases en lucha", a un nuevo estado de barbarie.

Por otra parte, estas fuerzas y su despliegue "natural" han creado un proletariado cuya potencia física y económica deja al capitalismo muy pocas ocasiones para imponer una solución puramente económica según el esquema de las crisis anteriores, solución en la que el proletariado figura sólo como *objeto* de la evolución económica. Esta potencia del proletariado es la consecuencia de los "sistemas de leyes" económicas objetivas. Pero el pasaje de esta potencia posible a la realidad, y la intervención real, como sujeto del proceso eco-

nómico, del proletariado que hoy es de hecho un simple objeto de este proceso —sólo potencialmente y de modo latente es el sujeto co-determinante del proceso—, no están ya determinadas automática y fatalmente por estos “sistemas de leyes”. Más exactamente: su determinación automática y fatal ya no afecta en la actualidad al punto central de la potencia real del proletariado. No obstante el hecho de que las reacciones del proletariado ante la crisis se despliegan meramente según los “sistemas de leyes” de la economía capitalista, de que a lo sumo se manifiestan como *acciones de masas espontáneas*, en el fondo manifiestan una estructura en muchos aspectos similar a la de los movimientos del período pre-revolucionario. Ellas estallan espontáneamente (la espontaneidad de un movimiento no es más que la expresión subjetiva de su carácter determinado por las leyes económicas en el plano de la psicología de las masas) y, casi sin excepción, como una medida de defensa contra una ofensiva económica —raramente política— de la burguesía, contra el intento de la burguesía por encontrar una solución “puramente económica” a la crisis. Pero tales acciones cesan con igual espontaneidad, y decaen cuando sus fines inmediatos aparecen como logrados, o irrealizables. Parece, entonces, que hubieran conservado su desarrollo “natural”.

Sin embargo, esta ilusión se disipa cuando estos movimientos ya no son considerados en abstracto sino en su medio real, en la totalidad histórica de la crisis mundial. Este medio es *la extensión de la crisis a todas las clases*, superando de este modo a la burguesía y al proletariado. Porque constituye una diferencia cualitativa y de principio si, en una situación en la que el proceso económico provoca en el proletariado un movimiento de masa espontáneo, el estado de toda la sociedad se mantiene en su conjunto estable, o si, por el contrario, se opera en él un profundo reagrupamiento de todas las fuerzas sociales, una conmoción en los fundamentos del poder de la sociedad reinante. El reconocimiento del rol importante de las capas no proletarias en la revolución y del carácter no puramente proletario de ésta, adquiere también un significado decisivo. Toda dominación de una minoría sólo puede mantenerse si le es posible arrastrar ideológicamente tras de ella

a las clases que no son directa e inmediatamente revolucionarias, obtener de ellas el apoyo a su poder o, por lo menos, la neutralidad en su lucha por el poder. (Paralelamente interviene también el esfuerzo por neutralizar a los partidos de la clase revolucionaria). Esto concierne a la burguesía de manera muy particular, pues ella logra el poder efectivo mucho menos *inmediatamente* que las clases dominantes anteriores (por ejemplo, los ciudadanos de las ciudades griegas, la nobleza durante el apogeo del feudalismo). Por una parte, la burguesía se encuentra, mucho más claramente, forzada a hacer la paz o a mantener compromisos con las clases concurrentes que tenían el poder antes que ella, para hacer servir a sus propios fines el aparato de poder dominado por éstas y, por otra parte, está obligada a confiar el ejercicio efectivo de la violencia (ejército, burocracia subalterna, etc.) en las manos de los pequeños burgueses, de los campesinos, de extranjeros pertenecientes a naciones oprimidas, etc. De ahí que si debido a la crisis la situación económica de esas capas se transforma, si su adhesión ingenua e irreflexiva al sistema social dirigido por la burguesía es conmovido, todo el aparato de dominación de la burguesía puede dislocarse, por así decirlo, de un solo golpe: el proletariado puede convertirse en vencedor y ser la única potencia organizada sin haber ni siquiera librado una seria batalla, y aún menos, sin que el proletariado haya sido realmente el vencedor.

Los movimientos de estas capas intermediarias son realmente espontáneos y tan sólo espontáneos. No son más que los frutos de potencias sociales naturales que se despliegan según "leyes naturales" ciegas, y en tanto que tales, ellas mismas son ciegas en el sentido social. Estas capas no tienen conciencia de clase que se relacione o pueda relacionarse con la transformación de conjunto de la sociedad;<sup>10</sup> representan siempre intereses de clase exclusivamente particulares que ni siquiera tienen la apariencia de intereses objetivos del conjunto de la sociedad. Su vinculación objetiva con la totalidad sólo puede ser producida causalmente, es decir por los deslizamientos en la totalidad, y no dirigida hacia la transformación de la totalidad; también su orientación hacia la totalidad y la forma ideológica que ella reviste sólo tienen un carácter

contingente, aunque sea concebidas en su formación como causalmente necesarias. Por todas estas razones el despliegue de estos movimientos está determinado por causas que les son exteriores. La orientación que toman finalmente, contribuyendo a desintegrar la sociedad burguesa, dejándose utilizar nuevamente por la burguesía o zozobrando en la pasividad después de su desarrollo sin resultados, etc., no está prefigurada en la esencia interna de esos movimientos sino que depende ampliamente de la actitud de las clases capaces de conciencia, de la burguesía y del proletariado. Sin embargo, cualquiera sea el destino interior de estos movimientos, su simple explosión puede fácilmente provocar la detención de todo el mecanismo que pone y mantiene en movimiento a la sociedad burguesa y colocar a la burguesía, al menos temporariamente, en la incapacidad de actuar.

La historia de todas las revoluciones, después de la gran Revolución francesa, muestra en medida creciente esta estructura. La realeza absoluta y más tarde las monarquías militares semiabsolutas, semif feudales, sobre las que se asentó el predominio económico de la burguesía en Europa central y oriental, perdieron por lo general "de golpe" todo apoyo dentro de la sociedad cuando estalló la revolución. El poder social es abandonado a la multitud y queda, por así decirlo, sin dueño. La posibilidad de una restauración está dada solamente porque no hay una capa revolucionaria que pueda hacerse cargo del poder abandonado. Las luchas del absolutismo naciente contra el feudalismo manifiestan una estructura completamente diferente. Como las clases en lucha eran ellas mismas de manera directa los sopórtes de sus organizaciones coercitivas, la lucha de clases fue también mucho más inmediatamente una lucha de la violencia contra la violencia. Pensemos, por ejemplo, en la formación del absolutismo en Francia o en las luchas de la Fronde. Hasta la decadencia del absolutismo inglés se desarrolla de manera parecida, mientras que el hundimiento del Protectorado y con mayor razón el del absolutismo mucho más aburguesado de Luis XVI, se asemejan ya a las revoluciones modernas. La violencia directa es introducida desde el "exterior" por Estados absolutistas aún intactos o por territorios que permanecieron feudales

(Vendée). A la inversa, los conjuntos de potencia puramente "democráticas" se encuentran muy fácilmente, en el curso de la revolución, en una situación como la siguiente: mientras que en la época del hundimiento se formaron hasta cierto punto por sí mismos y atrajeron hacia ellos todo el poder, se encuentran asimismo súbitamente despojados del poder como consecuencia del reflujó de las capas indecisas que los sostenían (Kerenski, Karoly). La forma que tomará esta evolución en los Estados occidentales burgueses y democráticos avanzados no es todavía hoy claramente previsible. De cualquier manera, Italia se encontró desde el fin de la guerra hasta 1920 aproximadamente en una situación muy semejante, y la organización de poder que se dio desde entonces (es decir, el fascismo) forma un aparato coercitivo relativamente independiente de la burguesía. No tenemos aún la experiencia de los efectos de los fenómenos de disgregación en los países capitalistas altamente evolucionados, provistos de grandes territorios coloniales; y particularmente, de la influencia que tendrán sobre la actitud de la pequeña burguesía y de la aristocracia obrera (y por lo tanto del ejército, etc.) las sublevaciones coloniales que desempeñan aquí parcialmente el papel de las sublevaciones agrarias interiores.

En consecuencia, se forma alrededor del proletariado un contorno social que recubre los movimientos espontáneos de las masas, aun en el caso de que ellos hubiesen conservado, considerados en sí mismos, su antigua esencia, de una función completamente distinta en la totalidad social que la que tuvieron en el orden capitalista instituído. Aquí intervienen, por lo tanto, modificaciones cuantitativas muy importantes en la situación de las clases en lucha. En primer lugar, la concentración del capital ha progresado mucho, lo que ha provocado igualmente una fuerte concentración del proletariado, aunque en el plano de la organización y de la conciencia no haya sido enteramente capaz de seguir esta evolución. En segundo lugar, como consecuencia del estado de crisis, es cada vez más imposible para el capitalismo escapar a la presión del proletariado mediante pequeñas concesiones. Su salvación fuera de la crisis, la solución "económica" de la crisis, no puede resultar más que de una explotación refor-

zada del proletariado. Es por esto que las tesis tácticas del III Congreso, señalan con mucho acierto que "toda huelga masiva tiende a transformarse en una guerra civil y en una lucha inmediata por el poder".

Sin embargo, ella solamente tiende. Y en el hecho de que esta tendencia no se haya reforzado hasta convertirse en realidad, aunque las condiciones económicas y sociales para su realización hubiesen existido en muchos casos, *reside precisamente la crisis ideológica del proletariado*. Esta crisis ideológica se manifiesta, por una parte, en que la situación objetivamente precaria de la sociedad burguesa se refleja sin embargo en la cabeza de los proletarios bajo la forma de la antigua solidez, y en que el proletariado en muchos aspectos sigue siendo prisionero de las formas capitalistas de pensamiento y sensibilidad. Por otra parte, el aburguesamiento del proletariado encuentra una forma de organización propia en los partidos obreros mencheviques y en las direcciones sindicales dominadas por ellos. Ahora bien, estas organizaciones trabajan conscientemente por mantener la simple espontaneidad de los movimientos del proletariado (dependencia con respecto a la ocasión inmediata, división por profesión, por país, etc.) al nivel de la simple espontaneidad, y por impedir su transformación en movimientos dirigidos hacia la totalidad, tanto mediante sus agrupaciones territoriales, profesionales, etc., como mediante la unificación del movimiento económico con el movimiento político. La función de los sindicatos consiste en realidad en atomizar y despolitizar el movimiento, en disimular su relación con la totalidad, mientras que los partidos mencheviques se dedican más bien a fijar la reificación en la conciencia del proletariado en el plano ideológico y en el de organización, para mantenerlo en un nivel de aburguesamiento relativo. Pero si ellos pueden cumplir esta función es porque la crisis ideológica está presente dentro del proletariado, es porque un pasaje ideológico orgánico hacia la dictadura y el socialismo es una imposibilidad, también teórica, para el proletariado ya que la crisis significa al mismo tiempo que el resquebrajamiento económico del capitalismo la subversión ideológica del proletariado, que se ha desarrollado dentro del capitalis-

mo y bajo la influencia de las formas de vida de la sociedad burguesa. El origen de esta subversión ideológica se debe ciertamente a la crisis económica y a la posibilidad objetiva que ésta ofrece de tomar el poder, pero su desarrollo no constituye de ninguna manera un paralelo automático, que obedece a leyes, de la crisis objetiva misma, *su solución no puede ser otra que el acto libre del mismo proletariado.*

“Es ridículo —dice Lenin de un modo que es caricaturesco sólo formalmente y no en lo que respecta a la esencia de la cuestión— imaginarse que en un lugar determinado se constituirá un ejército y formando un frente dirá: ¡Nosotros estamos por el socialismo!, y en otro lado un ejército distinto declarará: ¡Nosotros estamos por el imperialismo!, y luego se producirá una revolución social”.<sup>11</sup> Los frentes de la revolución y de la contrarrevolución se constituyen más bien bajo formas muy cambiantes y a veces hasta de manera extremadamente caótica. Fuerzas que hoy actúan de un modo revolucionario pueden mañana, con mucha facilidad, actuar en una dirección opuesta. Y lo que es particularmente importante, estas modificaciones de dirección no resultan de modo simple y automático de la situación de clase o aún ideológica del sector en cuestión, pues siempre han sido influenciadas decisivamente por las relaciones cambiantes con la totalidad de la situación histórica y de las fuerzas sociales. De modo que no es nada paradójico afirmar, por ejemplo, que Kemal Pāchá representa (en circunstancias determinadas) un reagrupamiento de fuerzas revolucionario, mientras que un gran “partido obrero” representa un reagrupamiento contrarrevolucionario. Pero entre estos momentos que permiten una orientación, *es un factor de primera importancia el conocimiento correcto de parte del proletariado de su propia situación histórica.* El desarrollo de la revolución rusa de 1917 lo prueba de un modo verdaderamente clásico: las consignas de paz y de derecho a la autodeterminación, la solución radical de la cuestión agraria, han hecho de capas sociales en sí mismas vacilantes un ejército utilizable (momentáneamente) por la revolución y han desorganizado por completo todo el aparato de poder contrarrevolucionario volviéndolo inapto para la acción. Carece de sentido objetar que la revo-

lución agraria y el movimiento de masas por la paz se hubiesen desplegado igualmente sin el partido comunista, o aún contra él. En primer lugar, esto es totalmente inverificable; la derrota del movimiento agrario que estalló de modo tan espontáneo en Hungría en octubre de 1918, por ejemplo, va al encuentro de esta afirmación; quizás hubiera sido posible, también en Rusia, derrotar al movimiento agrario o provocar su reflujo "uniendo" (en una unidad contrarrevolucionaria) a todos los "partidos obreros" "importantes". En segundo lugar, el "mismo" movimiento agrario hubiera adoptado, de haberse impuesto contra el proletariado urbano, un carácter netamente contra-revolucionario en relación con la revolución social. Este ejemplo muestra hasta qué punto en las situaciones de crisis aguda de la revolución el reagrupamiento de las fuerzas sociales no debe ser juzgado según normas mecanicistas o fatalistas. Nos demuestra hasta dónde la visión y la decisión correcta del proletariado aportan un peso *decisivo* en la balanza, y hasta qué punto la salida de la crisis *depende del mismo proletariado*. Pero es preciso subrayar también que la situación de Rusia era relativamente simple comparada con la de los países occidentales. En estos últimos los movimientos de masa se han manifestado con mayor espontaneidad y la acción organizada de las fuerzas que reaccionaban no tenían raíces antiguas. Podemos decir así, sin exageración, que las determinaciones observadas aquí son valederas para los países occidentales *en una medida aún mayor*, aunque el carácter subdesarrollado de Rusia, la ausencia de una larga tradición legal del movimiento obrero —sin hablar por el momento de la existencia de un partido comunista constituido— dieron al proletariado ruso la posibilidad de superar más rápidamente la crisis ideológica.<sup>12</sup>

El desarrollo de las fuerzas económicas del capitalismo coloca así en manos del proletariado la decisión concerniente al destino de la sociedad. Engels caracteriza el pasaje que se opera en la humanidad *después* de la transformación que es preciso realizar como "el salto del reino de la necesidad al reino de la libertad".<sup>13</sup> Es obvio que para el materialismo dialéctico este salto —aunque, o mejor dicho, precisamente por ser un salto— representa, por su esencia, un *processus*.

¿Acaso Engels no dice en el pasaje citado que las transformaciones en esta dirección se operarán "en una proporción siempre creciente"? Sólo nos queda por saber dónde hay que situar el *punto de partida* de este proceso. Lo más fácil sería seguir a Engels al pie de la letra, referir simplemente el reino de la libertad, en tanto que *estado*, a la etapa que sigue a la revolución social íntegramente realizada y rehusar así toda actualidad a esta cuestión. Sólo falta saber si esta comprobación, que corresponde sin ninguna duda a la palabras de Engels, agota realmente la cuestión. Queda por saber si es posible concebir un estado, aun sin hablar de realizarlo socialmente, que no haya sido preparadò por un largo *processus* orientado hacia dicho estado, que contenga y desarrolle sus elementos aunque sea bajo una forma en muchos aspectos inadecuada y necesitada de saltos dialécticos; si una separación abrupta y excluyente de las transiciones dialécticas entre el "reino de la libertad" y el proceso que está destinado a darle vida no manifiesta una estructura utópica de la conciencia, semejante a la que se manifiesta en la separación, ya tratada, entre objetivo final y movimiento.

Si en cambio el "reino de la libertad" es considerado en conexión con el proceso que conduce a él, es indudable que la primera intervención histórica del proletariado tendía hacia dicho reino de manera evidentemente inconsciente. Aunque él no pudiera influenciar inmediatamente —ni siquiera en el plano teórico— las etapas particulares del estadio inicial, el objetivo final del movimiento proletario considerado como principio, como punto de vista de la unidad, no podía ser separado de ninguno de los momentos del proceso. Sin embargo, no hay que olvidar que el período de las luchas decisivas no sólo se distingue de las precedentes por la amplitud y la intensidad de las mismas luchas, sino también por el hecho de que esas intensificaciones cuantitativas no son más que síntomas de las diferencias cualitativas profundas, que enfrentan estas luchas con las anteriores. Si en una etapa anterior y según el *Manifiesto comunista*, "los obreros forman en masas compactas, esta acción no es todavía la consecuencia de su propia unidad, sino de la unidad de la burguesía" esta conquista de la autonomía, esta "organización del prole-

tariado en clase” se repite en un nivel cada vez más alto, hasta que adviene el periodo de la crisis definitiva del capitalismo, la época en la cual las decisiones se encuentran cada vez más en manos del proletariado.

Esta situación no significa de ningún modo que los “sistemas de leyes” económicas objetivas hayan dejado de funcionar. Todo lo contrario. Subsistirán mucho tiempo *después de la victoria* del proletariado y no parecerán simplemente — como en el caso del Estado— con el nacimiento de la sociedad sin clases, bajo el control total del hombre. El aspecto nuevo que encontramos en la situación presente es tan sólo —¡tan sólo!— el hecho de que las fuerzas ciegas del desarrollo económico capitalista empujan a la sociedad hacia el abismo, que la burguesía ya no tiene el poder de ayudar a la sociedad a superar, después de breves oscilaciones, el “punto muerto” de sus leyes económicas, mientras que el proletariado, aprovechándose *conscientemente* de las tendencias existentes de la evolución tiene *la posibilidad* de dar *otra dirección* a la evolución misma. Esta otra dirección, es la reglamentación consciente de las fuerzas productivas de la sociedad. Querer esto *conscientemente* significa querer el “reino de la libertad” y realizar el *primer paso consciente* hacia su realización.

Es verdad que este primer paso resulta “necesariamente” de la situación de clase del proletariado. Sin embargo, esta misma necesidad tiene el carácter de un salto.<sup>14</sup> La relación *práctica* con la totalidad la unidad real de la teoría y de la praxis, que eran inherentes, por así decirlo sólo de manera inconsciente a las acciones anteriores del proletariado, se tornan claras y conscientes. También en los estadios anteriores de la evolución, la acción del proletariado se elevaba a menudo por saltos a una altura en la cual la ligazón y la continuidad con la evolución precedente podían volverse conscientes y ser concebidas como productos necesarios de la evolución sólo después de haber acaecido. (Recordemos la forma estatal de la Comuna de 1871). Aquí, sin embargo, el proletariado debe dar este paso *consciente*. No debe asombrarnos que todos aquellos que permanecen prisioneros de las formas de pensar del capitalismo tengan

miedo de este salto, que se aferren con todas las energías de su pensamiento a la necesidad como "ley de repetición" de los fenómenos, como ley natural, y rechacen por imposible el nacimiento de algo radicalmente nuevo de lo que no podemos tener todavía ninguna "experiencia". Es Trotski, en su polémica con Kautsky, quien ha subrayado con mayor claridad esta demarcación después de que ella hubiera sido abordada en los debates sobre la guerra, "pues el prejuicio bolchevique fundamental consiste precisamente en la suposición de que no se puede aprender a montar a caballo más que cuando se está sólidamente sentado sobre un caballo".<sup>15</sup> Pero Kautsky y sus semejantes son importantes sólo como síntomas de una situación: como expresión teórica de la crisis de la clase obrera, o como momento de una evolución en la que el proletariado retrocede "de nuevo frente a la enormidad indeterminada de sus propios objetivos", retrocede frente a una tarea de la que debe sin embargo hacerse cargo no pudiéndolo hacer de otra manera que *bajo esta forma consciente*, si no quiere zozobrar vergonzosa y lamentablemente junto a la burguesía en la crisis de hundimiento del capitalismo.

### III

Si los partidos mencheviques son expresión en el plano de la organización de esta crisis ideológica del proletariado, el partido comunista es en el mismo plano la forma de preparación consciente de dicho salto y, por lo tanto, el primer paso *consciente* hacia el reino de la libertad. Pero, del mismo modo que más arriba ha sido esclarecido el concepto general de reino de la libertad y se ha demostrado que su aproximación no significa de ningún modo el súbito fin de las necesidades objetivas del proceso económico, es necesario considerar ahora más de cerca la relación del partido comunista con el reino futuro de la libertad. Ante todo es preciso constatar que la libertad *no significa* aquí la libertad del individuo. Esto no quiere decir que la sociedad comunista evolucionada no conocerá la libertad del individuo; todo lo con-

trario. En la historia de la humanidad ella será la primera sociedad que tomará realmente en serio y realizará efectivamente esta exigencia. Sin embargo, esta libertad de ningún modo será tal como hoy la conciben los ideólogos de la clase burguesa. Para conquistar las condiciones sociales de la libertad real habrá que librar batallas cuyo resultado implicará no sólo la desaparición de la sociedad actual sino también del tipo humano producido por esta sociedad. "La actual generación —dice Marx— se parece a los judíos que Moisés conducía por el desierto. No sólo tiene que conquistar un mundo nuevo, sino que tiene que perecer para dejar sitio a los hombres que estén a la altura del nuevo mundo".<sup>16</sup> La "libertad" del hombre que vive en la actualidad es la libertad del individuo aislado por la propiedad reificada y reificante, la libertad *contra* los otros individuos (igualmente aislados) libertad del egoísmo, del propio aislamiento, libertad ante la cual la solidaridad y la cohesión aparecen sólo como "ideas reguladoras" ineficaces.<sup>17</sup> Exigir hoy esta libertad a la vida es renunciar prácticamente a la realización efectiva de la libertad real. Saborear sin preocuparse por los demás esta "libertad" adquirida por los individuos particulares en virtud de su situación social o de su temperamento, significa en los hechos legalizar eternamente, en la medida en que esto dependa del individuo en cuestión, la estructura no libre de la sociedad actual.

Desear *conscientemente* el reino de la libertad significa entonces franquear de manera consciente el paso que conduce efectivamente hacia él. Y si se comprende que la libertad individual dentro de la sociedad burguesa actual no puede ser más que un privilegio corrompido y corruptor, puesto que se basa en la ausencia de solidaridad y en la falta de libertad de los otros, esto implica justamente el renunciamiento a la libertad individual. Implica una subordinación consciente a esta voluntad de conjunto que tiene por vocación reclamar realmente de la vida esta libertad real y que hoy emprende seriamente la tarea de dar los primeros pasos, difíciles, inciertos y titubeantes en esa dirección. Esta voluntad de conjunto consciente es el partido comunista. Y como todo momento de un proceso dialéctico, él contiene también en germen tan

sólo bajo una forma primitiva, abstracta y no desarrollada las determinaciones que se relacionan con el fin que está llamado a realizar: la libertad en su unidad con la solidaridad. La unidad de estos momentos es la *disciplina*. Y ello no sólo porque el partido es capaz de convertirse en una voluntad de conjunto activa únicamente a través de la disciplina: toda introducción del concepto burgués de libertad impide la formación de esta voluntad de conjunto y transforma al partido en un agregado de individuos particulares, agregado laxo e incapaz de acción, sino también porque la disciplina es justamente para el individuo el primer paso en dirección de la libertad alcanzable en la actualidad —libertad todavía muy primitiva evidentemente, en función del nivel de evolución social— orientada hacia la superación del presente.

Todo partido comunista representa, por su esencia, un tipo de organización más elevada que la de cualquier partido burgués o partido obrero oportunista, como lo demuestran inmediatamente *sus exigencias mayores con respecto a sus miembros individuales*. Esto se manifestó con claridad desde la primera escisión de la social-democracia rusa. Mientras que los mencheviques (como todo partido en esencia burgués) consideraban que la simple aceptación del programa del partido bastaba para ser adherente, ser miembro del partido para los bolcheviques era sinónimo de participación personal activa en el trabajo revolucionario. Este principio que concierne a la estructura misma del partido no se ha modificado en el curso de la revolución. Las tesis de organización del III Congreso [de la Internacional Comunista. N. del T.] constatan: "La aceptación de un programa comunista no es más que la proclamación de la voluntad de hacerse comunista... La primera condición para la aplicación sería del programa consiste en la participación de todos los miembros en el trabajo en común, continuo y cotidiano". Este principio, evidentemente, en muchos aspectos ha quedado reducido hasta ahora a un mero principio. Pero ello no cambia en nada su importancia fundamental. Así como el reino de la libertad no puede sernos acordado de una vez, como si fuera una *gratia irresistibilis*, del mismo modo el "objetivo" final no nos espera en algún lugar fuera del proceso, sino que bajo la

forma de proceso es immanente a cada momento particular del proceso. Del mismo modo, el partido comunista en tanto forma revolucionaria de conciencia del proletariado es algo *inherente al proceso*. Rosa Luxemburg ha reconocido con mucho acierto que "la organización debe formarse como producto de la lucha". Pero ella sobreestimó el carácter orgánico de este proceso y subestimó la importancia del elemento consciente y conscientemente organizador que él implica. La comprensión de este error no significa exagerar el hecho hasta el extremo de ignorar el carácter de proceso que tienen las formas de organización. Aunque en los partidos no rusos los principios de esta organización hayan estado presente en los espíritus desde un comienzo (puesto que las experiencias rusas podían ser explotadas), el carácter de proceso de su formación y de su crecimiento no pueden sin embargo superarse mediante medidas organizativas. Algunas medidas organizativas correctas pueden, por supuesto, acelerar extraordinariamente este proceso; pueden prestar los más grandes servicios para clarificar la conciencia y son en consecuencia la condición preliminar indispensable para la formación de la organización. Sin embargo, la organización comunista sólo puede ser elaborada en la lucha, puede realizarse solamente si cada miembro individual toma conciencia, por su propia experiencia, de la justicia y de la necesidad de esta forma precisa de cohesión.

Se trata entonces de la interacción entre espontaneidad y reglamentación consciente. En sí y para sí esto no constituye una novedad en la evolución de las formas de organización; todo lo contrario. Es el modo típico de nacimiento de nuevas formas de organización. Engels describe,<sup>18</sup> por ejemplo, cómo ciertas formas de acción militar se han impuesto espontáneamente, a consecuencias de una necesidad objetiva de acción adaptada a un fin, gracias a los instintos inmediatos de los soldados, sin preparación militar y hasta contra las formas de organización militar existentes, y que se fijaron en la organización sólo después de su manifestación. Lo nuevo en los procesos de formación de los partidos comunistas consiste simplemente en que se ha modificado la relación entre actividad espontánea y previsión consciente, teórica; consiste en

la progresiva desaparición de la estructura retardataria (*post festum*) de la conciencia burguesa reificada y puramente "contemplativa", la lucha constante contra esta estructura. Esa relación modificada descansa sobre el hecho de que en este nivel de la evolución surge para la conciencia de clase del proletariado la *posibilidad objetiva* de no tener mas una visión simplemente retardataria de su propia situación de clase y de la actividad correcta que le corresponde. Sin embargo, *para cada trabajador individual* el camino que le permita alcanzar la conciencia de clase objetivamente posible y adoptar interiormente la actitud en la cual elabora para sí mismo esta conciencia de clase, debido a la reificación de su conciencia, no puede ser otro que el camino de sus experiencias inmediatas para alcanzar la clarificación; la conciencia psicológica conserva entonces, para cada individuo, su carácter retardatario. Esta oposición de la conciencia individual y de la sociedad de clase en cada proletario individual no es un producto del azar. En el partido comunista, en tanto que forma de organización superior a las otras organizaciones, el carácter activo y práctico de la conciencia de clase por primera vez en la historia se afirma como un principio que influye *inmediatamente* en las acciones particulares de cada individuo, pero además se afirma al mismo tiempo como un factor que participa *conscientemente* en la determinación de la evolución histórica.

Esta doble significación de la actividad, su relación simultánea con el portador individual de la conciencia de clase proletaria y con la marcha de la historia, en una palabra, *la mediación concreta entre el hombre y la historia*, es decisiva para el tipo de organización que nace aquí. Para el viejo tipo de organización —tanto de los partidos burgueses como de los partidos obreros oportunistas— el individuo es tenido en cuenta sólo como "masa", como número. Max Weber define muy correctamente este tipo de organización: "Todos tienen en común el hecho de que a un núcleo de personas que disponen de la dirección *activa* se asocian "miembros" que tienen un rol esencialmente pasivo, mientras que las masas de adherentes sólo desempeña el rol de objeto".<sup>19</sup> Este rol de objeto no es suprimido por la democracia formal o la "libertad" que pueda reinar en esas organizaciones, por el

contrario es fijado y eternizado. La "falsa conciencia", la imposibilidad objetiva de intervenir en la marcha de la historia mediante una acción consciente, se reflejan en el plano de la organización en la imposibilidad de formar unidades políticas activas (partidos) que estarían llamados a ser los mediadores entre la acción de cada adherente particular y la actividad de toda la clase. Como estas clases y estos partidos no son activos en un sentido histórico objetivo como su actividad aparente no puede ser más que un reflejo de su abandono fatalista a potencias históricas incomprendidas, todos los fenómenos que resultan de la estructura de la conciencia reificada y de la separación entre la conciencia y el ser, entre la teoría y la praxis, deben manifestarse necesariamente. Dicho de otro modo, en tanto que *complejos globales* ellos tienen una posición *meramente contemplativa* frente al curso de la evolución. En consecuencia, se manifiestan necesariamente en ellos dos concepciones igualmente falsas sobre el curso de la historia que son interdependientes y aparecen siempre al mismo tiempo: una sobreestimación voluntarista de la importancia activa del individuo (del jefe) y una subestimación fatalista de la importancia de la clase (de la masa). El partido se articula en una parte activa y en una parte pasiva, y la segunda debe ser puesta en movimiento sólo ocasionalmente y a las órdenes de la primera. La "libertad" que pueda existir para los miembros de tales partidos es, por consiguiente, sólo la libertad de juzgar los acontecimientos que se desenvuelven de manera fatal o los errores de los individuos. Ellos son *espectadores* y participan de alguna manera, pero jamás profundamente y con toda su personalidad, pues la personalidad total de sus miembros nunca puede ser englobada por tales organizaciones; las que ni siquiera pueden tender a englobarla. Como todas las formas sociales de la "civilización", dichas organizaciones reposan sobre la división del trabajo más precisa y mecanizada, sobre la burocratización, sobre una medida y una distinción precisas de los derechos y de los deberes. La vinculación de los miembros con la organización se opera a través de las partes abstractas de su existencia y estos lazos abstractos se objetivan bajo la forma de distintos derechos y deberes. 20 La participación realmente

activa en todos los acontecimientos, la actitud realmente práctica de todos los miembros de una organización, sólo pueden obtenerse poniendo en juego toda la personalidad. La separación entre derecho y deber, que constituye la forma de aparición organizativa de la separación del hombre de su propia socialización, la forma de su fragmentación debida a las potencias sociales que lo dominan, puede ser suprimida cuando la acción en el seno de la comunidad se convierte en el asunto personal central de todo individuo que participa en ella. En su descripción de la constitución de las *gentes*, Engels subraya con vigor esta diferencia: "En esencia, todavía no existe ninguna diferencia entre derechos y deberes".<sup>21</sup> Según Marx, el signo distintivo particular de la relación jurídica se halla en que el derecho "sólo puede consistir, por naturaleza, en la aplicación de una medida igual"; sin embargo, los individuos necesariamente desiguales "sólo pueden medirse con la misma medida siempre y cuando se los enfoque desde un punto de vista igual... y no se vea en ellos ninguna otra cosa, es decir, se prescindiera de todo lo demás".<sup>22</sup> Por consiguiente, toda relación humana que rompa con esta estructura, con esta abstracción de la personalidad de conjunto del hombre, con esta reducción a un punto de vista abstracto, es un paso hacia la destrucción de esta reificación de la conciencia humana. Pero un paso de esta naturaleza presupone el *compromiso activo del conjunto de la personalidad*. De este modo se ha visto claramente que las formas de la libertad en las organizaciones burguesas no son nada más que una "falsa conciencia" de la ausencia efectiva de libertad, es decir, una estructura de la conciencia en la que el hombre *considera* de manera formalmente libre su integración en un sistema de necesidades en esencia extraño y confunde la "libertad" formal de esta contemplación con la libertad real. Sólo esta comprensión de las cosas suprime la aparente paradoja de nuestra afirmación anterior, según la cual la disciplina del partido comunista, la absorción incondicional del conjunto de la personalidad de cada miembro en la praxis del movimiento, es el único camino posible para realizar una libertad auténtica. Y esto es válido no sólo para la comunidad, a la que una forma de organización de este tipo suministra una palan-

ca para conquistar las condiciones sociales de la libertad, sino también para el individuo particular, para el miembro individual del partido, pues únicamente por este camino puede avanzar hacia la realización *de su propia* libertad. La cuestión de la disciplina es, por lo tanto, una cuestión práctica elemental para el partido, una condición indispensable para su funcionamiento real; sin embargo, no es un problema meramente técnico y práctico, sino una de las cuestiones *intelectuales* más elevadas e importantes del desarrollo revolucionario. Esta disciplina sólo puede nacer como el acto consciente y libre de la parte más consciente de la vanguardia de la clase revolucionaria, es imposible de realizar sin disponer previamente de estas condiciones intelectuales. Sin un conocimiento, aunque sea instintivo, de la correlación existente entre el conjunto de la personalidad y la disciplina de partido para cada uno de sus miembros individuales, esa disciplina se fija necesariamente en un sistema abstracto y reificado de derechos y deberes, y el partido recae necesariamente en el tipo de organización de un partido burgués. Es comprensible así que la organización manifieste, objetivamente, una gran sensibilidad con respecto al valor o a la ausencia de valor revolucionario de las concepciones y tendencias teóricas, y que, además, la organización revolucionaria presuponga, subjetivamente, un grado bastante elevado de conciencia de clase.

#### IV

Por importante que sea visualizar claramente en el plano teórico esta relación de la organización comunista con sus miembros individuales, sería funesto considerar al problema de la organización exclusivamente bajo su aspecto formal y ético. La relación aquí descrita entre el individuo y la voluntad de conjunto a la cual está sometido íntegramente, si la consideramos de manera aislada no se encuentra sólo en el partido comunista; ha sido más bien un rasgo esencial de numerosas sectas utopistas. Muchas sectas han proporcionado manifestaciones más visibles y claras que los partidos comunistas

de este aspecto ético y formal del problema organizativo, justamente porque lo concebían como el único principio, o simplemente como el principio decisivo, y no como un simple momento del conjunto del problema organizativo. Ahora bien, considerado desde su aspecto ético y formal unilateral, ese principio de organización se suprime; su justeza, que no es algo ya logrado y acabado, sino simplemente la *dirección correcta* hacia el fin propuesto, deja de ser correcta desde que cesa su relación correcta con la totalidad del proceso histórico. Es por ello que en la elaboración de la relación entre individuos y organización, una importancia decisiva le fue acordada a la esencia del partido en tanto que principio de mediación entre el hombre y la historia. Las exigencias formuladas al individuo pierden su carácter ético y formal sólo si la voluntad de conjunto concentrada en el partido es un factor activo y consciente de la evolución histórica, vale decir, si esa voluntad se encuentra en una interacción viva y constante con el proceso de conmoción social, lo cual significa también que sus miembros individuales están en una interacción viva con los procesos y con su soporte: la clase revolucionaria. También Lenin, estudiando cómo se mantiene la disciplina revolucionaria del partido comunista, puso en primer plano conjuntamente con la abnegación de los miembros la relación del partido con las masas y la justeza de su dirección política.<sup>23</sup>

Sin embargo, estos tres momentos no deben ser separados. La concepción ética y formal de las sectas fracasa precisamente porque no es capaz de comprender la unidad de estos momentos, la interacción viva entre la organización del partido y las masas desorganizadas. Toda secta, cualquiera sea su actitud de rechazo frente a la sociedad burguesa, por más profunda que sea subjetivamente su convicción de que un abismo la separa de esta sociedad, precisamente por esto pone de manifiesto que en lo esencial de su concepción de la historia premanece todavía en un terreno burgués y que, en consecuencia, la estructura de su propia conciencia aún está emparentada estrechamente con la conciencia burguesa. Este parentesco puede ser referido, en última instancia, a una concepción similar de la dualidad del ser y de la conciencia, a la

incapacidad de comprender su unidad como proceso dialéctico, como el proceso de la historia. Desde este punto de vista, es indiferente que dicha unidad dialéctica objetivamente presente sea comprendida en su reflejo falso y sectario como un ser cristalizado y como un no-ser igualmente cristalizado; es indiferente que se reconozca incondicionalmente a las masas, de manera mitológica, la comprensión clara de la acción revolucionaria, o que sea defendida la concepción según la cual la minoría "consciente" debe actuar *en lugar de* las masas "inconscientes". Los dos casos extremos —citados aquí como ejemplos, pues sería desbordar ampliamente el marco de este trabajo tratar aunque sea alusivamente la tipología de las sectas— se parecen entre sí y también a la conciencia burguesa puesto que ambos consideran al proceso histórico real como separado de la evolución de la conciencia de la "masa". Si la secta actúa por la masa "inconsciente", en su lugar y como su representante, ella logra que la separación organizativa históricamente necesaria y por lo tanto dialéctica entre masa y partido, se convierta en algo permanente. Si, en cambio, trata de absorberse íntegramente en el movimiento espontáneo e instintivo de las masas, es necesario simplemente que ponga en un mismo nivel la conciencia de clase del proletariado, los pensamientos y los sentimientos momentáneos de las masas y que pierda todo patrón de medida que le permita juzgar objetivamente la justeza de la acción. Ella es prisionera del dilema burgués: voluntarismo o fatalismo. Se sitúa en un punto de vista a partir del cual se hace imposible juzgar ya sean las etapas objetivas, ya sean las etapas subjetivas de la evolución histórica. Está obligada a sobreestimar desmesuradamente, o también a subestimar desmesuradamente la organización. Tiene que tratar aisladamente el problema de la organización, separándolo de los problemas históricos y prácticos generales y de los problemas de estrategia y de táctica.

La medida y el signo de una relación justa entre partido y clase pueden ser descubiertas sólo en la conciencia de clase del proletariado. Por un lado, la unidad objetiva real de la conciencia de clase constituye el fundamento de la unión dialéctica en la separación organizativa entre clase y partido. Por otro lado, la falta de unidad, los diversos grados de escl-

recimiento y de profundidad de esta conciencia de clase en los diversos individuos, grupos y capas del proletariado, implican la necesidad de la separación organizativa entre el partido y la clase. Bujarín tenía razón entonces al subrayar<sup>24</sup> que con una clase interiormente unificada sería superflua la constitución del partido. Falta saber si a la autonomía organizativa del partido, si a la separación de este partido con la totalidad de la clase, corresponden diferencias objetivas de estratificación en la misma clase, o bien si el partido tan sólo está separado de la clase a consecuencia de su evolución de conciencia, debido a su condicionamiento para, y de su acción sobre, la evolución de conciencia de sus miembros. Por supuesto sería insensato no ver las estratificaciones económicas objetivas en el seno del proletariado. Pero no hay que olvidar que estas estratificaciones de ninguna manera están fundadas en diferencias objetivas semejantes a las que determinan de modo económicamente objetivo la separación entre las mismas clases. Ni siquiera pueden clasificarse en sub-especies de estos principios de distinción. Cuando Bujarín subraya, por ejemplo, que "un campesino que acaba de ingresar en la fábrica es muy distinto de un obrero que desde su infancia trabaja en ella", es ciertamente una diferencia de "ser", pero a un nivel completamente distinto de la otra diferencia igualmente mencionada por Bujarín entre el obrero de la gran empresa moderna y el del pequeño taller. En el segundo caso, se trata de una posición objetivamente diferente en el proceso de producción, mientras que, en el primer caso, cambia sólo la situación individual en el proceso de producción (por más típica que pueda ser esta situación). Aquí se trata, pues, de la rapidez con la cual el individuo (o la capa social) es capaz de adaptarse, por su conciencia, a su nueva situación en el proceso de producción, del tiempo durante el cual los vestigios psicológicos de la antigua situación de clase que abandonó actuarán como un freno sobre la formación de su nueva conciencia de clase. En el segundo caso, la cuestión que se plantea es la de saber si los intereses de clase que resultan de manera económicamente objetiva de tales diferencias de situación en el interior del proletariado, son lo suficiente fuertes como para producir una diferenciación dentro de los inte-

reses de clase objetivos del conjunto de la clase. Se trata, entonces, de saber si es preciso concebir a la conciencia de clase objetiva, adjudicada, <sup>25</sup> como diferenciada y estratificada, mientras que en el primer caso se trataba de saber cuáles destinos individuales —eventualmente típicos— tienen una acción de freno sobre esta conciencia de clase objetiva en vías de imponerse.

Claro está que sólo el segundo caso posee un interés real desde el punto de vista teórico. Desde Bernstein en adelante el oportunismo ha procurado siempre describir como si fueran tan profundas las estratificaciones económicas objetivas en el seno del proletariado, y además subrayar con tanta fuerza la similitud en la "situación vital" de las diversas capas particulares, proletarias, semiproletarias, pequeñoburguesas, etc., que *la unidad y la autonomía de la clase desaparecían en esta "diferenciación"* (El programa de Goerlitz del partido socialdemócrata alemán es la última y clara expresión organizativa de esta tendencia). Por cierto que los bolcheviques serán los últimos en olvidar la existencia de tales diferenciaciones. Lo que queda por saber es *qué clase* de ser, qué función les corresponden en la totalidad del proceso histórico y social, en qué medida el reconocimiento de estas diferenciaciones conduce al planteo de problemas y a la adopción de medidas (sobre todo) tácticas, en qué medida conduce al planteo de problemas y a la adopción de medidas (sobre todo) organizativas. A primera vista, esta problemática parece conducir solamente a argucias conceptuales. Sin embargo, es preciso comprender que una asociación organizativa del tipo del partido comunista presupone justamente la unidad de la conciencia, y por lo tanto, la unidad del ser social que es su fundamento, mientras que una asociación táctica puede muy bien ser posible y hasta necesaria, desde el punto de vista de la revolución, si las circunstancias históricas provocan dentro de las distintas clases en las que el ser social es objetivamente diferente movimientos que, aunque estén determinados por causas diversas, se orientan sin embargo temporariamente en la misma dirección. Sin embargo, si el ser social objetivo es realmente diferente, estas direcciones no pueden ser "necesarias" en el mismo sentido que lo serían si el fundamento de clase fuese

el mismo. Dicho de otro modo, sólo en el primer caso la dirección idéntica expresa la necesidad social cuya intervención en la experiencia puede ser frenada ciertamente por diversas circunstancias, pero a la larga se impondrá de todos modos, mientras que en el segundo caso, una simple combinación de circunstancias históricas diversas es la que produjo esta convergencia de orientaciones. Son circunstancias favorables que deben ser explotadas tácticamente, pues en caso contrario se perderían de manera quizás irremediable. Como es evidente, la posibilidad de un acuerdo de ese tipo entre el proletariado y las capas semi-proletarias, etc., de manera alguna es producto del azar. Pero el fundamento necesario se encuentra *sólo* en la situación de clase del proletariado: como el proletariado no puede liberarse más que a través del aniquilamiento de la sociedad de clases, está *forzado* también a llevar a cabo su lucha liberadora *para* todas las capas oprimidas y explotadas. Pero es casi una "casualidad" que en las luchas particulares estas capas, que poseen una conciencia de clase tan oscura, se coloquen al lado del proletariado o en el campo de sus adversarios. Esto depende muchísimo, como se ha demostrado más arriba, de la táctica correcta empleada por el partido revolucionario del proletariado. En este caso, cuando el ser social de las clases que actúan no es el mismo, o cuando su ligazón sólo está mediatizada por la misión histórica mundial del proletariado, únicamente el acuerdo *táctico* —siempre ocasional desde el punto de vista conceptual, aunque a veces duradero en la práctica— acompañado de una rigurosa separación organizativa, puede ser de interés para el desarrollo revolucionario. El proceso según el cual las capas semi-proletarias comprenden que su emancipación depende de la victoria del proletariado es tan largo y está sometido a tales oscilaciones que un acuerdo que fuese más que *táctico* podría poner en peligro el destino de la revolución. Se comprende ahora por qué nuestro problema debía ser planteado de modo tan tajante. ¿Corresponden acaso a las estratificaciones interiores del proletariado una gradación similar (aunque sea más débil) del ser social objetivo, de la situación de clase y por consiguiente, de la conciencia de clase objetiva asignada? ¿O sucede más bien que estas estratificaciones se forman acordes a la facilidad o

a la dificultad con la que esta verdadera conciencia de clase se impone en los grupos o individuos particulares del proletariado? Las gradaciones objetivas presentes indudablemente en la situación vital del proletariado ¿no determinan la *perspectiva* bajo la cual son considerados solamente los intereses momentáneos —que aparecen sin duda como diversos— y el hecho de que los *intereses mismos coincidan objetivamente* no sólo en el plano de la historia mundial sino también de manera actual e inmediata, aunque no sea reconocible en todo momento por el obrero? ¿O sucede que estos intereses divergen entre sí a raíz de una diferencia objetiva en el ser social?

Planteada la pregunta en estos términos, no puede haber duda acerca de la respuesta. Las palabras del *Manifiesto comunista* que han sido tomadas casi al pie de la letra en las tesis del II Congreso sobre “el papel del partido comunista en la revolución proletaria”, son comprensibles y adquieren un sentido solamente si la unidad del ser económico objetivo es afirmada por el proletariado: “El partido comunista no tiene intereses diferentes de los del conjunto de la clase obrera, sólo difiere de la clase obrera porque encara la misión histórica de la clase obrera en su totalidad y se esfuerza en todos los momentos por defender no sólo los intereses de algunos grupos o de algunas profesiones, sino los de toda la clase obrera”. En consecuencia, estas estratificaciones en el proletariado, que conducen hacia los diversos partidos obreros y a la formación del partido comunista no son estratificaciones económicas objetivas dentro del proletariado, sino gradaciones en la marcha evolutiva de su conciencia de clase. No hay capas particulares de obreros predestinados inmediatamente por su existencia económica a hacerse comunistas, así como no hay un obrero individual comunista de nacimiento. Para todo obrero nacido en la sociedad capitalista y que ha crecido bajo su influencia, hay un camino que recorrer más o menos cargado de experiencias, para llegar a adquirir la correcta conciencia de su propia situación de clase.

Lo que se pone en juego en la lucha del partido comunista es la conciencia de clase del proletariado. Su separación organizativa respecto de la clase, no significa, en este caso, que quisiera combatir *en lugar* de la clase, *por* los intereses de la

clase (como lo hicieron, por ejemplo, los blanquistas). Si algunas veces lo hace, lo que puede suceder en el curso de la revolución, ello no ocurre en primer lugar en nombre de los fines objetivos de la lucha en cuestión (fines que de todos modos, a la larga, no pueden ser alcanzados y salvaguardados más que por la clase misma), sino para hacer avanzar y acelerar el proceso de evolución de la conciencia de clase. En efecto, el proceso de la revolución, en escala histórica, es sinónimo del proceso de evolución de la conciencia de clase proletaria. El desprendimiento organizativo del partido comunista, con relación a las grandes masas de la clase obrera, descansa sobre la heterogeneidad de la clase desde el punto de vista de la conciencia; al mismo tiempo, tiene por fin hacer avanzar el proceso de unificación de esas estratificaciones al más alto nivel posible. La autonomía organizativa del partido comunista es necesaria para que el proletariado pueda percibir inmediatamente su propia conciencia de clase como figura histórica, para que en todo acontecimiento de la vida cotidiana aparezca claramente y de manera comprensible a todo obrero la toma de posición que exige el interés de conjunto de la clase, para que toda la clase eleve a nivel de conciencia su propia existencia en tanto que clase. Mientras que la forma de organización de secta separa artificialmente de la vida y de la evolución de la clase a la conciencia de clase "correcta" (suponiendo que ella pueda subsistir en tal aislamiento abstracto), la forma de organización de los oportunistas significa el nivelamiento de esas estratificaciones de la conciencia al nivel más bajo o, en el mejor de los casos, al nivel situado en un término medio. Es obvio que las acciones efectivas de la clase están determinadas cada vez más ampliamente por este término medio. Sin embargo, como este término medio no es algo que pueda determinarse de manera estática y estadística, sino que él mismo es la consecuencia del proceso revolucionario, es igualmente obvio que apoyando la organización sobre este término medio ya dado previamente se ha impulsado a frenar su desarrollo y hasta a rebajar su nivel. Por el contrario, la clara elaboración de la posibilidad más elevada, *objetivamente* dada en un momento determinado, y por consiguiente la autonomía organizativa de la vanguardia consciente, constituyen ambas

un medio para allanar la tensión entre esta posibilidad objetiva y el nivel efectivo de conciencia del término medio, en una dirección que haga la revolución.

La autonomía de la organización carece de sentido y cae al nivel de la secta si no implica al mismo tiempo una continua consideración *táctica* del nivel de conciencia de las masas más amplias y atrasadas. La función que cumple la teoría correcta en cuanto al problema de la organización del partido comunista se torna visible. Debe representar la más alta posibilidad objetiva de acción proletaria, pero una comprensión teórica correcta es la condición indispensable para ello. Una organización oportunista manifiesta una sensibilidad menor que la organización comunista a las consecuencias de una teoría falsa porque es una agrupación más o menos relajada de componentes heterogéneos con vistas a la realización de acciones puramente ocasionales, porque sus acciones por la general están impulsadas por los movimientos inconscientes e imposibles de ser frenados de las masas, en lugar de estar dirigidos realmente por el partido, porque la cohesión organizativa de ese partido es en su esencia una jerarquía mecanizada y fijada bajo la forma de división del trabajo, de dirigentes y de funcionarios. (La aplicación falsa e ininterrumpida de falsas teorías conducirá al desmoronamiento del partido, pero esta es otra cuestión). Es precisamente el carácter eminentemente práctico de la organización comunista, su esencia de partido de lucha, lo que supone una teoría correcta puesto que de otra manera las consecuencias de una teoría falsa lo llevarían muy pronto al fracaso; pero además, esta forma de organización produce y reproduce la comprensión teórica correcta al intensificar conscientemente en el plano de la organización la sensibilidad de la forma de organización hacia las consecuencias de una actitud teórica. La capacidad de acción y de autocrítica, la capacidad de corregirse a sí mismo, de desarrollarse siempre desde el punto de vista teórico, se encuentran pues en una interacción indisoluble. Aún teóricamente, el partido comunista no actúa en lugar del proletariado. Si su conciencia de clase es, con relación al pensamiento y a la acción del conjunto de la clase, una cosa fluida y sometida a un proceso ello debe reflejarse en la figura organizativa de esta conciencia

de clase, en el partido comunista, con la única diferencia de que aquí se ha objetivado un nivel de conciencia más elevado en el plano de la organización. Frente a los altibajos más o menos caóticos de la evolución de esta conciencia en la misma clase, de la alternancia de explosiones en las que se revela una madurez de la conciencia de clase que supera de lejos todas las previsiones teóricas, con estados medio letárgicos de inmovilidad donde todo es soportado y la evolución continúa sólo subterráneamente, se levanta aquí la afirmación consciente de la relación entre el "objetivo final" y la acción presente, actual y necesaria.<sup>26</sup> El carácter dialéctico de la conciencia de clase, se transforma pues, en la teoría del partido, en la dialéctica manejada conscientemente.

Esta interacción dialéctica ininterrumpida entre teoría, partido y clase, esta orientación de la teoría hacia las necesidades inmediatas de la clase, no significa de manera alguna la disolución del partido en la masa del proletariado. Los debates sobre el frente único revelaron en casi todos los adversarios de esta táctica la falta de una concepción dialéctica, la ausencia de comprensión de la función real del partido en el proceso de evolución de la conciencia del proletariado. No hablo aquí de los malos entendidos que se originaron por el hecho de que el frente único había sido pensado como la reunificación organizativa inmediata del proletariado. Sin embargo, el temor de que el partido pierda su carácter comunista aproximándose demasiado a consignas aparentemente "reformistas" y haciendo acuerdos tácticos circunstanciales con los oportunistas, demuestra que la confianza en la corrección de la teoría, en el conocimiento de sí del proletariado como conocimiento de su situación objetiva en una etapa determinada del desarrollo histórico, en la inmanencia dialéctica del "objetivo final" a toda consigna del momento interpretada correctamente por los revolucionarios, no se ha consolidado aún suficientemente en amplios círculos de comunistas. Ello demuestra que todavía piensan sectariamente en que deben actuar por el proletariado en lugar de hacer avanzar mediante su acción el proceso real de evolución de la conciencia de clase proletaria. Esta adaptación de la táctica del partido comunista a los momentos de la vida de la clase en que

parece emerger precisamente la conciencia de clase correcta, aunque tal vez bajo una forma falsa, no significa que tenga el propósito de realizar incondicionalmente sólo la voluntad momentánea de las masas. Al contrario, justamente porque tiende a alcanzar el punto más alto de lo que es objetiva y revolucionariamente posible —y la voluntad momentánea de las masas es con frecuencia el elemento más importante, el síntoma decisivo— se ve obligado a veces a tomar posición contra las masas, a mostrarles el camino correcto mediante la negación de su voluntad presente. Se ve obligado a hacerles comprender que lo correcto de su actitud se hará comprensible para las masas tan sólo después de los hechos, después de numerosas y amargas experiencias.

Sin embargo, ni una ni otra de las posibilidades de colaboración con las masas deben ser generalizadas en un esquema táctico general. La evolución de la conciencia de clase proletaria (y por lo tanto la evolución de la revolución proletaria) y la del partido comunista, consideradas desde la perspectiva de la historia mundial, constituyen ciertamente un único e idéntico proceso. Se condicionan, pues, una a la otra de la manera más íntima en la práctica cotidiana. Sin embargo, *su crecimiento concreto aparece como un único e idéntico proceso y ni siquiera hay un paralelismo directo*. La forma en que se desarrolla ese proceso, el modo en que son elaboradas en la conciencia del proletariado ciertas modificaciones económicas objetivas y, sobre todo, la forma que reviste la interacción del partido y de la clase en el interior de esa evolución, no pueden ser referidas a “sistemas de leyes” esquematizados. El crecimiento del partido y su consolidación tanto exterior como interior no se realizan como es obvio en el espacio vacío de un aislamiento sectario, sino en medio de la realidad histórica, en una interacción dialéctica ininterrumpida con la crisis económica objetiva y con las masas que dicha crisis ha revolucionarizado. Puede ocurrir que el curso de la evolución proporcione al partido la posibilidad de lograr antes de las luchas decisivas un completo esclarecimiento interno, como por ejemplo en Rusia entre las dos revoluciones. Puede suceder también, como en algunos países de Europa Central y Occidental, que a consecuencia de la

crisis las masas se vuelvan tan amplia y rápidamente revolucionarias como para que se vuelvan comunistas, en parte en el plano de la organización, antes de haber podido adquirir en la lucha las condiciones internas de conciencia necesaria a estas organizaciones, de manera que surgen partidos comunistas de masa que podrán convertirse en verdaderos partidos comunistas sólo en el curso de las luchas. Esta tipología de la formación del partido puede aún ser subdividida; en ciertos casos extremos, puede parecer que el partido comunista ha nacido de la crisis económica "como producto de leyes orgánicas"; sin embargo, el paso decisivo, cual es la asociación consciente en el plano organizativo interno de la vanguardia revolucionaria, o dicho de otro modo, la formación real de un partido comunista real *sigue siendo el acto consciente y libre de esta misma vanguardia consciente*. En nada cambia esta situación si, para tomar dos casos extremos, un partido relativamente pequeño e interiormente consolidado, en interrelación con vastas capas del proletariado, se desarrolla como un gran partido de masa, o si de un partido de masa nacido espontáneamente surge después de una crisis interior, un partido comunista de masa. La esencia teórica de todos estos acontecimientos sigue siendo la misma: es la superación de la crisis ideológica, la conquista de la conciencia proletaria correcta. Desde este punto de vista, es tan peligroso para el desarrollo de la revolución subestimar el carácter inevitable de este proceso y creer que cualquier táctica podría conducir a toda una serie de acciones (sin hablar del curso mismo de la revolución), a sobrepasarse a sí mismas en una intensificación obligatoria para alcanzar así fines más lejanos, como sería funesto creer que la mejor acción del partido comunista más poderoso y mejor organizado podría hacer algo más que conducir correctamente el proletariado hacia el objetivo al que él mismo se dirige, aunque no lo haga de modo totalmente consciente. En verdad, sería igualmente falso retomar aquí el concepto de proletariado de una manera simplemente estática y estadística: "el concepto de masa se modifica justamente en el curso de la lucha" dice Lenin. El partido comunista es —en interés de la revolución— una *figura autónoma* de la conciencia de clase proletaria. Es pre-

ciso comprenderlo en forma teórica correcta en esta doble relación dialéctica: a la vez como *figura* de esta conciencia y como *figura de esta conciencia*, o dicho de otro modo, a la vez en su autonomía y en su coordinación.

## V

Esta separación exacta, aunque siempre cambiante y adaptada a las circunstancias, entre acuerdo táctico y acuerdo organizativo en las relaciones del partido con la masa, en tanto que problema interno del partido adquiere la forma de la unidad entre las cuestiones de táctica y de organización. Para esta vida interna de partido, aún más que para las cuestiones tratadas precedentemente, sólo tenemos a nuestra disposición las experiencias del partido ruso, como etapas reales y conscientes en el camino de realización de la organización comunista. Así como los partidos no rusos en la época de sus "enfermedades infantiles" manifestaron en muchos aspectos una inclinación hacia una concepción sectaria del partido, se inclinaron más tarde a descuidar en muchos sentidos su vida "interior" en comparación a la influencia propagandista y organizativa del partido sobre las masas, es decir, a la parte de su vida volcada hacia el "exterior". Esta es también una "enfermedad infantil" determinada en parte por la formación rápida de grandes partidos de masa, por la sucesión casi ininterrumpida de decisiones y acciones importantes y por la necesidad de los partidos de vivir volcados "hacia el exterior". Pero la comprensión del encadenamiento causal que ha conducido a un error no significa en modo alguno adaptarse a él. Menos aún cuando la manera correcta de actuar "hacia el exterior" demuestra en forma notable hasta qué punto es absurdo hacer distinciones entre táctica y organización en la vida interior del partido y hasta qué punto esta unidad interior reacciona sobre la ligazón íntima que une la vida "volcada hacia lo interno" con la vida orientada "hacia el exterior" (aunque provisoriamente esta separación parezca casi insuperable para todo partido comunista, pues es la herencia del medio donde

se ha formado). Es necesario entonces que en la práctica cotidiana inmediata, todos tomen conciencia del hecho de que la centralización organizativa del partido (con todos los problemas de disciplina que de él la derivan y que constituyen su otra cara) y la capacidad de iniciativa táctica son conceptos que se condicionan mutuamente. Las posibilidades de expansión dentro de las masas de una táctica propuesta por el partido presuponen su previa expansión en el interior del mismo. No sólo es necesario, en el sentido mecánico de la disciplina, que los elementos individuales del partido se encuentren sólidamente agrupados en las manos del aparato central y actúen hacia el exterior como los miembros reales de una voluntad colectiva, sino que es necesario también que el partido se convierta en una formación tan unificada que todo desplazamiento en la dirección de la lucha se traduzca en un reagrupamiento de todas las fuerzas, que todo cambio de posición repercuta hasta en los miembros individuales del partido, por consiguiente, que la sensibilidad de la organización para los cambios de orientación, para el aumento de la acción combativa, para los momentos de retirada, etc., sean elevados a su máxima expresión. No es necesario, creo, explicar que esto no implica una "obediencia de maniqués". Es evidente que una tal sensibilidad de la organización revela con mucha rapidez en el curso de su aplicación práctica lo que hay de falso en las consignas particulares, y que es ella justamente la que más promueve la posibilidad de una auto-crítica sana, incrementando la capacidad de acción.<sup>27</sup> La sólida cohesión organizativa del partido no sólo le otorga la capacidad objetiva de actuar, sino que al mismo tiempo crea el clima interno del partido que hace posible una intervención enérgica en los acontecimientos y un aprovechamiento de las oportunidades que estos ofrecen. Es así que una real centralización de todas las fuerzas del partido, en virtud de su dinámica interna, debe necesariamente hacerlo avanzar en el camino de la actividad y de la iniciativa. El sentimiento de una consolidación organizativa insuficiente, en cambio, cumple necesariamente una acción paralizadora y de inhibición sobre las resoluciones tácticas y hasta sobre la posición teórica fundamental del partido. (Recuérdese por ejemplo el partido

comunista alemán en la época del golpe de Estado de Kapp).

“Para un partido comunista —dicen las tesis sobre organización del III Congreso— no puede haber ninguna época en la cual la organización del partido permanezca políticamente inactiva”. Esta vigencia táctica y organizativa no sólo de la combatividad revolucionaria sino también, hasta de la misma actividad revolucionaria, no puede ser comprendida correctamente más que mediante una comprensión de la unidad entre táctica y organización. Si la táctica está separada de la organización, si no se percibe en ambas el mismo proceso de desarrollo de la conciencia de clase proletaria, es inevitable que el concepto de táctica caiga en el dilema del oportunismo y del terrorismo, que la “acción” signifique ya sea el acto aislado de la “minoría consciente” por apoderarse del poder, ya sea simplemente la adaptación a los deseos momentáneos de las masas, alguna posición “reformista”, mientras que a la organización se le asigna simplemente el rol técnico de “preparación” de la acción (las concepciones de Serrati y de sus partidarios, al igual que las de Paul Lévi, se ubican en este plano). La permanencia de la situación revolucionaria no significa por lo tanto que la toma del poder por el proletariado sea posible en todo momento. Sólo significa que a consecuencia de la situación objetiva de conjunto de la economía, es inherente a todo cambio de situación y a todo movimiento provocado en las masas por este cambio, una tendencia que puede ser orientada en sentido revolucionario y explotada por el proletariado con el fin de hacer progresar su conciencia de clase. Ahora bien, en este contexto, la progresión interna de la figura autónoma de esta conciencia de clase, es decir, del partido comunista, es un factor de primer orden. El carácter revolucionario de la situación se expresa, en primer lugar y de manera notable, en la estabilidad continuamente decreciente de las formaciones sociales provocada por la estabilidad continuamente decreciente del equilibrio entre las fuerzas y las potencias sociales sobre las que descansa el funcionamiento de la sociedad burguesa. La conciencia de clase proletaria sólo puede devenir autónoma y adquirir una figura que tenga un sentido para el proletariado si esta figura *encarna* efectivamente en todo momento, *para el proletaria-*

do, el sentido revolucionario de ese preciso momento. En consecuencia, en una situación objetivamente revolucionaria, la justeza del marxismo revolucionario significa mucho más que la simple justeza "general" de una teoría. Es precisamente porque se ha convertido en algo de suma actualidad, completamente práctico, que la teoría debe transformarse en una guía para toda etapa particular de las acciones cotidianas. Sin embargo, esto es posible sólo a condición de que la teoría se despoje de su carácter puramente teórico, se convierta en esencialmente dialéctica, es decir, a condición de que supere prácticamente toda oposición entre lo particular y lo general, entre la ley y el caso aislado que le es "subsumido", o sea entre la ley y su aplicación, y al mismo tiempo toda oposición entre teoría y práctica. Mientras que la táctica y la organización de los oportunistas, que se basan en el abandono del método dialéctico, satisfacen el "realismo político" y las exigencias del momento renunciando a la firmeza de los fundamentos teóricos, pero debido a ello son víctimas justamente en su práctica cotidiana del esquematismo esclerosado de sus formas de organización reificadas y de su rutina táctica, es necesario que el partido comunista mantenga viva en él y conserve acertadamente esta tensión dialéctica de adhesión al "objetivo final" en la adaptación más exacta posible a las exigencias concretas de la hora. Para todo individuo, esto presupone una "genialidad" con la que el realismo político revolucionario jamás puede contar. Pero de ningún modo está obligado a hacerlo ya que la elaboración consciente del principio de organización comunista es el camino para realizar en la vanguardia el proceso de educación en esta dirección de la dialéctica práctica. Esta unidad de táctica y de organización, la necesidad de trasponer inmediatamente al plano de la organización toda aplicación de la teoría, toda iniciativa táctica, es el principio correctivo empleado conscientemente contra la esclerosis dogmática a la que está expuesta incessantemente toda teoría, aplicada por hombres que han crecido en el capitalismo con una conciencia reificada. El peligro es tanto mayor por cuanto este mismo medio capitalista, que produce dicha esquematización de la conciencia, reviste constantemente formas nuevas en su estado actual de crisis, se

halla cada vez más fuera del alcance de una apreciación esquemática. Lo que hoy es exacto, mañana puede ser falso. Lo que con determinada intensidad es saludable, puede, con un grado mayor o menor, tener funestas consecuencias. "Pero basta dar, dice Lenin, un pequeño paso más allá —aunque parezca efectuado en la misma dirección— para que esta verdad se convierte en un error".<sup>28</sup>

La lucha contra los efectos de la conciencia reificada constituye ella misma un proceso de largo aliento, que exige luchas encarnizadas en las que no hay que detenerse ni en una forma determinada de tales efectos ni en los contenidos de los fenómenos determinados. La dominación de la conciencia reificada sobre los hombres de hoy, actúa justamente en tales direcciones. Si la reificación es superada en un punto, inmediatamente surge el peligro de que el nivel de conciencia de esa superación se fije en una nueva forma, igualmente reificada. Si para los obreros que viven bajo el capitalismo se trata de superar la ilusión según la cual las formas económicas y jurídicas de la sociedad burguesa constituyen el medio "eterno", "razonable", "natural", del hombre, se trata entonces de romper el respeto excesivo que sienten hacia su medio social habitual, el "orgullo comunista" como lo llamó Lenin, que nace también, puede ello ocurrir, después de la toma del poder, después del derrocamiento de la burguesía en la lucha de clases abierta, y que se vuelve tan peligroso como lo fue antes la pusilanimidad menchevique frente a la burguesía. En completa oposición a las teorías oportunistas, el materialismo histórico, concebido de manera correcta por los comunistas, parte del hecho de que la evolución social produce continuamente *nuevos elementos* en sentido cualitativo.<sup>29</sup> Es por ello que toda organización comunista debe adoptar el criterio de reforzar permanentemente su propia sensibilidad con respecto a la nueva forma de aparición de los fenómenos y su capacidad de *aprender* en todos los momentos de la evolución. Ella debe impedir que las armas con las que ayer se obtuvo una victoria, al esclerosarse, se convierten hoy en un obstáculo para las luchas ulteriores. "Debemos instruirnos junto al empleado" dice Lenin en el discurso arriba citado sobre las tareas de los comunistas en

la Nueva Política Económica.

Flexibilidad, capacidad de transformación y de adaptación de la táctica y organización severa no son más que los dos aspectos de una sola y misma cosa. Sin embargo, este sentido más profundo de la forma de organización comunista es raramente comprendido en todos sus alcances, aún en los medios comunistas, a pesar de que de su aplicación correcta depende no sólo la posibilidad de una acción correcta, sino también la capacidad de desarrollo interno del Partido. Lenin insiste obstinadamente en el rechazo de todo utopismo en lo que concierne al material humano con el cual debe ser hecha y conducida a la victoria la revolución: este material se compone necesariamente de hombres que han sido educados en la sociedad capitalista y corrompidos por ella. No obstante, el rechazo de las esperanzas y de las ilusiones utópicas no significa de ningún modo que haya que detenerse de manera fatalista en el reconocimiento de este estado de cosas. Puesto que sería una ilusión utópica confiar en una transformación interna de los hombres mientras permanezca el capitalismo, sólo es necesario buscar y encontrar *las disposiciones y las garantías organizativas* aptas para contrarrestar las consecuencias corruptoras de esta situación, para corregirlos tan pronto hagan su aparición inevitable y para eliminar los tumores que hayan surgido. El dogmatismo teórico no es más que un caso especial de estos fenómenos de esclerosis a los que están expuestos continuamente en el medio capitalista todo hombre y toda organización. La reificación capitalista de la conciencia <sup>30</sup> provoca a la vez una super-individualización y una cosificación mecanicista de los hombres. La división del trabajo, al no reposar sobre los caracteres humanos propios, petrifica esquemáticamente a los hombres en sus actividades, los convierte en autómatas de sus ocupaciones, en simples rutinarios. Pero además, exagera al mismo tiempo su conciencia individual, la cual, a raíz de la imposibilidad de encontrar en la misma actividad la satisfacción y la expresión vital de la personalidad, se ha vuelto vacía y abstracta, y la arrastra a un egoísmo brutal, codicioso y ávido de honores. Estas tendencias necesariamente continúan actuando también en el partido comunista, quien jamás pretendió]

metamorfosarse interiormente mediante un milagro a los hombres que forman parte de él. Más aún si tenemos en cuenta que la necesidad de acciones consecuentes impone a todo partido comunista una división del trabajo efectiva e intensa, que necesariamente encierra en sí misma los peligros de esclerosis, de burocratización, de corrupción, etc.

La vida interior del partido es un combate incesante contra la herencia capitalista. El medio de lucha decisivo en el plano de la organización no puede ser otro que el de lograr que los miembros tomen parte en la actividad del partido *con la totalidad de su personalidad*. La función en el partido, por más que sea ejercida con una probidad y una dedicación íntegra, sigue siendo únicamente un empleo a menos que la actividad del conjunto de los miembros se relacione de todas las maneras posibles con el trabajo del partido, y si además existe, en la medida de las posibilidades efectivas, una constante rotación en esta actividad, de manera que los miembros puedan alcanzar una relación viva con la totalidad de la vida del partido y con la revolución, puedan dejar de ser simples especialistas sometidos necesariamente a los peligros de una esclerosis interior<sup>31</sup> Nos encontramos aquí nuevamente con la unidad indisoluble de la táctica y de la organización. Toda jerarquía de funcionarios, absolutamente inevitable en el partido en el estado de lucha, debe reposar sobre la adaptación de un tipo determinado de talentos a las exigencias efectivas de una fase determinada de la lucha. Sin embargo, si el desarrollo de la revolución supera esta fase, sería completamente insuficiente un simple cambio de táctica y hasta un cambio de las formas de organización (por ejemplo, el paso de la ilegalidad a la legalidad) para que se opere una transformación real con vistas a una acción en adelante correcta. Es necesario que se produzca al mismo tiempo una transformación de la jerarquía de funcionarios en el partido; la elección de las personas debe adaptarse exactamente a las nuevas formas de lucha.<sup>32</sup> Es evidente que esto no puede ser llevado a cabo sin "errores" ni sin crisis. El partido comunista sería una isla bienaventurada, fantástica y utópica, en el océano del capitalismo, si su desarrollo no estuviese constantemente expuesto a estos peligros. Lo realmente nuevo en su organi-

zación es sólo el hecho de que el partido lucha contra este peligro interno, bajo una forma consciente y cada vez más consciente.

Si cada militante se entrega de este modo con toda su personalidad, con toda su existencia, a la vida de partido, es el mismo principio de la centralización y de la disciplina el que debe velar por la interacción viva entre la voluntad de los miembros y la voluntad de la dirección del partido, por la expresión de la voluntad y de los deseos, de las iniciativas y de la crítica de los miembros frente a la dirección. Justamente porque toda resolución del partido debe traducirse en las acciones del conjunto de sus miembros, porque de toda consigna deben resultar actos de miembros individuales en los que éstos comprometen toda su existencia física y moral, no sólo con su crítica haciendo valer sus experiencias, sus reservas, etc. Si el partido está constituido por una simple jerarquía de funcionarios aislados de la masa de miembros ordinarios y frente a cuyas acciones le está reservado a la masa el mero papel de espectador cotidiano, si la actividad del partido como conjunto es solamente ocasional, esto suscita entre los miembros una cierta indiferencia donde se mezclan una confianza ciega y la apatía con respecto a las acciones cotidianas del partido. Su crítica en el mejor de los casos puede ser una crítica *a posteriori* (en los congresos, etc.) que raramente ejerce una influencia determinante sobre la orientación real de las actividades futuras. Por el contrario, la participación activa de todos los miembros en la vida cotidiana del partido, la necesidad de comprometerse con la totalidad de su personalidad en toda acción de partido, es el único medio para obligar a la dirección del partido a hacer que sus resoluciones sean realmente comprensibles para los miembros, a vencerlos del acierto de éstas, puesto que no podrían ser ejecutadas correctamente de otro modo. (Cuanto más organizado esté el partido en cada una de sus partes, más importantes serán las funciones de cada miembro —por ejemplo, como miembro de una fracción sindical— y tanto mayor será esa necesidad). Por otra parte, estas discusiones deben conducir, desde antes pero también durante la acción, a esta interacción viva entre la voluntad del conjunto del partido

y la del aparato central; ellas deben influenciar el pasaje efectivo de la resolución a la acción, modificándola, y corrigiéndola (aquí también esta interacción es tanto mayor cuanto más avanzada es la centralización y la disciplina). Más profundamente se imponen estas tendencias, más tiende a desaparecer la oposición abrupta y sin transiciones —heredada de la estructura de los partidos burgueses— entre el jefe y las masas; y el cambio en la jerarquía de los funcionarios contribuye a ese proceso. La crítica *a posteriori*, provisoriamente inevitable todavía, se transforma siempre más en un intercambio de experiencias *concretas y generales*, tácticas y organizativas, que desde ese momento se vuelcan cada vez más hacia el futuro. La libertad es, como lo ha reconocido ya la filosofía clásica alemana, una cosa práctica, una actividad. Sólo cuando se convierte en un mundo de actividad para cada uno de sus miembros el partido comunista puede superar realmente el rol de espectador del hombre burgués frente a la necesidad de un devenir incomprendido, al igual que su forma ideológica: la libertad formal de la democracia burguesa. La separación de los derechos y de los deberes sólo es posible cuando hay separación entre los jefes activos y la masa pasiva, cuando los dirigentes actúan en lugar de las masas y *por* ellas, vale decir, cuando las masas tienen una actitud contemplativa y fatalista. La verdadera democracia, la supresión de la separación entre derechos y deberes, no es sin embargo una libertad formal, es una *actividad* íntimamente solidaria y coherente de los miembros de una voluntad de conjunto.

El problema de la “depuración” del partido, tan calumniado y denigrado, no es más que el aspecto negativo del mismo problema. En este punto, como en todas las cuestiones, fue necesario recorrer el camino que va de la utopía a la realidad. Es así, por ejemplo, que la exigencia formulada en las 21 condiciones del II Congreso y según la cual todo partido legal debería proceder de vez en cuando a tales depuraciones, se reveló como una exigencia utópica, incompatible con la fase de desarrollo de los partidos de masas en formación en Europa (el III Congreso se expresó además con muchas más reservas sobre esta cuestión). A pesar de todo, no era

un "error" plantear esta condición pues caracteriza clara y netamente la *dirección* que debe tomar la evolución interna del partido comunista, aunque las circunstancias históricas determinen la *forma* bajo la cual será aplicado este principio. Precisamente porque el problema de organización es el problema intelectual más profundo del desarrollo revolucionario, era absolutamente necesario llevar tales cuestiones a la conciencia de la vanguardia revolucionaria, aunque momentáneamente no hubiera posibilidad alguna de realización práctica. La evolución del partido ruso muestra sin embargo de manera elocuente el significado práctico de esta cuestión, no sólo —como deriva nuevamente de la unidad indisoluble de la táctica y de la organización— para la vida interna del mismo partido, sino también para sus relaciones con las vastas masas de los trabajadores. La depuración del partido se hizo en Rusia de maneras muy diversas según las distintas etapas de la evolución. En la última, que se realizó en otoño del año pasado, se introdujo a menudo el principio extremadamente interesante y significativo de la utilización de las experiencias y de los juicios de los obreros y de los campesinos sin partido: estas masas fueron asociadas al trabajo de depuración del partido. Esto no quiere decir que el partido acepte en el presente de manera ciega todo juicio de esas masas, pero sus iniciativas y sus rechazos fueron ampliamente considerados para eliminar los elementos corrompidos, burocratizados, extraños a las masas, poco seguros desde el punto de vista revolucionario.<sup>33</sup>

Este asunto interno y bastante íntimo de su vida muestra así, en una etapa avanzada del partido comunista, la ligazón interna y muy íntima entre partido y clase. Muestra cómo la separación organizativa operada entre la vanguardia consciente y las amplias masas no es más que un momento en el proceso unitario, pero dialéctico de la evolución de toda la clase, de la evolución de su conciencia. Al mismo tiempo, muestra que cuanto más clara y enérgicamente este proceso mediatiza las necesidades del momento dada su significación histórica, más clara y enérgicamente engloba también al miembro individual del partido en su actividad como individuo, lo utiliza, lo orienta en su desarrollo y lo juzga. Del mismo

modo que el partido, en tanto que totalidad, supera las distinciones reificadas de naciones, profesiones, etc., y de formas de aparición de la vida (economía y política) por su acción dirigida hacia la unidad y la cohesión revolucionarias, para crear la verdadera unidad de la clase proletaria, del mismo modo y debido precisamente a su organización severa, debido a la disciplina de hierro que de ella resulta y a su exigencia de un compromiso total de la personalidad, el partido rompe en cada miembro individual las envolturas reificadas que en la sociedad capitalista obnubilan la conciencia del individuo. Es una empresa de vasto aliento y nosotros apenas estamos en el comienzo; pero esto no puede ni debe impedir que nos esforcemos en reconocer, con la claridad actualmente posible, el *principio* que aparece aquí, la aproximación al "reino de la libertad" como una exigencia para el obrero que tiene una conciencia de clase. Precisamente porque la formación del partido comunista no puede ser sino la obra conscientemente realizada de los obreros que tienen conciencia de clase, todo paso en la dirección de un conocimiento justo es al mismo tiempo un paso hacia la realización de ese reino.

Setiembre de 1922.



## Georg Lukacs Legalidad e ilegalidad

La teoría materialista que afirma que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación y, en consecuencia, de que los hombres modificados son producto de otras circunstancias y de una educación distinta, olvida que son precisamente los hombres quienes modifican las circunstancias y que el propio educador debe ser a su vez educado.

MARX, *Tesis sobre Feuerbach*

Para el estudio de la legalidad y de la ilegalidad en las luchas de clase del proletariado, como de toda cuestión relativa a las formas de acción, las motivaciones y tendencias que se manifiestan son más importantes y reveladoras que los hechos en sí. El simple hecho de que una fracción del movimiento obrero sea legal o ilegal depende, en efecto, de tantas "casualidades" históricas que su análisis no siempre permite extraer conclusiones de principio. No hay partido, por más oportunista o aún social-traidor que sea, que no pueda ser llevado por las circunstancias a la ilegalidad. Por el contrario, se pueden concebir perfectamente condiciones en las cuales el partido comunista más revolucionario y más enemigo de los compromisos podría temporariamente trabajar de forma casi totalmente legal. Ya que ese criterio distintivo no es suficiente, es necesario abordar el análisis de las motivaciones de una táctica legal o ilegal. Tampoco aquí debe uno atenerse a la simple constatación abstracta de los motivos subjetivamente considerados. Si el aferrarse a *cualquier precio* a la lega-

principalmente política. Una revolución política no hace más que consagrar un estado económico social que se ha impuesto ya, al menos parcialmente, en la realidad económica. La revolución coloca el nuevo derecho “justo” y “equitativo” en lugar del antiguo orden jurídico sentido como “injusto”. El medio social de la vida no sufre ninguna transformación radical. (Los historiadores conservadores de la gran Revolución Francesa destacan dicha permanencia relativa del estado “social” durante este período). Por el contrario, la revolución social apunta justamente a cambiar ese medio, y todo cambio en ese dominio es tan profundamente contrario a los instintos del hombre medio que ve allí una amenaza catastrófica contra *la vida en general*, una fuerza natural ciega, semejante a una inundación o a un temblor de tierra. Sin poder comprender la esencia del proceso, dirige su lucha contra las *manifestaciones inmediatas* que amenazan su existencia habitual: es una defensa ciega y desesperada. Al comienzo de la evolución capitalista, los proletarios educados como pequeños burgueses se alzaron contra la fábrica y las máquinas; la doctrina de Proudhon puede ser igualmente considerada como un eco de esta defensa desesperada del antiguo medio social habitual.

Se comprende aquí particularmente bien el carácter revolucionario del marxismo. El marxismo es la teoría de la revolución porque determina la esencia del proceso (en oposición a los síntomas y las manifestaciones exteriores), porque muestra su tendencia decisiva, orientada hacia el porvenir (en oposición a los fenómenos efímeros). Es lo que convierte al mismo tiempo la expresión ideológica de la clase proletaria en camino de emancipación. Esta liberación se realiza primeramente bajo la forma de sublevaciones efectivas contra las manifestaciones más opresivas del orden económico capitalista y de su Estado. Aislados en sí mismo y no pudiendo nunca, aún en caso de éxito, salir decididamente victoriosos, estos combates sólo pueden ser realmente revolucionarios por la *conciencia* de su mutua relación y de su relación con el proceso que aproxima sin demora el fin del capitalismo. Cuando el joven Marx se fijó como programa la “reforma de la conciencia”, se anticipó a la esencia de su actividad ulterior. Su concepción no es utópica pues parte de un proceso

que se desarrolla efectivamente y no quiere plantear frente a él "ideales" sino extraer su sentido implícito; ella debe, al mismo tiempo, superar esos datos efectivos y colocar la conciencia del proletariado frente al conocimiento de la esencia y no frente a la experiencia de los datos inmediatos. "La reforma de la conciencia, dice Marx, consiste únicamente en dar a su propio sujeto, *en explicarle sus propias acciones*. . . dar al mundo conciencia de su conciencia, en despertarlo del sueño en el que sumergió a su propio sujeto, *en explicarle sus propias acciones*. . . Parecerá entonces que desde hace largo tiempo el mundo posee el sueño de una cosa, de la cual debe ahora poseer la conciencia para realmente poseerla".<sup>1</sup>

Esta reforma de la conciencia es el proceso revolucionario mismo. Este advenimiento a la conciencia sólo puede producirse en el proletariado muy lentamente, a través de duras y prolongadas crisis. Aunque en la doctrina de Marx han sido extraídas todas las consecuencias teóricas y prácticas de la situación de clase del proletariado (si bien ellas no se han vuelto históricamente "actuales"), aunque todas estas enseñanzas no son utopías extrañas a la historia sino conocimientos relativos al proceso histórico, todo esto no implica de modo alguno que el proletariado —aún cuando sus acciones particulares correspondan a esta doctrina— haya tomado conciencia de la liberación realizada por la doctrina de Marx.

En otra parte<sup>2</sup> hemos llamado la atención sobre ese proceso y subrayado que el proletariado puede tener conciencia de la necesidad de su lucha económica contra el capitalismo aunque esté todavía enteramente bajo la influencia del Estado capitalista. La prueba de esto es el olvido completo en que ha caído la crítica del Estado realizada por Marx y Engels. Así, los teóricos más importantes de la Segunda Internacional han considerado al Estado capitalista como "el" Estado y concibieron su lucha contra él como "oposición" (ésto aparece claramente en la polémica Pannekoek-Kautsky en 1912). La actitud de "oposición" significa, en efecto, que *en lo esencial el orden establecido es aceptado como fundamento inmutable* y que los esfuerzos de la "oposición" están dirigidos a obtener lo más posible para la clase obrera *dentro* de los límites del orden establecido.

Sólo los insensatos, ignorantes del mundo, habrían podido

letaria que se identifica con el conocimiento y la expresión de la orientación, con la tendencia y el sentido del proceso social, y, en nombre de este proceso, dirige la acción hacia el presente. La tarea es más difícil. Así como el astrónomo, a pesar de sus concepciones copernicanas, conserva la impresión sensible de que el sol "se levanta", así también el análisis marxista más radical del Estado capitalista no puede nunca suprimir la realidad empírica de éste y no lo debe hacer. La teoría marxista debe colocar al proletariado en una actitud espiritual singular. El Estado capitalista debe presentarse a su reflexión como el momento de una evolución histórica: no constituye de ninguna manera "el medio natural del hombre" sino simplemente un hecho real, cuyo poder efectivo está por verse, sin pretender determinar interiormente nuestra acción. La validez del Estado y del derecho debe ser tratada como una realidad puramente empírica. Así, por ejemplo, en un barco a vela, el marinero debe prestar atención a la dirección exacta del viento, sin por ello dejarle el cuidado de determinar la ruta a seguir sino, por el contrario, para mantener, afrontando y utilizando el viento, el rumbo originalmente fijado. Esta *independencia de espíritu*, que el hombre ha adquirido progresivamente en el transcurso de una larga evolución histórica, con relación a las fuerzas adversas de la naturaleza, le falta hoy al proletariado en relación a los fenómenos de la vida social, lo cual es muy comprensible. Por más brutalmente materiales que sean por lo común en los casos particulares las medidas coercitivas de la sociedad, ello no impide que *el poder de toda sociedad sea esencialmente un poder espiritual*, del cual sólo el conocimiento puede liberarnos; pero no un conocimiento simplemente abstracto y puramente cerebral (muchos "socialistas" poseen tal conocimiento) sino un conocimiento hecho de carne y sangre, es decir, según la expresión de Marx, una "actividad práctico-crítica".

La actualidad de la crisis del capitalismo hace posible y necesario ese conocimiento. Como consecuencia de la crisis, la vida misma cuestiona el medio social habitual y nos hace percibir y experimentar su carácter problemático y es debido a ello que tal conocimiento es posible. Además, el poder

efectivo de la sociedad capitalista está tan subvertido que no estaría en condiciones de imponerse por la violencia si el proletariado le opone consciente y resueltamente su propio poder; por esto dicho conocimiento se torna decisivo y en consecuencia necesario para la revolución. El obstáculo a esa acción es de naturaleza puramente ideológica. En medio de la crisis mortal del capitalismo, grandes capas del proletariado experimentan todavía el sentimiento de que el Estado, el derecho y la economía de la burguesía con el único medio posible de su existencia: a sus ojos, si bien puede introducirle múltiples mejoras ("organización de la producción") constituye sin embargo la base "natural" de "la" sociedad.

Esa es la concepción del mundo que está en la base de la legalidad. No implica siempre una traición consciente ni tampoco un compromiso consciente. Es más bien la actitud natural e instintiva hacia el Estado, formación que aparece ante el hombre como el único punto fijo en medio del caos de los fenómenos. Esta concepción del mundo debe ser superada si el partido comunista quiere proporcionar una base sana a su táctica legal e ilegal. El romanticismo de la ilegalidad, con el que comienza todo movimiento revolucionario se eleva muy raramente, por efectos de la lucidez, por encima del nivel de la legalidad oportunista. Como todas las tendencias aspiran al golpe de Estado, sobreestima considerablemente el poder efectivo que posee la sociedad capitalista misma en su período de crisis; esto puede volverse muy peligroso pero no es sino el síntoma del mal que sufre siempre esta tendencia, o sea la falta de independencia del espíritu con respecto al Estado como simple factor de poder, lo que en definitiva tiene su origen en la incapacidad de actualizar las relaciones que acabamos de analizar. En efecto, atribuyendo a los métodos y a los medios ilegales de lucha una cierta aureola, dándoles el acento de una "autenticidad" revolucionaria particular, se reconoce un cierto valor y no una simple realidad empírica a la legalidad del Estado existente. La indignación contra la ley *en tanto que ley*, la preferencia acordada a ciertas acciones *a causa* de su ilegalidad, significan que, a los ojos del que actúa de esta manera, el derecho ha conservado al menos su carácter esencial de valor y de obligación.

Si la total independencia de espíritu comunista con respecto al derecho y al Estado está presente, entonces la ley y sus consecuencias calculables no tienen ni más ni menos importancia que cualquier otro hecho de la vida exterior con el que se debe contar cuando se aprecian las posibilidades de ejecutar una tarea determinada. El riesgo de transgredir las leyes no debe pues revestir otro carácter que, por ejemplo, el riesgo de perder una combinación de tren en circunstancias de un viaje importante. Si no ocurre así y se asigna patética preferencia a la transgresión de la ley, es la prueba de que el derecho ha conservado su valor (aunque caracterizado por un signo inverso) y que la verdadera emancipación todavía no se ha realizado pues el derecho está aún en condiciones de influenciar *interinamente* a la acción. En un primer momento la distinción quizás parecerá artificial, pero hay que reflexionar sobre la facilidad con que partidos típicamente ilegales, como por ejemplo el de los Socialistas Revolucionarios rusos, reencontraron el camino de la burguesía. Si se estudia la dependencia ideológica de esos "héroes de la ilegalidad" en relación a los conceptos jurídicos burgueses, tal como ha sido develada por las primeras acciones ilegales verdaderamente revolucionarias —las que no eran transgresiones románticamente heroicas de leyes particulares sino el rechazo y la destrucción de todo el orden jurídico burgués—, entonces se ve que no se trata de un formalismo abstracto y vacío sino de la descripción de una situación real. Boris Savinkov lucha hoy en el campo de la Polonia blanca contra la Rusia revolucionaria; pero él no sólo fue el célebre organizador de casi todos los grandes atentados en épocas del zarismo, sino también uno de los primeros teóricos del romanticismo de la ilegalidad.

En consecuencia, el problema de la legalidad o de la ilegalidad para el partido comunista se reduce a *una cuestión puramente teórica* y, más aún, a una cuestión de táctica momentánea para la cual no pueden ser impartidas directivas generales ya que la decisión debe depender por entero de la *utilidad momentánea*. Es en esta toma de posición sin principios donde reside la única manera de negar prácticamente por principio la validez del orden jurídico burgués. No son

sólo motivos de oportunidad los que prescriben esta táctica a los comunistas, dado que ella puede así adquirir mayor flexibilidad de adaptación en la elección de los métodos necesarios en un momento dado y que los medios legales e ilegales deben alternar sin cesar o aún ser empleados simultáneamente en los mismos asuntos para combatir a la burguesía de una manera verdaderamente eficaz. Esta táctica debe también ser empleada para que el proletariado haga su propia educación revolucionaria. El proletariado no puede liberarse de su dependencia ideológica de las formas de vida que el capitalismo ha creado a menos que aprenda a actuar de manera tal que esas formas —devenidas indiferentes en tanto que motivaciones— no estén más en condiciones de influenciar interiormente su acción. El odio hacia estas formas y su deseo de aniquilarlas no decrecerá. Por el contrario, a los ojos del proletariado, sólo ese desapego interior puede conferir al orden social capitalista el carácter de obstáculo execrable para una sana evolución de la humanidad —el carácter de un obstáculo destinado a morir pero también mortalmente peligroso—, lo cual es absolutamente necesario para que el proletariado tenga una actitud consciente y perdurablemente revolucionaria. Esta educación del proletariado por sí mismo es un proceso largo y difícil que lo transforma en “maduro” para la revolución; dura mucho más en un país donde el capitalismo y la cultura burguesa han alcanzado un grado elevado de evolución y donde, por consiguiente, el proletariado ha sido alcanzado por el contagio de las formas de vida capitalistas.

La necesidad de determinar las formas oportunas de la acción revolucionaria coincide felizmente con las exigencias de ese trabajo de educación, y esto no es casual. Cuando por ejemplo las tesis adicionales adoptadas en el Segundo Congreso de la III Internacional, con respecto al parlamentarismo, afirman la necesidad de una total subordinación del grupo parlamentario al Comité central (eventualmente ilegal) del partido, esto no es sólo una consecuencia de la necesidad absoluta de unificar la acción sino que contribuye también a aminorar sensiblemente en la conciencia de grandes masas proletarias el prestigio del Parlamento (prestigio que está en la base de la autonomía del grupo parlamentario, fortaleza

del oportunismo). Lo que, por ejemplo, demuestra la necesidad de esta medida es el hecho de que *reconociendo interiormente* tales instituciones, el proletariado inglés ha dirigido constantemente su acción hacia vías oportunistas. Tanto la esterilidad que caracteriza el empleo exclusivo de "la acción directa" antiparlamentaria como la esterilidad de las discusiones sobre las ventajas de uno u otro método demuestran que los dos son por igual, aunque bajo formas opuestas, prisioneros de prejuicios burgueses.

Si es necesario emplear simultánea y alternativamente los medios legales e ilegales, es porque ello es lo único que permite descubrir, bajo la máscara del orden jurídico, el aparato de represión brutal al servicio de la opresión capitalista, descubrimiento que es la condición de una franca actitud revolucionaria frente al derecho y al Estado. El hecho de que uno de los dos métodos sea empleado con exclusividad o de que simplemente predomine, podrá ocurrir sólo en ciertos sectores, y la burguesía conservará la posibilidad de mantener su orden jurídico, en tanto que derecho, en las conciencias de las masas. Uno de los fines principales de la actividad de todo partido comunista es obligar al gobierno de su propio país a violar su propio orden jurídico y al partido legal de los social-traidores a apoyar abiertamente esta "violación del derecho". En ciertos casos y sobre todo cuando los prejuicios nacionalistas oscurecen la visión del proletariado, esta "violación del derecho" puede ser ventajosa para el gobierno capitalista pero es también cada vez más peligrosa a medida que el proletariado comience a reagrupar sus fuerzas para la lucha decisiva. De aquí, es decir, de la prudencia reflexiva de los opresores, nacen las ilusiones perniciosas sobre la democracia y el pasaje pacífico al socialismo, y esas ilusiones son fortalecidas por el legalismo a cualquier precio de los oportunistas, el cual, inversamente, permite a la clase dominante adoptar su actitud de prudencia. Sólo una táctica realista y lúcida, que emplea alternativamente todos los medios legales e ilegales, dejándose guiar únicamente por la consideración del fin, podrá conducir por buen camino esta empresa de educación del proletariado.

La lucha por el poder podrá comenzar esta educación pero no acabarla. El carácter necesariamente "prematureo" de la toma del poder, reconocido hace ya muchos años por Rosa Luxemburg, se manifiesta sobre todo en el dominio ideológico. Muchas características de toda dictadura del proletariado en sus comienzos son claramente explicables por el hecho de que *el proletariado está obligado a apoderarse del poder en una época y en un estado espiritual tales que él siente todavía el orden social burgués como un orden verdaderamente legal*. Como todo orden jurídico, el del gobierno de los Consejos está fundamentado en su reconocimiento como orden legal por sectores de la población lo suficientemente grandes como para no estar obligado a recurrir a la violencia más que en casos particulares. Así, en primer lugar, es evidente que en ningún caso el proletariado podrá contar desde el comienzo con este reconocimiento por parte de la burguesía. Una clase habituada tradicionalmente desde hace tantas generaciones a mandar y a gozar de privilegios, nunca podrá habituarse satisfactoriamente al hecho brutal de una derrota y soportar pacientemente sin más el nuevo orden de cosas. En primer lugar, debe ser *quebrada ideológicamente* antes de ponerse voluntariamente al servicio de la nueva sociedad y de ver en sus leyes un orden jurídico y legal y no simplemente la realidad brutal de una relación provisoria de fuerzas que, el día de mañana, puede ser subvertida. Es inútil creer que esta resistencia, que se manifiesta bajo forma de contrarrevolución abierta o de sabotaje latente, podría solucionarse con algún tipo de concesiones. El ejemplo de la República de los Consejos húngaros demuestra que todas esas concesiones, que en esa circunstancia eran también sin excepción concesiones a la social-democracia, refuerzan la conciencia que tienen las viejas clases reinantes de su poder, postergan y aún hacen imposible su aceptación del predominio del proletariado. Pero ese rechazo del poder de los Soviets tiene consecuencias aún más catastróficas sobre el comportamiento de los grandes sectores pequeño-burgueses ya que el Estado aparece efectivamente a sus ojos como el Es-

tado en general, el Estado a secas, como entidad revestida de una majestuosidad abstracta. En esas condiciones, presuponiendo una política económica hábil que esté en condiciones de neutralizar ciertos sectores particulares de la pequeña burguesía, depende del proletariado investir o no a su Estado de una autoridad tal que tenga, además de fe en la autoridad, propensión a la sumisión voluntaria a "el" Estado difundida en todos esos sectores. Las vacilaciones del proletariado, su falta de fe en su propia vocación de dirigir, pueden así arrojar a esos sectores pequeño-burgueses en brazos de la burguesía y de la contrarrevolución abierta.

Bajo la dictadura del proletariado, la relación entre legalidad e ilegalidad cambia de función debido a que la vieja legalidad se torna ilegalidad e inversamente, pero ese cambio puede a lo sumo acelerar un poco el proceso de emancipación ideológico comenzado bajo el capitalismo pero no puede concluirlo de golpe. Así como una derrota no puede hacer perder a la burguesía el sentimiento de su propia legalidad, del mismo modo el sólo hecho de una victoria no puede elevar el proletariado a la conciencia de su propia legalidad. Esta conciencia, que sólo puede madurar muy lentamente en la época del capitalismo, terminará poco a poco su proceso de maduración durante la dictadura del proletariado. Los primeros tiempos aportarán múltiples trabas a este proceso. Sólo después de la toma del poder el proletariado se familiariza con la obra intelectual que el capitalismo ha edificado y salvaguardado. Adquiere entonces no sólo una comprensión mucho mayor de la cultura de la sociedad burguesa sino que también grandes sectores proletarios toman conciencia del trabajo intelectual que exige la conducción de la economía y del Estado. A esto hay que agregar que el proletariado, falto en muchos casos de experiencia práctica y de tradiciones en el ejercicio de una actividad independiente y responsable, experimenta frecuentemente la necesidad de tal actividad más como un peso que como una liberación. En resumen, los hábitos de vida pequeño-burgueses, y frecuentemente ya burgueses, de los sectores proletarios que ocupan gran parte de los puestos dirigentes hacen aparecer como extraño y casi hostil el aspecto precisamente nuevo de la nueva sociedad.

Todos estos obstáculos serían anodinos y podría ser fácilmente superados si la burguesía no se mostrara, por lo menos durante el tiempo que debe luchar contra el naciente Estado proletario, mucho más madura y evolucionada que el proletariado. Para ella, el problema ideológico de la legalidad y de la ilegalidad ha sufrido un cambio de función equivalente. La burguesía considera el orden jurídico del proletariado como ilegal con la misma naturalidad y seguridad con que afirma su propio orden jurídico como legal. Nosotros exigimos del proletariado que lucha por el poder que no vea en el Estado de la burguesía más que una simple realidad, un simple factor de poder; es eso lo que actualmente hace la burguesía de manera instintiva. A pesar de la conquista del poder del Estado, la lucha sigue siendo desigual para el proletariado hasta tanto no adquiera precisamente la misma seguridad de que sólo su orden jurídico es legal. Sin embargo, esta evolución está gravemente obstaculizada por el estado de espíritu causado al proletariado por la educación de los oportunistas durante su proceso de liberación. Como el proletariado se ha habituado a ver las instituciones del capitalismo aureoladas de legalidad, le es difícil no hacer lo mismo con los vestigios que aún quedan. Luego de la toma del poder, el proletariado permanece todavía intelectualmente prisionero de los límites trazados por la evolución capitalista. Esto se manifiesta por una parte en que deja intactas cosas que debería liquidar totalmente y, por otra parte, en que no destruye ni construye con la seguridad del legítimo soberano sino, alternativamente, con la vacilación y el apresuramiento del usurpador que en sus pensamientos, en sus sentimientos y en sus determinaciones, anticipa interiormente una inevitable restauración del capitalismo.

No pienso aquí solamente en el sabotaje, más o menos abiertamente contrarrevolucionario, de la socialización por parte de la burocracia sindical durante toda la dictadura de los Consejos húngaros, sabotaje cuya finalidad era el restablecimiento del capitalismo con el menor número posible de fricciones. Tan frecuentemente evocada, la corrupción de los Soviets tiene igualmente aquí una de sus fuentes principales. Tiene su origen, en parte, en la mentalidad de numerosos

funcionarios de los soviets que, también ellos, esperaban interiormente el retorno del capitalismo "legítimo" y por consiguiente pensaban constantemente en la manera en que podrían eventualmente justificar sus acciones; en parte, por el hecho de que muchos de los que participaban en actividades necesariamente "ilegales" (contrabando, propaganda en el extranjero) no llegaban a comprender intelectual y sobre todo moralmente que, desde el punto de vista decisivo, o sea el del Estado proletario, su actividad era tan legal como cualquier otra. En hombres moralmente inseguros, esa falta de claridad se traducía en corrupción abierta; en más de un revolucionario honesto, se manifestaba por una exageración romántica de la "ilegalidad", una búsqueda inútil de las posibilidades "ilegales", *la ausencia del sentimiento de que la revolución era legítima* y que tenía el derecho de crear su propio orden jurídico.

Durante la dictadura del proletariado, el sentimiento y la conciencia de la legitimidad deben ocupar el lugar de la independencia de espíritu con respecto al orden burgués, exigencia de la etapa anterior a la revolución. Pero, a pesar de esta metamorfosis, la evolución conserva, *en cuanto evolución de la conciencia de clase proletaria, su unidad y su dirección en línea recta*. Esta aparece en forma muy clara en la política exterior de los Estados proletarios, los cuales, frente a las potencias capitalistas, deben —con medios sólo en parte diferentes— llevar la misma lucha que en tiempos en que preparaban la toma del poder en su propio Estado. Las negociaciones de paz de Brest-Litovsk han testimoniado brillantemente el alto nivel y la madurez de la conciencia de clase en el proletariado ruso. Aunque hayan negociado con el imperialismo alemán, los representantes rusos han reconocido sin embargo a sus hermanos oprimidos del mundo entero como a sus verdaderos compañeros legítimos alrededor de la mesa de negociaciones. Aunque Lenin apreció la efectiva relación de fuerzas con la más alta inteligencia y la lucidez más realista, dejó constantemente a sus negociadores hablar al proletariado mundial y, en primer lugar, al proletariado de las potencias centrales. Su política exterior no era tanto una negociación entre Rusia y Alemania sino un estímulo a la

revolución proletaria, a la toma de conciencia revolucionaria en los países de Europa central. Por más grandes que hayan sido los cambios de la política interior y exterior del gobierno de los Consejos, por más estrecha que haya sido constantemente la adaptación de esta política a las relaciones reales de fuerza, el principio de la legitimidad de su propio poder ha quedado como un punto fijo en esta evolución; de esta forma, fue también el principio del despertar de la conciencia revolucionaria de clase del proletariado mundial. Es por eso que el problema del reconocimiento de la Rusia soviética por los Estados burgueses no debe estar ligado únicamente a la consideración de las ventajas que Rusia pueda conseguir de ello sino también al principio del reconocimiento por la burguesía de la legitimidad de la revolución proletaria realizada. Según las circunstancias en las cuales se efectúe, este reconocimiento varía de significación. Su efecto sobre los elementos vacilantes de las clases pequeño-burguesas en Rusia y sobre los elementos vacilantes del proletariado mundial es el mismo en lo esencial: la consagración de la legitimidad de la revolución proletaria. Esos elementos tienen necesidad de esta sanción para tener el sentimiento de la legalidad de las instituciones estatales de la República de los Consejos. Los diversos medios de la política rusa —el aniquilamiento implacable de la contrarrevolución, la actitud valiente frente a las potencias victoriosas (ante las cuales Rusia nunca adoptó, como lo hizo la Alemania burguesa, el tono de un vencido), el apoyo prestado abiertamente a los movimientos revolucionarios, etc.— sirven al mismo fin. Provocan el despedazamiento de ciertos sectores del frente contrarrevolucionario interior y lo hacen inclinarse ante la legitimidad de la revolución. Dan a la revolución una conciencia de sí, que refuerza el conocimiento que ella tiene de su propia fuerza y de su propia dignidad.

La madurez ideológica del proletariado ruso aparece precisamente en los aspectos de la revolución que son, a los ojos de los oportunistas occidentales y de sus adoradores de Europa Central, signos de su carácter atrasado: el aplastamiento claro y sin equívocos de la contrarrevolución interior y la lucha intrépida, tanto ilegal como “diplomática”, por la revo-

lución mundial. El proletariado ruso ha conducido su revolución a la victoria, no porque las circunstancias le hayan puesto el poder en las manos (como el caso del proletariado alemán en noviembre de 1918 y el del proletariado húngaro en esa época y en marzo de 1919), sino porque, templado por una larga lucha ilegal, reconoció claramente la esencia del Estado capitalista y ajustó su acción no a fantasmas ideológicos sino a la verdadera realidad. El proletariado de Europa central y occidental tiene todavía un duro camino ante sí. Para alcanzar, luchando, la conciencia de su vocación histórica y la legitimidad de su dominación, debe en primer lugar aprender a comprender el carácter puramente táctico de la legalidad y de la ilegalidad y desembarazarse tanto del cretinismo de la legalidad como del romanticismo de la ilegalidad.

Julio de 1920.

## DANIEL BENSALD Y ALAIN NAIR

### A PROPÓSITO DEL PROBLEMA DE ORGANIZACIÓN

1. Nicos Poulantzas, *Pouvoir politique et classes sociales*, Maspero, París, p. 11.
2. Lenin, *Oeuvres*, t. I, p. 324 y 257, éd. de Moscou.
3. Lenin, *Oeuvres*, t. IV, p. 20, éd. de Moscou.
4. Lenin, *Obras*, t. XXVIII, p. 296, Cartago, Buenos Aires.
5. Lukács, *Histoire et Conscience de Classe*, p. 101, éd. de Minuit.
6. Lukács, *Ibid.*, p. 281.
7. Lenin, *Obras*, t. I, pp. 268, 284, 288, edic. Cartago, Buenos Aires.
8. Rosa Luxemburg, *Problemas de organización de la socialdemocracia rusa*. Véase en el presente volumen pp. 41-63.
9. *Ibid.*, p.
10. *Ibid.*
11. *Ibid.*
12. *Ibid.*
13. *Ibid.*
14. Lenin, *Obras*, t. VII, 479, Cartago, Buenos Aires.
15. Lenin, *Obras*, t. IV, p. 213, Cartago, Buenos Aires.
16. Lenin, *Oeuvres*, t. XI, p. 172, éd. de Moscou.
17. Lenin, *Obras*, t. XXXI, p. 97, Cartago, Buenos Aires.
18. Cf. el folleto de los militantes del C.A. Vincennes-Sorbonne: *Après Mai*, éd. Maspero, pp. 21, 23 y 28.

## VLADIMIR I. LENIN

### UN PASO ADELANTE, DOS PASOS ATRÁS

1. El artículo de Lenin, *Un paso adelante, dos pasos atrás* (respuesta al artículo de Rosa Luxemburg titulado *Problemas de organización de la socialdemocracia rusa*) fue enviado a Kautsky para su publicación en *Die Neue Zeit*, órgano de la socialdemocracia alemana, pero Kautsky se negó a publicarlo.

2. *Rabóchaia Gazeta* [La Gaceta Obrera]: órgano ilegal del grupo de los socialdemócratas de Kiev. Llegaron a publicarse dos números: el n. 1 (agosto de 1897) y el n. 2 (diciembre del mismo año). El 1

Congreso del P.O.S.D.R. había declarado a *Rabóchiaia Gazeta* órgano oficial del partido. El periódico dejó de publicarse después del congreso, al ser destruida la imprenta por la policía y detenidos los miembros del Comité Central.

3. La ley de excepción contra los socialistas fue promulgada en Alemania en 1878. Se declaraban prohibidas en ella todas las organizaciones del partido socialdemócrata, las organizaciones obreras de masas y la prensa obrera, se confiscaban las publicaciones socialistas y se deportaba a los socialdemócratas. Dicha ley hubo de ser derogada en 1890, bajo la presión del movimiento obrero de masas.

4. En el II Congreso del partido fueron elegidos para el C.C. Léngnik, Krzhizhanovski y Noskov. En octubre de 1903 se incorporaron al C.C., por cooptación, Zemliachka, Krasin, Essien y Gusárov. En noviembre del mismo año entró en el C.C. Lenin y fue incorporado por cooptación Gálperin. Durante los meses de julio a setiembre de 1904, se introdujeron nuevos cambios en la composición del C.C.: dos leninistas, Léngnik y Essien, fueron detenidos. Los conciliadores Krzhizhanovski y Gusárov presentaron su dimisión. Los miembros conciliadores del C.C. Krasin, Noskov y Gálperin, haciendo caso omiso de las protestas de Lenin, eliminaron ilegalmente del C.C. a Semliachka, partidaria de la mayoría, e incorporaron a él a tres conciliadores, Liubimov, Kárpov y Dubrovinski. Como resultado de todos estos cambios, la mayoría del C.C. pasó a manos de los conciliadores.

5. Lenin se refiere aquí al acuerdo del C.C. de disolver el Buró del Sur del C.C., que hacía labor de agitación en pro de la convocatoria del III Congreso del partido.

6. La editorial de publicaciones socialdemócratas de partido, de W. Bonch-Bruievich y N. Lenin, fue creada por los bolcheviques después que la Redacción menchevique de *Iskra* les cerró las columnas del periódico y se negó a publicar las declaraciones de las organizaciones y los miembros del partido que salían en defensa de los acuerdos del II Congreso y exigían la convocatoria del III Congreso del partido. En dicha editorial se publicaron una serie de trabajos dirigidos contra los mencheviques y los conciliadores: N. Lenin, *La campaña de los zemstvos y el plan de Iskra*; Galiorka, *¡Abajo el bonapartismo!*; Orlovski, *El Consejo contra el partido*, y otros.

## GEORG LUKACS

### OBSERVACIONES METODOLÓGICAS SOBRE LA CUESTIÓN DE ORGANIZACIÓN

1. K. MARX, *Miseria de la filosofía, edic.*, Lenguas Extranjeras, Moscú, s/f., p. 123.

2. R. LUXEMBURG, *Massenstreik, Partei und Gewerkschaften*.

3. *Ibid.* Sobre esta cuestión, así como sobre otros problemas que serán tratados ulteriormente, citamos el interesantísimo ensayo de J. REVAI, "La autocritica comunista y el caso Levi [en alemán], en *Kommunismus*, II, 15-16. Nos falta espacio aquí, evidentemente, para una discusión detallada con él.

4. Sobre las consecuencias de esta situación, cf. la crítica de Lenin al folleto de Junius y las posiciones adoptadas por el ala izquierda del partido alemán, polaco y holandés durante la guerra mundial. Sin embargo, el programa del Spartakus Bund todavía trata de las tareas del proletariado de un modo sumamente utópico y no mediatizado en su esbozo de la marcha de la revolución. Cf. *Informe del Congreso de fundación del P.C.A.* [en alemán. Para la crítica de Lenin, cf. *Acerca del folleto de Junius*, en *Obras completas*, XXII, Cartago, Buenos Aires, pp. 320-335].

5. Como ejemplo de una crítica metodológicamente correcta, orientada hacia los problemas de organización, cf. los discursos de Lenin en el XI congreso del P.C. (b) R., en los que aborda de manera central, en las cuestiones económicas, la incapacidad de los comunistas —hasta de los más destacados— que hacen aparecer los errores particulares como síntomas. Esto no influye por supuesto en el rigor de la crítica hacia los individuos [en *Obras completas* cit., XXXIII, pp. 237-297].

6. Cf. mi *Observaciones críticas sobre la "Crítica de la revolución rusa" de Rosa Luxemburg*, en Rosa Luxemburgo, *La revolución rusa*, La Rosa blindada, Buenos Aires, 1969.

7. Cf. al respecto la polémica de Rosa Luxemburgo contra la resolución de David en Mainz [Lukács se refiere al congreso realizado por la socialdemocracia alemana en dicha ciudad en 1908. R. L. polemiza con David en su folleto *Massenstreik, Partei und Gewerkschaften*], así como sus comentarios (en el discurso-programa pronunciado en el Congreso de fundación del P.C. Alemán) a la *Introducción de Engels a La lucha de clases en Francia*, "biblia" del legalismo.

8. Dicha concepción no es simplemente la consecuencia del desarrollo "lento" de la revolución Lenin ha expresado en el I Congreso [de la Internacional] la creencia de que "las luchas adquieren una violencia tal que la conciencia de las masas obreras no puede mantenerse al ritmo de su desarrollo". Igualmente, la concepción del programa del Spartakus, según la cual la toma del poder se da simplemente porque la "democracia" burguesa y socialdemócrata se encuentra en el límite de su desarrollo, es rechazada por el partido comunista alemán, pues éste parte de la premisa de que el hundimiento objetivo de la sociedad burguesa puede producirse antes que la consolidación de la conciencia de clase revolucionaria en el proletariado. Cf. *Informe del Congreso de fundación del partido* [en alemán].

9. Una buena exposición de sus declaraciones se encuentra en *Contre le courant*.

10. Cf. *La conciencia de clase*, en *Historia y conciencia de clase*, cit.

11. *Contre le courant* cit.

12. No es posible deducir de esto que dicho problema haya sido superado definitivamente por Rusia; perdurará aún el tiempo que dure la lucha contra el capitalismo. Sólo que en Rusia reviste formas diferentes (más débiles, se puede prever) que en Europa, conforme a la influencia más reducida que los modos capitalistas de pensar y de sentir han ejercido sobre el proletariado. Sobre este problema cf. V.I.

LENIN, *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo* [Obras completas cit., XXX.].

13. *Anti-Dühring*, Grijalbo México, 1964, p. 280.

14. Cf. *El cambio de función del materialismo histórico*, en *Historia y conciencia de clase*.

15. Leon Trotski, *Terrorismo y comunismo*, edic. Política obrera, Buenos Aires, 1965, p. 103. [La edición castellana, bastante defectuosa, da una versión distinta de esta frase de Trotski, aunque el sentido general de todo el párrafo es semejante]. En mi opinión de ninguna manera es casual y debe ser ubicado en otro nivel que el filosófico el hecho de que la polémica de Trotsky contra Kautsky reproduzca en el terreno político los argumentos esenciales de la polémica de Hegel contra la teoría del conocimiento de Kant. Por lo demás, Kautsky ha formulado más tarde la validez absoluta de las leyes del capitalismo para el futuro y hasta la imposibilidad de un conocimiento concreto de las tendencias de la evolución. Cf. *Die proletarische Revolution und ihr Programm* [La revolución proletaria y su programa], 1922.

16. *Las luchas de clases en Francia*, en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*. Edic. Lenguas Extranjeras, Moscú, I, p. 213.

17. Cf. la *metodología* de la ética en Kant y en Fichte; en la exposición real este individualismo se ve considerablemente debilitado. Sin embargo, Fichte subraya que su fórmula, muy próxima a la de Kant ("Limita tu libertad de modo que el otro, tu prójimo, pueda también ser libre") carece de validez absoluta y tiene solamente una "validez hipotética" en su sistema. Cf. FICHTE, *Grundlage des Naturrechts* (1796), parágrafo 7, IV.

18. *Anti-Dühring* cit., pp. 161 ss.

19. MAX WEBER, *Economía y sociedad*, F. C. E., México, 1964, segunda edición.

20. Una buena descripción de estas formas de organización se encuentran en las *Tesis sobre organización* del III Congreso [de la Internacional Comunista, en Moscú, 1921]. Dichas organización son comparadas pertinentemente con la organización del Estado burgués.

21. *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, en *Obras escogidas* cit., II, p. 344.

22. K. MARX, *Crítica del programa de Gotha*, en *Obras escogidas* cit., II, p. 16.

23. V. I. LENIN, *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*, en *Obras* cit., XXXI

24. "Klasse, Partei, Führer", en *Die Internationale*, Berlín, 1922, IV.

25. Sobre este concepto cf. *La conciencia de clase*, en *Historia y conciencia de clase*.

26. Sobre las relaciones entre el objetivo final y la acción del momento cf. *¿Qué es el marxismo ortodoxo?* en *Histoire et Conscience de Classe*.

27. "De la política y de los partidos se puede decir —con las variantes correspondientes— lo mismo que de los individuos. Inteligente no es quien no comete errores. Hombres que no cometen errores no los hay ni puede haberlos. Inteligente es quien comete errores que no son

muy graves y sabe corregirlos bien y pronto", LENIN, *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*, en *Obras*, XXXI, p. 30 n. 28. *Ibid.*, p. 98.

29. Los debates sobre la acumulación se mueven ya alrededor de este punto, y todavía más claramente las discusiones sobre la guerra y el imperialismo. Cf. Zinoviev contra Kautsky en *Contre le courant*. Esto es particularmente claro en los discursos de Lenin sobre el capitalismo de Estado en el XI Congreso del P.C. ruso: "no hay teoría ni trabajo sobre economía que analice un capitalismo de Estado del tipo del nuestro, por la sencilla razón de que todas las nociones comunes relacionadas con estas palabras se refieren al poder burgués en la sociedad capitalista. Nuestra sociedad, que salió de las vías capitalistas pero no tomó aún las nuevas, es un Estado dirigido no por la burguesía, sino por el proletariado. (...) este tipo de capitalismo está relacionado con el Estado y el Estado son los obreros, la parte más avanzada de ellos, la vanguardia, nosotros mismos. Debemos colocar dentro de determinado marco... este capitalismo de Estado. He aquí lo esencial. Y de nosotros depende las formas que tomará" [*Obras*, XXXIII, pp. 254-255].

30. Cf. al respecto *La reificación y la conciencia del proletariado*, en *Histoire et conscience de classe*.

31. Conviene leer el interesante pasaje sobre la necesidad del partido en las tesis del III Congreso referidas a los problemas de organización. En el punto 48 esta exigencia es formulada con mucha claridad. Pero la técnica de la organización, por ejemplo, las relaciones del grupo parlamentario con el Comité Central, la alternancia de trabajo legal y de trabajo ilegal, etc., está construida sobre este principio.

32. Cf. el discurso de Lenin en el Congreso Panruso de metalúrgicos, del 6 de marzo de 1922, como así también sus intervenciones en el XI Congreso del P.C.R., sobre las consecuencias de la Nueva Política Económica para la organización del partido [cf. *Obras cit.*, XXXIII, pp. 194-207 y 237-297].

33. Cf. el artículo de Lenin en *Pravda* del 21 de setiembre de 1921 [*Obras cit.*, XXXIII, pp. 39-41: "La depuración del partido"] Estas medidas organizativas son al mismo tiempo una excelente medida táctica para acrecentar la autoridad del partido comunista, para consolidar relaciones con las masas trabajadoras, como surge claramente sin mayores explicaciones.

## GEORG LUKACS

### LEGALIDAD E ILEGALIDAD

1. Carta de Marx a Ruge. Véase *Oeuvres philosophiques*, edic. Costes, Paris, t. V, p. 210. [Es Lukács el que subraya].

2. Véase el ensayo "La conciencia de clase" en *Histoire et conscience de classe*.

3. Lukács se refiere sin duda a *La casa de los muertos*. [N. de la traducción francesa].

## NOTA DEL EDITOR

Los trabajos que integran el presente Cuaderno fueron tomados de las siguientes publicaciones:

1. Daniel Bensaid et Alain Naik, "A propos de la question de l'organisation: Lénine et Rosa Luxemburg", *Partisans*, n. 45, décembre-janvier 1969, pp. 10-27. Traducción de José Aricó.

2. Rosa Luxemburg, "Centralismo o democracia? (Réplica a Lenin)" en *Pagine Scelte*, Edizioni Azioni Comune, Milano, 1963, pp. 78-103. Traducción de José Aricó.

3. Vladimir I. Lenin, "Un paso adelante, dos pasos atrás. Respuesta de N. Lenin a Rosa Luxemburg", en *Obras completas*, t. VII, Cartago, Buenos Aires, 1959, pp. 479-490.

4. Georg Lukács, "Remarques methodologiques sur la question de L'organisation", en *Histoire et conscience de classe*, Les Editions de Minuit, Paris, 1960, pp. 333-381. Traducción de José Aricó.

5. Georg Lukács, "Legalité e illegalité", en *Histoire et conscience de classe*, ibid. Traducción de José Aricó.

	Advertencia	7
	<i>Daniel Bensaid y Alain Nair</i>	
A propósito del problema de organización: Lenin y	<i>Rosa Luxemburg</i>	9
	<i>Rosa Luxemburg</i>	
Problemas de organización de la socialdemocracia rusa		41
	<i>Vladimir I. Lenin</i>	
Un paso adelante, dos pasos atrás		65
	<i>Georg Lukács</i>	
Observaciones metodológicas sobre el problema de	organización	79
	<i>Georg Lukács</i>	
Legalidad e ilegalidad		133
	Notas	151

# TEORIA MARXISTA DEL PARTIDO POLITICO/2

Daniel Bensaid y Alain Nair

A propósito del problema de organización:  
Lenin y Rosa Luxemburg

Rosa Luxemburg

Problemas de organización de la social  
democracia rusa

Vladimir I. Lenin

Un paso adelante, dos pasos atrás

Georg Lukács

Observaciones metodológicas sobre el problema  
de organización

Legalidad e ilegalidad